



Paisajes generizados.

Un estudio de la experiencia del paisaje del pastoreo caprino en la comuna de Río Hurtado

Memoria para optar al Título de Antropólogo Social

Martín Andrés Ríos López

Profesor Guía: Jorge Razeto
Profesor Tutor: Andrés Troncoso

Santiago de Chile, diciembre 2021

Agradecimientos:

Deseo reconocer a aquellas personas que me ayudaron en este proceso de memoria. A quienes colaboraron conmigo de manera directa en la realización de los terrenos y en el proceso de escritura, también a aquellos que brindaron apoyo, afecto y compañía para impulsarme a seguir adelante.

En primer lugar agradezco a mi madrina Rosa Pizarro, quien de manera altruista me abrió las puertas de su casa, me entregó apoyo y estadía en el poblado de Pichasca, alegró mis tardes con su sonrisa y me hizo sentir parte de su vida. Jamás podré retribuir todo lo que ha hecho por mí, por lo que estas palabras son poco reconocimiento para la gran persona que es ella.

A Edelmira, Nene Marín, María Fresia y María Angélica por recibirme en el poblado de Las Breas y entregarme apoyo emocional y logístico para enfrentar el viaje hacia la cordillera andina. Deseo que estas palabras sean leídas como un cálido abrazo y como la promesa de compartir una once cuando regrese a esas hermosas tierras.

A la señora Silvia, Danisa y Luquitas por aceptarme en su casa y ayudarme en mi último terreno. Su compañía y buenos deseos fueron fundamentales para culminar de buena manera mi paso por la comuna. Por supuesto queda pendiente el banjo que alguna vez le juré regalar a Luquitas cuando volviera a Los Maitenes.

A Iván, Ingrid e Ivania por darme un techo en su majada cuando estaba perdido y desesperado en medio de la cordillera. Eterna gratificación por recibirme aquella noche y por todos los días que compartimos. Son recuerdos inolvidables para mí.

A Doña Licha por la amabilidad y alegría con la que me atendió. Agradecido por la paciencia que tuvo para explicarme la vida de las familias trashumantes y todas las vicisitudes implicadas en las veranadas.

A Alba, Cristian, Javiera y Dylan por acogerme en su hogar y hacerme sentir como en casa. Doy las gracias por la gentileza hacia mi persona.

A Claudia por su trato amable y por el conocimiento desplegado que hizo de esta investigación un producto mucho más enriquecedor.

A todas las personas que accedieron a tener una entrevista y ser parte de esta investigación. Respeto y admiración merecen todas estas familias crianceras que no han tenido un buen pasar a causa de la sequía, pero que con entereza y valentía se sobreponen a este duro contexto.

A Yaco, mi madre, por su cariño, confianza y preocupación que llevo conmigo a todo momento. Aunque no suelo demostrarlo con frecuencia, siento orgullo de tenerla como madre.

A Roberto, mi padre, por todo el apoyo y cariño que siempre ha demostrado con sus actos. Sus conocimientos de ruralidad y campesinado fueron de gran utilidad para enfrentarme a este mundo desconocido.

A mi hermano Vicente le agradezco su afecto y comprensión en el momento más duro que me tocó vivir. En aquellas instancias de mayor aflicción sus palabras y sus gestos lograron tranquilizarme y hacerme aterrizar.

A mi hermano Tomás por las pláticas y discusiones que teníamos acerca de la vida criancera. Mil gracias por aguantarme tantas horas de hablar acerca del ganado caprino.

A Cronos y Juno, que a pesar de no entender qué significa una tesis ni por qué a veces pasaba tanto tiempo frente a un objeto extraño que emitía sonidos, movían sus colas al ver mi sonrisa luego de tener un pequeño logro en este proceso.

A Sebastián Vargas, mi mejor amigo, por ayudarme con la revisión de este trabajo, por levantarme cuando estaba en el suelo, por abrazarme cuando más lo necesité y por ser quien es.

A Joana Maestre por darme confianza en todo momento. Agradezco el entusiasmo que le generaba este trabajo, las revisiones que realizó y la genuina alegría que sentía al saber que se acercaba el final de este proceso. Aunque nuestros caminos se separaron, siempre quedará en mi corazón y consciencia el cariño y la admiración que siento hacia ella.

A Cecilia por ayudarme en la revisión y por darme consejos a lo largo de todo este proceso. Me es imposible no reconocer que en algunos momentos pude avanzar sólo gracias al ánimo que me entregaba.

A mis amigos y amigas: Pablo, Feña, Ignacio, Tere, Nico, Elisa, Esperanza, Marce y Rayo por quererme y motivarme a lo largo de este difícil camino.

A mis profesores Jorge Razeto, Andrés Troncoso y María Alejandra Cornejo por guiarme y aconsejarme en este proceso de memoria.

Sin estas personas no sólo no existiría este documento, sino que yo no sería ni la mitad de quien soy. Tal vez sea sólo un libro olvidado en la biblioteca de la universidad, pero para mí es reflejo de una obra que fue posible gracias al cariño, apoyo e inteligencia de muchas personas.

A aquellas personas que se sienten sobrepasadas, desechables, tristes, olvidadas, carentes de voluntad, erráticas e incapaces de tener una actitud indulgente consigo mismas. No es fácil vivir una historia donde todo se pone cuesta arriba, menos aún cuando el antagonista es un uno mismo; es por este motivo que esta memoria está dedicada a quienes sufren de depresión.

Resumen:

El concepto de paisaje presentado en esta investigación es entendido como un proceso social y relacional entre diferentes cuerpos entrelazados mediante acciones, por lo tanto, se aleja del paradigma naturalista que aborda este fenómeno desde una perspectiva puramente estética.

El estudio de la experiencia material del paisaje de las unidades domésticas pastoras devela diferencias políticas cotidianas de género entre crianceros y crianceras. Así, las unidades domésticas campesinas lejos de constituir grupos sociales en armonía, son reflejo de jerarquías, tensiones y rupturas que se manifiestan en segregaciones cotidianas en el acto de habitar.

El modo de habitar de estos grupos genera un principio de hegemonía masculina que construye un marco de divisiones y valoraciones de ciertas tareas las cuales son asignadas a cada sujeto. Esta división de tareas se entrelaza con procesos de apropiación simbólica del espacio que explicarían cómo se cimienta y perpetúa esta jerarquía. Ciertas tareas, como la trashumancia o el pastoreo, son vinculadas a hombres, las que suelen ser bien ponderadas; mientras que la crianza de infantes, tarea considerada de menor importancia, se asocia a las mujeres. Sin embargo la realidad demuestra ser más compleja, puesto que las líneas de desarrollo cotidiano de hombres y de mujeres dan cuenta de rupturas a esta concepción estereotípica. Como cualquier proceso político, la experiencia del paisaje revela procesos identitarios, transformaciones históricas e impugnaciones al orden normativo que está en constante construcción; por lo tanto el sentido que genera la división generizada del paisaje está en continua consulta.

Palabras claves: unidad doméstica campesina, paisaje generizado, marco de valoraciones de tareas, división generizada de tareas, trashumancia, crianza de cabras, ganadería caprina.

I. Índice	
II. Introducción	8
III. Diseño de investigación	9
A. Antecedentes	9
B. Problematización	15
C. Objetivos:	16
D. Marco teórico:	16
E. Marco metodológico:.....	22
1. Caracterización de la investigación:	22
2. Técnicas de recolección de datos:	23
3. Plan de análisis.....	24
4. Marco muestral	24
5. Principio y protocolos éticos	26
IV. Resultados y análisis	27
A. Masculinización de la actividad trashumante en la unidad doméstica.....	27
1. Asociación criancero y trashumante: construcción de la hegemonía masculina .	28
2. Habitar la cordillera: construcción de narrativas y segregaciones discursivas:....	33
3. El cotidiano más allá de la cordillera: quehaceres de crianceras	40
4. Lluvias, sequía y generización del paisaje	45
5. Época de parición y disolución de las segregaciones de género	48
B. Unidades domésticas trashumantes con participación femenina.....	51
1. Rumbo a la cordillera: simetrías narrativas y jerarquías cotidianas	52
2. Habitar la majada I: diferencias de género y desarrollo cotidiano	59
3. Habitar la majada II: crianceras y tareas domésticas	62
4. Nuevas generaciones: infantes y la crianza de cabras	66
5. Habitar la majada III: la dimensión recreativa del paisaje.....	67
6. Re-adaptación del habitar y fin de la veranada para las mujeres.....	67
7. Trashumantes de la costa: desplazamiento y diferencias de género cotidianas .	70
8. Habitar las serranías: importancia del pastoreo y defensa del ganado.....	73
C. Unidades domésticas crianceras no trashumantes y feminización de la práctica ganadera.....	79
1. Quehaceres cotidianos, modernización de la actividad caprina y conflictos en el paisaje	79
2. “Los crianceros del cerro”, producción extensiva	84

3.	La sombra de la cordillera en el devenir de las unidades domésticas no trashumantes.....	88
4.	Cuando los huesos ya no dan: adultos mayores, fin de la trashumancia y emergencia de nuevas líneas de división de género en el paisaje	89
5.	La producción intensiva y especializada	91
V.	Discusión, Conclusiones y Reflexiones Finales.....	94
A.	Reflexiones teóricas.....	94
1.	Las tensiones como eje articular del paisaje	94
2.	En diálogo con los estudios de las familias pastoras de la zona:.....	99
3.	Otras dimensiones del paisaje a considerar	100
B.	Algunas Propuestas	101
C.	Consideraciones investigativas	103
D.	Reflexiones finales	105
VI.	Referencias Bibliográficas.....	106

II. Introducción

Esta investigación se enmarca dentro del proyecto Fondecyt 1110125 “Arte rupestre en la cuenca del río Limarí (IV región): Producción, Consumo, Prácticas Socio-Espaciales y Reproducción Social” y tiene como objetivo analizar la experiencia generizada del paisaje de las unidades domésticas crianceras de la comuna de Río Hurtado, en la provincia de Limarí, Chile.

Desde el momento que la Corona Real de España introdujo la cabra en estos ecosistemas, esta ha constituido parte íntegra de la identidad de las familias campesinas. Se identifica un entrelazamiento entre el devenir de los grupos pastores y estos rumiantes, y en esta relación emerge el conocimiento de los cerros, quebradas, esteros, yerbas silvestres, cordilleras, depredadores, etcétera. Al mismo se delinean los límites políticos cotidianos los cuales también dan forma y vida al paisaje. A través del análisis de la red de quehaceres interrelacionados se responde al objetivo de analizar la experiencia del paisaje de las unidades domésticas crianceras, dando cuenta de cómo estos grupos generan y expresan saberes relativos a su propia historia, geografía y cultura; por lo tanto, en el estudio de la acción se busca hallar los sentidos que emergen en el mundo de estas comunidades.

La inspección de las huellas del paisaje devela las diferencias políticas cotidianas que se cristalizan en sistemas de jerarquías de todo tipo: etarias, de clase, de género, entre otras. Es en relación a estas últimas, las relaciones de poder de género, sobre las cuales pondrá acento esta investigación, dando cuenta de cómo se materializa una división generizada del paisaje entre los agentes humanos, es decir, entre crianceras y crianceros de las unidades domésticas dedicadas al ganado caprino.

Para comprender este fenómeno, es necesario tener conocimiento que una de las características de las familias crianceras es la división generizada de los quehaceres. Esta se expresa en la valoración de ciertas tareas asociadas al género de los integrantes de la unidad doméstica campesina. Así, es observable una tendencia en las experiencias cotidianas: al hombre muchas veces se le vincula a la trashumancia, mientras que a la mujer se le asocia a la reproducción del hogar. Estas nociones resultan ser hasta cierto punto concepciones dicotómicas y estereotipadas, razón por la cual este estudio se propone avanzar en un entendimiento más acabado de lo que es la división generizada del paisaje, desentrañando las dinámicas que subyacen de las diferencias de género, visibilizando la experiencia y el discurso de crianceras y crianceros.

Damos cuenta, además, que la experiencia paisajística no corresponde a una imagen estática que se presta para el deleite en un proceso de contemplación pasiva de un observador; sino que, por el contrario, refiere al proceso mediante el cual se plasman movimientos e interacciones a través del habitar. Se plantea, en ese sentido, que el paisaje es continua e inacabable acción, lo que quiere decir que los significados constantemente se producen y reproducen.

Finalmente mencionar que este estudio no se plantea como una comprensión acabada y conclusiva del tema en cuestión, sino que se abre de manera exploratoria y sugiere la

necesidad de profundizar, replantear, reanalizar y cuestionar los datos obtenidos. Este es el espíritu investigativo que consideramos será de utilidad para comprender de mejor manera los fenómenos sociales.

III. Diseño de investigación

A. Antecedentes

La comuna de Río Hurtado se sitúa en el norte semiárido de Chile en la Región de Coquimbo, provincia del Limarí, en las coordenadas 30°16' latitud sur y 70°42' longitud oeste. Hacia el norte limita con Paihuano, Vicuña y Andacollo; la comuna de Ovalle se encuentra en dirección oeste; Monte Patria en el sur; y en el límite este se halla la frontera cordillerana con la República Argentina.

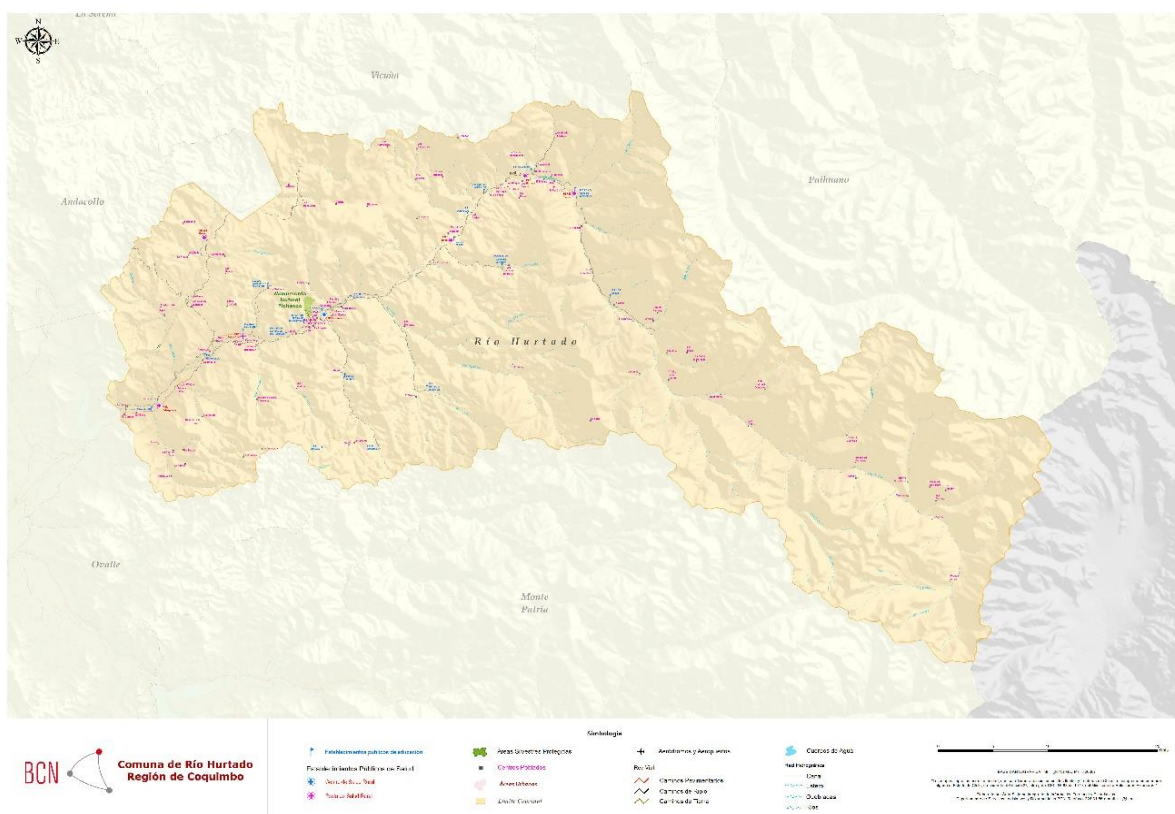


Ilustración 1: Mapa de la comuna de Río Hurtado y sus límites (Biblioteca del Congreso Nacional, 2018).

El río Hurtado, gran afluente que da vida a esta comuna, se origina en la zona cordillerana. Sus aguas corren en dirección este-oeste y es de régimen nivopluvial. A medida que desciende, es alimentado por afluentes de escaso caudal –esteros y quebradas- que

normalmente permanecen secos por su régimen pluvial (Municipalidad de Río Hurtado, 2014b). El clima es estepario, de escasa nubosidad, de aire seco, con extensos periodos de sequía, con precipitaciones poco abundantes (Biblioteca del Congreso Nacional, 2018) y lluvias de ocurrencia exclusivamente invernal y de gran variación interanual (González del Río, 1998; OPIA, 2016).

La totalidad de la población comunal es rural y corresponde a 4278 habitantes (INE, 2017). Se distribuye en 22 poblados ubicados tanto en la ribera del río como en el área interfluvial, desde la zona precordillerana hasta su extremo oeste (Municipalidad de Río Hurtado, 2018b).

En cuanto a la actividad económica de Río Hurtado, el 50% está concentrada en el sector primario de la producción, siendo la agricultura y la ganadería las principales áreas laborales del territorio; los sectores secundario y terciario representan el 14% y 36% de las actividades económicas respectivamente (Bruna, 2010). Es en el primer grupo donde se halla la población de estudio de esta investigación.

Los asentamientos estables de las familias crianceras se distribuyen a lo largo del territorio en dos grandes zonas: interfluvios y precordillera, teniendo prácticamente nula presencia en la ribera del Hurtado, debido a que sus tierras pertenecen a propietarios privados que hacen uso de estas para fines agrícolas (Stüdemann, 2007; 2008).

El interfluvio (o también conocido como la zona de entrevalles) presenta precipitaciones concentradas e intensas que conforman cursos fluviales esporádicos (Novoa y López, 2001). En estos territorios de secano se ubica la gran mayoría de las comunidades agrícolas (Aranda, 1970), cuya población tiene un acceso deficitario a aguas superficiales (Erazo y Garay-Fluhmann, 2011) y es gracias a la presencia de vertientes que estos espacios son habitables (Stüdemann, 2008). Además del problema de la escasez hídrica, estos territorios sufren un fuerte proceso de degradación medioambiental, lo que se refleja en los altos niveles de erosión de sus suelos y en un intenso fenómeno de desertificación (Castro y Bahamondes, 1986; GEOFUN, 2003; Centro Tecnológico de Hidrología Ambiental, 2013). Estas condiciones explicarían el carácter unitario y colectivo de la tierra de secano, ya que resultaría inapropiada la segregación individual del espacio (Castro y Bahamondes, 1986).

Los valles precordilleranos se caracterizan por la existencia de suelos propicios para la agricultura, lo que permite el asentamiento de poblaciones humanas (Novoa y López, 2001), configurándose un espacio de riego y secano donde coexisten comunidades agrícolas, pequeños fundos (Cialdella, 2003) y pequeños productores que arriendan campos de pastoreo por determinados periodos de tiempo (Azócar, 2010).

En lo que respecta a las unidades familiares crianceras que habitan estos territorios, sus inicios se asocian a la llegada de la Corona Real de España a la zona, ya que una de las principales características del proceso colonizador en América fue la introducción temprana de animales y especies vegetales (Latcham, 1922), siendo la cabra, en el siglo XVI, el principal animal doméstico que se incorporó a estos territorios con la finalidad de producir carne y sebo para el consumo de la población local (Azócar, 2010; Ramírez, 2003; Castillo, 2003).

Históricamente estas poblaciones han practicado la agricultura, la crianza de ganado y la minería, cambiando constantemente de rubro y de localización según las condiciones lo permitan (Castillo, 2003). Hoy en día, al igual que en tiempos de antaño, constituyen unidades domésticas caracterizadas por la gran diversidad de actividades económicas: la producción agrícola (horticultura, fruticultura, floricultura, siembra de cereales y especias en el secano –siempre y cuando las precipitaciones estacionales sean generosas), producción silvícola dendroenergética (extracción de leña y carbón) y el asalariamiento temporal en actividades agrícolas y no agrícolas –minería, pesca u otras (González del Río, 1998). Si bien las actividades son bastante diversas, solo el 30,81% de los productores tienen otras fuentes de ingresos de las que le reporta la agricultura y ganadería, mientras que el 69,19% tiene a la actividad agropecuaria como la fuente única de ingresos (INE, 2015). En ese sentido, es posible afirmar que, a pesar de la variabilidad existente entre las unidades domésticas, de manera generalizada es posible referirse a ellos como grupos agropastoriles.

Además de la diversidad de actividades, estos grupos también se caracterizan por la generización de las tareas. El fenómeno de división generizada es una constante a lo largo de la historia de las sociedades y tiene distintas expresiones materiales según cada contexto social (Comas, 1995); así, por ejemplo, en las sociedades seminómadas agropastoriles, dependiendo de cada grupo, se observa la masculinización y feminización de tareas ganaderas y agrícolas (Khazanov, 1994).

En cuanto a los grupos pastoriles de esta macrorregión del mundo, en el sur del continente americano, es posible apreciar la división generizada en variados contextos. En la zona andina la mujer suele ser la responsable del cuidado de los rebaños; mientras que el hombre se encarga de la agricultura, el intercambio comercial, la elaboración de productos derivados de la práctica ganadera y el trabajo migratorio (Göbel, 2002; Tomasi, 2013; Gavilán y Carrasco, 2014; Gavilán y Carrasco, 2018; Quiroga Mendiola, 2012; Wawrzyk y Vilá, 2013). Esta relación es inversa en los grupos crianceros trashumantes de la zona de los andes centrales, puesto que el arreo y pastoreo son actividades generalmente masculinizadas; por otro lado, la mujer se erige como una ‘colaborada’ en la manufacturación de quesos y se desempeña en las tareas reproductivas del hogar (Guerra, 2005).

En los territorios del sur, entre los Pehuenches que practican la trashumancia, la tendencia es que el arreo del rebaño sea realizado por integrantes de sexo masculino, efectuando el traslado estacional del plantel por varios meses; mientras que la recolección de piñones es una tarea asignada preferentemente a mujeres (Marchant, 2019). En cuanto a las comunidades mapuche agroganaderas, generalmente es el hombre quien practica el pastoreo, en tanto la mujer se desenvuelve en el trabajo doméstico y las labores propias del huerto (Manosalva y Carrasco, 2017; Torrejón y Cisternas, 2002).

Similar relación se observa en grupos crianceros del territorio patagón, ya que la movilidad de los ganados habitualmente queda en manos de hombres, mientras que la invernada es realizada por mujeres, quienes se encargan (entre otros aspectos) de la agricultura, educación y cuidado de infantes (Bendini y Steimbregger, 2010). Se destaca cómo esta

división de tareas se ha ido transformando en el transcurso del tiempo, debido a que antiguamente la mujer tenía un rol más protagónico en lo que refiere a los procesos de veranada en comparación a hoy en día (González, 2008; Bendini y Steimbregger, 2010).

Mediante la observación de estas realidades se comprende que la división generizada del paisaje es transversal en diferentes sociedades, no obstante, se expresa de diversas formas dependiendo de cada contexto.

Para comenzar a introducirnos en las divisiones de género de la población de estudio, primeramente se considerará como referencia la propiedad de las explotaciones ganaderas. En la región de Coquimbo el 66,03% de la propiedad de los rebaños de cabras pertenecen a personas de sexo masculino, mientras que sólo el 33,97% está en manos de mujeres. Al observar las estadísticas de productores de pequeños rebaños (entre 20 a 49 cabras), estos son de predominancia femenina con un 58,98% de ganados inscritos por mujeres en contraposición a un 41,02% por hombres (INE, 2015). Estos productores suelen mantener una residencia estable durante todo el año, ya que solamente el 3,1% se desplaza en busca de mejores pastos (OPIA, 2016). Estos rebaños son de baja productividad y se enmarcan dentro de las actividades económicas de subsistencia para la unidad doméstica (Ramírez, 2003).

Esta situación es diametralmente opuesta cuando se trata de planteles mayores, puesto que el 74,63% de las explotaciones caprinas que fluctúan entre 50 a 199 unidades son de propiedad de hombres, versus un 25,37% de mujeres. Este grupo representa el 68,1% del total de productores que movilizan el ganado a otros pisos ecológicos (OPIA, 2016).

La brecha se acentúa en las grandes explotaciones (que poseen 200 o más cabezas de ganado). Allí la relación entre propietarios de sexo masculino y femenino es de 78,69% y 21,31% respectivamente (INE, 2015) constituyendo el 28,8% del total de productores que practican la trashumancia (OPIA, 2016).

Estos datos dan cuenta que la trashumancia es practicada en unidades domésticas que poseen planteles de mayor tamaño, lo que a su vez coincide con una predominancia masculina de la propiedad. Es de notar, además, que la cantidad de cabezas de ganado que posea un productor está asociada a la posición social (Cialdella y Dubroeuq, 2003), lo que se traduciría en una tendencia a valorar positivamente la labor de los hombres, debido a que estos son generalmente propietarios de las grandes explotaciones caprinas.

En cuanto a la división generizada de las tareas, Stüdemann (2007; 2008) indica que la mujer criancera suele permanecer una mayor cantidad de tiempo en el espacio de la vivienda, encargándose de la manufacturación de quesos y de la preparación de alimentos; por su parte, los crianceros preferentemente se desempeñan pastoreando a sus animales. Se destaca el carácter intercambiable de estos roles, además de la participación de infantes que pueden suplir las labores de los adultos.

Un análisis más minucioso como el que plantea Cialdella (2003) propone una tipología de estrategias de crianjería, la cual es muy valiosa fundamentalmente por dos motivos: da

cuenta de la variabilidad de estrategias y condiciones de estos grupos y, al mismo tiempo, nos aproxima a las diferentes expresiones de la división generizada del trabajo.

En esta tipología se identifica al “*comunero tradicional*”, tipo de unidad doméstica que posee menos de 65 cabras, vive en el secano, entrega su explotación ganadera en mediería a los trashumantes cordilleranos, su economía familiar se nutre de una pequeña agricultura de subsistencia y del trabajo migratorio por parte de los hombres (Cialdella, 2003). Las crianceras se ocupan del cuidado de la cabra y la producción de quesos, mientras que el trabajo agrícola y el intercambio comercial queda en manos de los hombres (Pascal, 1968).

Por otro lado se encuentran las categorías de “*campesino sin tierra productor de queso*” y “*comunero especializado*”, que al igual que el comunero tradicional no practican la trashumancia. Ambos poseen rebaños pequeños (menos de 65 hembras), con la salvedad que el primero es arrendatario mientras que el segundo tiene derecho comunero y está agrupado en cooperativas para producir queso pasteurizado (Cialdella, 2003).

En contraste, identificamos al “*trashumante tradicional*”, quien, a diferencia de los casos anteriormente señalados, traslada su ganado durante el año en busca de mejores pastos, posee una pequeña explotación agrícola (cerca de 1,5 hectáreas) destinada a la producción de alfalfa para la alimentación de sus animales y a la mantención de árboles frutales con el propósito de aportar al consumo doméstico. El grupo familiar se dedica por lo general al trabajo agrícola mientras que el hombre trashuma junto a su ganado (Cialdella, 2003).

Estos movimientos trashumantes tienen como objetivo perseguir las *primaveras*, es decir, los brotes de pastos que aparecen en la pradera en distintos lugares del macro-territorio comunal dependiendo del periodo del año (Castillo, 2003). En este circuito de movilidad es fundamental el pastizal que emerge en la alta montaña, ya que los deshielos producidos en los meses más cálidos han provocado la aparición de vegas y pastizales nutritivos para el rebaño (Aranda, 1970). Este movimiento ascendente se denomina veranada, y tal como lo sugiere su nombre, se realiza generalmente en tiempo estival.

Grupos diversos participan de las veranadas, los cuales están compuestos por hombres, mujeres e infantes de diferentes edades (Aranda, 1971; Gasco, Durán, Piazzese, Giardina y Campos, 2015), aunque lo habitual es que asistan “parcialidades de núcleos familiares “(...), padres e hijos, o sólo los hermanos” (Gasco et al, 2015, p. 139); de este modo, se puede observar una tendencia a la predominancia masculina en estos procesos de movilidad. Cialdella y Dubroeuq (2003) describen casos de unidades domésticas en los cuales mujeres e infantes permanecen en los asentamientos estables mientras los varones llevan a cabo la veranada, lo que da cuenta de la existencia de división generizada de los desplazamientos trashumantes. Aun cuando esta sea la tendencia, no es de extrañar que la mujer asista a la cordillera, lo que usualmente se traduce en una temporada más productiva para el grupo doméstico (Aranda, 1970).

Aunque el origen de la trashumancia es difícil de precisar (Cialdella y Dubroeuq, 2003), las familias crianceras manifiestan haber realizado las veranadas desde tiempos inmemoriales (Gasco et al, 2015). La Corona Real de España trajo consigo, además del ganado caprino, la práctica trashumante (Maino, 2015) y desde el periodo colonial se

evidencia el desarrollo de movimientos ganaderos de costa a cordillera por parte de las haciendas de Coquimbo, que luego de mantener los rebaños en estancias ubicadas al oeste, lo trasladaban a pastos cordilleranos¹ (Maino, 2015; Pascal, 1968) lo que convierte al inquilino de la hacienda en protagonista de estos movimientos (Cialdella y Dubroeuq, 2003). Se observa un patrón de desplazamiento que ha sido desarrollado históricamente por las familias del valle, el cual no constituye únicamente un movimiento logístico y técnico, sino que este desenvolvimiento en el espacio es también un modo de vincularse simbólicamente con el pasado (Tomasi, 2013). Esto se debe a que comúnmente los grupos familiares realizan análogos recorridos que se repiten generación tras generación (Cialdella, 2003), utilizando las mismas posturas de veranada temporada tras temporada (Aranda, 1970).

Una vez finalizada la temporada de cordillera, dependiendo de la estrategia adoptada por el grupo doméstico, comienza la temporada de invernada. El proceso de invernada se lleva a cabo en una “constante observación de *las primaveras*”, es decir, teniendo en consideración el crecimiento de vegetación en los diversos territorios (Castillo, 2003, p. 95), aunque esto va a depender de las capacidades para arrendar talaje por parte de sus productores (Cialdella, 2003). Como las zonas bajas no son capaces de soportar la cantidad de masa animal durante los doce meses del año, se originará nuevamente el movimiento de ganado (González del Río, 1998). Muchas familias optan por trasladarse a la zona cordillerana cuando la biomasa vegetal en los cerros del asentamiento estable ha mermado (Stüdemann, 2008), y así se reanuda el ciclo de trashumancia.

Los desplazamientos de las familias crianceras se realizan por las rutas tradicionales de movilidad, y su uso se relaciona con el cuidado, tránsito y alimentación del ganado caprino. Si bien se asocian a los crianceros que arrear su ganado, estos caminos son conocidos por todos los integrantes de las unidades familiares sin distinciones de género; no obstante, muchas veces las mujeres que otrora recorrieron estas rutas junto a sus familias cuando eran infantes, hoy en día ya no practican estas movilidades cotidianamente, nublandose aquel saber de su memoria inmediata (Crisóstomo, s.f.).

Más allá de las diferencias entre las diversas unidades domésticas, es un hecho que la cabra ha sido un factor determinante en el arraigo de estos grupos en el territorio (Aranda, 1970), generando un fenómeno identitario que se ha desarrollado durante siglos que se traduce en la autoadscripción de sus cultores como “crianceros” (Castillo, 2003). Así, podemos dar cuenta que la cabra no tiene sólo un valor económico, sino también social (Aranda, 1970), y la relación humano-animal ha permitido el desarrollo de un fuerte conocimiento basado en su propia experiencia acerca de la geografía, las condiciones climáticas, la botánica, la flora y fauna, entre otras (Stüdemann, 2008; Gasco et al, 2015). Se observa que son las personas de mayor edad quienes se identifican como las portadoras de un amplio conocimiento acerca de la diversidad natural (Kritzner, 2007), que se evidencia en la utilización de un léxico especializado en la actividad caprina (Ramírez, 2003).

¹ Suponemos que también existía trashumancia por parte de pequeños productores, sin embargo, actualmente no se maneja información conclusiva al respecto.

B. Problematización

La experiencia del paisaje de las unidades domésticas crianceras es un fenómeno que se remonta hace más de cuatro siglos, lo que ha conformado una identidad en estrecha relación al conocimiento geográfico, climático, histórico, faunístico, etcétera. Estos grupos, mediante el acto de habitar, producen y reproducen formas de conocimiento que dan cuenta de una experiencia única y particular, transmitida generación tras generación. Por lo cual, el estudio de la experiencia del paisaje plantea el desafío de analizar comportamientos y saberes fuertemente arraigados.

Dichos saberes y comportamientos que emergen junto a las formas del paisaje, también son generadoras de diferencias entre los agentes, teniendo especial relevancia las relaciones de género en el comportamiento cotidiano. Se detectan diversos sistemas de crianza caprina donde es variable la participación de los integrantes del grupo doméstico, siendo un rasgo común la división generizada de las tareas dentro de la unidad. Esto se traduce en diferenciales de movilidad en el espacio, y a la vez implica formas de apropiación simbólica y material de manera disímil entre hombres y mujeres.

En términos generales es posible afirmar que las crianceras han quedado muchas veces restringidas a sus espacios domésticos, entregadas principalmente a las tareas de orden reproductivo; cuestión que difiere en el caso de los crianceros, quienes se hallan ligados a las tareas de pastoreo y movilidad. A pesar de que estas segregaciones no son estrictas, se visualiza un desarrollo cotidiano dispar entre los distintos componentes de las unidades domésticas.

Los datos hasta aquí presentados nos permiten advertir la gran heterogeneidad de unidades domésticas crianceras, la jerarquización masculina de manera general y algunos comportamientos generizados, sin embargo, no son concluyentes con respecto al desarrollo práctico y cotidiano, ni de cómo se configuran los límites político-espaciales de estos grupos. Hasta la fecha no se ha elaborado ninguna investigación que ponga énfasis en la división generizada para revelar de qué manera los integrantes de las familias experimentan cotidiana y sistemáticamente sus movimientos en el diario habitar.

En una apuesta hipotética que permita orientar el sentido de la investigación se plantea que los hombres crianceros tienen una predominancia en la práctica pastoril que deviene en el desarraigo del núcleo doméstico; en contraste, la mujer desarrollaría una vinculación más fuerte a su espacio inmediato, lo que supondría una menor valoración en la escala interna, a pesar de su importancia en la producción y reproducción material del grupo familiar.

De esta manera, el estudio aquí planteado cobra importancia principalmente porque a través del análisis de la experiencia del paisaje de las unidades domésticas crianceras, se pretende develar el sentido de las diversas prácticas generizadas, al mismo tiempo que da cuenta de las tensiones políticas que se tejen dentro de los grupos pastores. Esto nos aproxima a dar respuesta no sólo a aspectos relativos del diario vivir de las comunidades crianceras de cabras del norte chico de Chile, sino que también es un intento de comprensión de las divisiones de género que se manifiestan de manera cotidiana en las

sociedades pastoras. Este estudio además de dar cuenta de las diferencias, pretende explicarlas.

A razón de lo planteado anteriormente, la pregunta de investigación corresponde a: ¿cómo se experimenta el paisaje de las unidades domésticas crianceras en relación a las divisiones de género que se reproducen en ellas?

C. Objetivos:

Objetivo General: Analizar la experiencia del paisaje de las unidades domésticas crianceras considerando las relaciones y divisiones de género que se reproducen en ella.

Objetivos específicos:

- Identificar los quehaceres interrelacionados (taskscape) de las unidades domésticas campesinas-crianceras atendiendo a las divisiones de género que se materializan en el habitar.
- Identificar discursos de crianceras y crianceros de las unidades domésticas en torno a sus quehaceres.
- Comparar analíticamente discursos y prácticas de integrantes de las unidades domésticas crianceras.

D. Marco teórico:

El concepto de paisaje es fundamental en la comprensión de los grupos humanos y la relación de estos con el mundo. Se trata, pues, de una organización cognitiva que se genera a partir de la codificación experiencial de los cuerpos (Bender, 2002; Cano, 2011). Está constantemente modelándose y remodelándose (Bender, 2002; Ingold, 1993), es decir, se trata de un “proceso” y no de un objeto acabado y estático. Dicho proceso refiere a un fenómeno de lugarización mediante el cual se confiere sentido al espacio (Skewes, Guerra, Rojas y Mellado, 2011, p. 41), capaz de generar sentidos y sentimientos a los colectivos de sujetos (Cano, 2011, p. 40), por lo tanto, a través de él se da constante fundamento a la realidad de los grupos.

Se trata de un fenómeno holístico que integra en su totalidad “(...) el significado y el significante, el continente y el contenido (...)” (Nogué, 2007, p.138), por consiguiente, su estudio sugiere comprender la experiencia como un todo (Ingold, 1993), debido a que “(...) vivimos los paisajes a través de la integración con la memoria de todas nuestras capacidades sensoras, motoras y culturales” (Cano, 2011, p. 239).

En base a lo anteriormente señalado, la propuesta investigativa de esta memoria tiene como principio teórico la idea de paisaje como un constructo social (Nogué, 2016) y relacional (Skewes et al, 2011), el cual nace de interacciones entre diversos agentes y elementos. Se aleja, así, de las nociones naturalistas que defienden la idea de un paisaje físico como objeto de estudio, y que enmarcan sus aproximaciones a asuntos puramente estéticos (Cano, 2011).

El abordaje aquí planteado se distancia de las corrientes derivadas del cartesianismo ya que éstas suponen que es posible elaborar un conocimiento objetivo y científico del paisaje, teniendo como premisa la distinción empírica entre cuerpo –como precondition de la realidad- y el entorno –como entidad externa (Merleau-Ponty, 1993; Wylie, 2007). El cartesianismo crea la ficción de la separación entre naturaleza y cultura, debido a que concibe la corporalidad subjetiva como un elemento posible de ser sustraído de sus relaciones con la naturaleza (Ingold, 2002a). Una comprensión del paisaje que defienda la idea de este como una realidad externa, caería en la inconsistencia práctica de situar al sujeto como entidad que no es participe del mundo (Ingold, 1993; Tilley, 2004). A raíz de aquello, declaramos que esta investigación obedece a los lineamientos del paradigma fenomenológico, ya que su enfoque nos aproxima a una noción más pertinente de cómo los diversos grupos construyen el paisaje a través de procesos corporales.

El paisaje, así entendido, se concibe como un fenómeno que se construye a través de la experiencia material del cuerpo, apelando al atributo más distintivamente humano: la subjetividad (Cano, 2011). Con respecto a las críticas que se suscitan hacia un enfoque de estas características, Tilley es categórico:

The rejection of any possibility of an objective approach does not mean that we pass into a realm of personal subjectivity, because meaning is grounded in the sensuous embodied relation between persons and the world, an invariant ontological ground for all feeling and all knowing taking place through persons with similar bodies² (Tilley, 2004, p. 29).

De este modo, la investigación se centra en el sujeto como corporalidad, cuya existencia no se debe al hecho de ser pensado ni representado como tal, sino más bien a la experiencia misma de *ser en el mundo* (Merleau-Ponty, 1993). En esta misma línea, el estudio de la experiencia está fundamentado en el cuerpo como elemento que hace inteligible la realidad (Tilley, 2004), y es mediante el proceso de *corporización* (embodiment³) que este se ponen en relación al paisaje (Ingold, 1993).

El paradigma de *corporización* es un enfoque metodológico que entiende el cuerpo no como un objeto a estudiar en relación a la cultura, sino como base existencial de la cultura (Csordas, 1990), en tanto que el conocimiento es producto de la “fundición” del cuerpo con el mundo: “(...) la identidad de la cosa a través de la experiencia perceptiva no es más que

² Traducción propia: “El rechazo de cualquier posibilidad de un enfoque objetivo no significa que pasemos a un reino de subjetividad personal, porque el significado se basa en la relación sensual encarnada entre las personas y el mundo, una base ontológica invariante para todo sentimiento y todo conocimiento que tiene lugar a través de personas con cuerpos similares”.

³ En castellano no existe una traducción exacta del concepto “embodiment” que utiliza Ingold en su obra

otro aspecto de la identidad del propio cuerpo en el decurso de los movimientos de exploración (...), es por mi cuerpo que percibo al otro” (Merleau-Ponty, 1993, pp. 202-203). Por consiguiente, se comprende que el proceso de objetivación de la realidad (que no es otra cosa sino el tránsito de lo no objetivado a lo cultural) es mediante la corporización, que continuamente crea y recrea la cultura (Csordas, 1990). Esta perspectiva es profundizada por Ingold, quien propone la superación del cuerpo como entidad perceptora, y lo posiciona como un “proceso”:

The forms of the landscape are not, however, prepared in advance for creatures to occupy, nor are the bodily forms of those creatures independently specified in their genetic makeup. Both sets of forms [body and landscape] are generated and sustained in and through the processual unfolding of a total field of relations that cuts across the emergent interface between organism and environment⁴ (Ingold, 1993, p. 156).

La idea de paisaje resultante de este proceso implica una entidad generada por los mismos agentes a través de procesos de *corporización*, donde cuerpo y paisaje son dos procesos complementarios (Ingold, 1993). Es por medio del acto de habitar⁵, condición básica de la existencia, que se pone en juego las formas de los cuerpos y del mundo (Ingold, 2002a), entrelazando de manera temporal y continua los múltiples componentes -humanos y no humanos- de nuestro entorno que se hallan implicados entre sí mediante la acción (Ingold, 1993; 2002b; 2002c).

Es en este curso de actividad que emerge el significado como una forma activa de conocimiento, ya que este sólo aparece en relación con el mundo a través de la experiencia inmediata (Ingold, 1993), por lo tanto, las representaciones se originan en las acciones de habitar.

Aquellas acciones y actividades denominadas “tareas” (tasks), son los actos constitutivos de habitar, cuya definición refiere a cualquier operación práctica llevada a cabo por un agente calificado en un entorno como parte de su actividad normal de la vida (Ingold, 1993), las cuales cobran significado en relación al conjunto de tareas que se realizan, por lo tanto, su análisis sugiere tratarlas como un todo integrado que se denominará *taskscape* (Ingold, 1993) (su traducción literal es *paisaje de tareas* o, como propone Esther Gisbert-Alemayn (2018): *quehaceres*). Así, los *quehaceres* corresponden al conjunto completo de tareas en mutuo entrelazamiento (Ingold, 1993).

Nos enfrentamos a dos conceptos, que si bien son parte del mismo fenómeno, plantean desafíos diferentes: paisaje (landscape) y conjunto de quehaceres (taskscape), que, para efectos explicativos pueden analogarse a la pintura y a la ejecución musical respectivamente (Ingold, 1993). La música no puede sustraerse de la acción de

⁴ Traducción propia: “Sin embargo, las formas del paisaje no están preparadas de antemano para que las ocupen las criaturas, ni las formas corporales de esas criaturas se especifican independientemente en su composición genética. Ambos conjuntos de formas [cuerpo y paisaje] se generan y sostienen en y a través del despliegue procesual de un campo total de relaciones que atraviesa la interfaz emergente entre organismo y medio ambiente”.

⁵ Ingold hace uso del concepto dwelling que para efectos de esta investigación se traducirá como “habitar”

interpretación, por lo tanto, su existencia como tal se da junto al movimiento de ejecución, y en él se entrelazan diferentes ciclos ritmicos que dan forma a una obra (Ingold, 1993; Grupusso y Whitehouse, 2020); mientras que en la pintura el movimiento queda plasmado de manera sólida y duradera, lo que convierte a la acción en un hecho consumado. En el paisaje como pintura las características del paisaje permanecen disponibles para su inspección mucho después de que el movimiento que dio lugar a ellas ha cesado, entonces, debe ser entendido como el taskscape en su forma sólida y encarnada (Ingold, 1993). Así el paisaje se entiende como la estabilización de un movimiento que no cesa (Ingold, 1993), y puesto que las actividades que componen el taskscape son infinitas, el paisaje también constituye un fenómeno en constante construcción. De este modo el autor concluye que el paisaje (landscape) es la forma congelada del paisaje de tareas (taskscape) (Ingold, 1993). En esta línea argumental el paisaje se declara como un fenómeno que es resultado de procesos de temporalidad, es decir, el tiempo emerge en el desarrollo de la vida a través de la acción (Grupusso y Whitehouse, 2020).

Al mismo tiempo, la experiencia del paisaje es resultado de múltiples representaciones que se manifiestan en tensión con el acto de habitar (Cano, 2011), cuestión que da lugar a conflictos políticos en el paisaje en la medida que incorpora la dimensión histórica e imaginaria al devenir cotidiano de los grupos (Grupusso y Whitehouse, 2020; Bender, 2002).

De momento se ha presentado el paradigma general de paisaje que guiará esta investigación, a continuación se procederá a plantear las dinámicas implicadas en este fenómeno, en tanto proceso identitario y político.

Los paisajes generan identificación de los grupos (Martínez de Pisón, 2010, Ortega, 2010) al poner en juego la memoria y la historia colectiva (Cano, 2015; Carapinha, 2009; Santos Granero, 2004), esto quiere decir que el paisaje es expresión de la unidad experiencial del conjunto:

El paisaje (...) puede ser tenido como un almacén de memoria colectiva, un locus de recuerdos, un almacén que aglutina diversas capas materiales experienciales, cuya superposición le confiere identidad. La identidad del paisaje se deriva, pues, de las múltiples memorias y significados asociados a una determinada locación y que confiere un sentimiento de pertenencia y apego de sus habitantes (Skewes et al, 2011, p. 41).

Esta identificación puede darse en mayor o menor nivel de profundidad, ya que es posible una relación estrecha y duradera con el paisaje, como también una vinculación fácilmente perecedera (Aponete, 2003). En ese sentido, la investigación paisajística apunta a desentrañar de qué manera y en qué intensidad se genera dicha identidad.

A su vez, Nogué ahonda en esta propuesta política del paisaje al considerar que su emergencia se da “(...) en el marco de un juego complejo y cambiante de relaciones de poder, esto es de género, de clase, de etnia... de poder en el sentido más amplio de la palabra” (Nogué, 2016, p. 13), lo que podría traducirse en palabras de Nuria Cano como: “el paisaje no es armonía sino tensión” (2011, p. 322). Por lo que la teoría del paisaje-quehacer propuesta por Ingold (1993) es una herramienta teórica útil para comprender este

aspecto político, ya que permite rastrear las implicaciones políticas de la práctica cotidiana (Gisbert-Aleman, 2018).

En cuanto al carácter tensionado que se le atribuye a este concepto, la teoría del paisaje nos abre la puerta para pensar en las relaciones entre los grupos a través de un enfoque de género (Krishna, 2001; Käng 2012; Logan y Cruz, 2014; Sen, Deka, Yashmeen, Dorgi, Zokir Hossain, Katyaini y Dodum, 2018) debido a que pone en relieve el desarrollo material e ideológico de los grupos, dando cuenta de los diversos fenómenos de impugnación, negociación y presiones transformadoras entre los diferentes agentes que participan en él (Krishna, 2001). Un enfoque basado en la idea de paisaje generizado⁶ comprende el espacio como entidad contenedora de relaciones de género (Sen et al, 2018) a la vez que identifica la asignación de tareas producto de la división generizada de las actividades (Logan y Cruz, 2014). La observación del conjunto de quehaceres de los grupos permite descubrir la heterogeneidad paisajística, ya que prácticas y técnicas compartidas constituyen conocimientos que se mantienen inconscientemente a través de la realización de acciones rutinarias, las cuales están mediadas por las distinciones de género (Logan y Cruz, 2014).

Para ello, el estudio del paisaje generizado sugiere analizar el espacio íntimo, enfocándose en la familia y el hogar como organizaciones donde se producen y reproducen estas diferencias (Krishna, 2001). A su vez, teorizaciones acerca de las sociedades pastoriles han develado que la comunidad y la unidad doméstica son soportes de la realización de la actividad ganadera, poniendo énfasis en esta última como el eje central de la producción y reproducción (Khazanov, 1994; Galaty, 2015). Es por este motivo que la unidad de análisis de esta investigación es el grupo doméstico, entendido como la base social que organiza las tareas, aglutina y segrega los cuerpos de los agentes humanos en el proceso de experiencia del paisaje criancero-campesino.

La unidad doméstica se define como una unidad de residencia orientada a tareas e interacciones de sus integrantes, los cuales pueden estar o no ligados por relaciones de parentesco (Netting, Wilk y Arnould, 1984). En este contexto, el espacio doméstico se erige como una estructura de poder, debido a que en él se perpetúan (habitualmente) relaciones asimétricas, que dan lugar a jerarquizaciones expresadas en un sistema de autoridad (Cragolino, 1997); por lo tanto, en él conviven fuerzas contrapuestas que están en constante tensión y que al mismo tiempo se hallan cohesionadas, razón por la cual se interpreta como un espacio de conflicto cooperativo (Sen, 1987).

En el caso de los grupos domésticos que practican la gandería caprina, estos se clasifican como unidades domésticas campesinas –en sentido chayanoviano-, es decir, se trata de unidades de consumo que a la vez son unidades productivas basadas en el trabajo de sus propios integrantes (Chayanov, 1974). Este enfoque, que puede parecer excesivamente economicista, cobra valor en esta investigación debido a que, al estar ligados el grupo doméstico, el consumo y la producción, “la actividad doméstica es inseparable de la actividad productiva” (Schejtman, 1980, p. 124), por lo tanto, todas aquellas experiencias

⁶ O también conocido como *genderscape* en la literatura especializada.

son parte de un mismo flujo de actividad. Es en este escenario que se generan las divisiones de género, las cuales a menudo se rigen por normas consuetudinarias (Schejtman, 1980).

La división generizada (presente en los grupos crianceros y en un sinnúmero de sociedades), da cuenta de "(...) la jerarquización de tareas, pero también la jerarquización de personas, así como las ideas y representaciones sobre tales actividades y relaciones" (Comas, 1995, p. 18). La antropóloga Olivia Harris, en esta misma línea, plantea que la división generizada pondera a la mujer en posición de subordinación en el espacio doméstico debido a la asociación ideológica de ésta con el hogar:

La adscripción de la calidad de natural [de la mujer] a ese ámbito ciertamente no se limita a la sociedad capitalista occidental, sino que se encuentra en otros contextos también - es una forma de reproducir ideológicamente la subordinación de las mujeres y asegurar su domesticación (Harris, 1986, p. 218).

Considerando este principio ideológico, el análisis de la división generizada aborda la asignación de "(...) valor a ciertas actividades y poder material y simbólico a quienes las realizan" (Vázquez, 2014, p. 114); por lo tanto, se pretende estudiar las bases socioculturales que sustentan el poder en lugar de una simple descripción o enumeración de roles. Así, la división generizada no sólo da valor a las actividades, sino que también es un mecanismo de construcción de género en tanto es moldeado sociocultural e históricamente (Martín Casares, 2008). El género es construido de manera performativa, es decir, se trata de un conjunto de actuaciones sociales que se llevan a cabo de manera ritual, repetitiva y sostenida en el tiempo, y que en su realización produce y naturaliza el binarismo masculino/femenino (Butler, 2006; 2007), haciendo de esta dualidad una característica hegemónica de la sociedad hasta el día de hoy (García-Granero, 2017).

Esta construcción de regímenes de género se constituye como procesos de localización del cuerpo en el espacio, es decir, la construcción de género lleva implícita la idea de generización de los espacios (Massey, 2001; McDowell 2000; Rose, 1993; Sabaté, Rodríguez y Díaz, 1995; Soto Villagrán, 2003). La geografía feminista, a través de numerosos estudios, ha hecho explícita los diferenciales de movilidad entre los cuerpos (Sabaté, 1984), dando cuenta de cómo en una gran variedad de contextos las mujeres se hallan restringidas en su comportamiento en desmedro de los varones. Es precisamente en la realización de actividades cotidianas donde se coloca el foco analítico:

(...) the limits on women's everyday activities are structured by what society expects women to be and therefore to do (...), the seemingly banal and trivial events of everyday are bound into the power structures which limit and confine women (...) ⁷ (Rose, 1993, p. 17).

Así, comprendemos que estas prácticas, actividades y conductas dan forma a los espacios que segregan a los diversos agentes (Soto Villagrán, 2003), excluyendo de manera directa

⁷ Traducción propia: "Los límites de las actividades cotidianas de las mujeres están estructuradas por lo que la sociedad espera que las mujeres sean y, por lo tanto, lo que hagan (...), los eventos cotidianos aparentemente banales y triviales están atados dentro de las estructuras de poder las cuales limitan y confinan a la mujer"

y violenta a sujetas y sujetos en su desarrollo espacial (Massey, 2001). Si bien se reconoce una distinción primaria que posiciona al hombre en el espacio público, mientras que la mujer queda relegada al espacio doméstico-reproductivo (Rosaldo, 1974), las posibilidades de movilidad están condicionadas por el marco de negociaciones y renegociaciones de las divisiones de género (McDowell, 2000), lo que da cuenta que el espacio tiene matices y que las diferencias no siempre son tajantes, siendo sus límites variados y móviles (McDowell, 2000).

En síntesis, hemos aplicado un enfoque de carácter fenomenológico para abordar la experiencia paisajística de los grupos crianceros, en el cual cuerpo y paisaje están implicados en un mismo curso de actividad mediante el acto de habitar, condición básica de la existencia humana (Ingold, 2002a, Ingold, 1993). A través del conjunto de quehaceres relacionados los agentes dan forma y vida al paisaje, y en la acción emergen los significados y representaciones (Ingold 1993). Se planteó, así, una lectura que visualiza los aspectos políticos del paisaje (Gisbert-Aleman, 2018), poniendo énfasis en las relaciones de género que se manifiestan en los quehaceres cotidianos (Logan y Cruz, 2014) y que tiene como base organizativa la unidad doméstica campesina (Schejtman, 1980) que constituye un sistema de autoridad (Cragolino, 1997) donde se producen las negociaciones de género entre sus integrantes (Sen 1987). Esta división generizada impone diferentes valoraciones a las tareas realizadas (Vázquez, 2014), las cuales construyen el género en tanto son acciones performativas (Butler, 2006; 2007).

E. Marco metodológico:

1. Caracterización de la investigación:

Se planteó como objetivo analizar la experiencia del paisaje de las unidades domésticas crianceras considerando las relaciones de género que se reproducen en ellas. Para ello se tomó en consideración los discursos de los integrantes de las unidades familiares, así como también las prácticas cotidianas que llevan a cabo en los procesos de habitar. Es por esta razón que se realizó una investigación de tipo cualitativa intentando explorar las significaciones y sus reglas (Canales, 2006), como un modo de explorar las subjetividades de los actores, respondiendo a una forma de reproducir el intercambio simbólico de la praxis social real (Ortí, 1999).

La metodología cualitativa constituye "(...) un proceso concreto, socialmente condicionado, multidimensional, abierto y contingente (...)" (Ortí, 1999, p. 90); resultando de gran utilidad para abordar el modo en que los grupos experimentan el paisaje, debido a que se comprende que nos enfrentamos a un concepto que contiene múltiples significaciones y que está en constante producción, por ende se asume el carácter subjetivo de su composición. Dicho carácter subjetivo, tal como lo enuncia Guber (2004), no es un

obstáculo para lograr un conocimiento objetivo, asumiendo la subjetividad como una propiedad de la percepción la cual está integrada y producida por lo social.

De esta manera, al estudiar la experiencia del paisaje desde un enfoque cualitativo, la investigación se centró en las significaciones, perspectivas y visiones del investigado (Canales, 2006) las cuales son consideradas motores de la realidad social. En este sentido, este proyecto apostó por acceder a las intersubjetividades que los diversos actores ponen en juego a través de su práctica discursiva mediante ejercicios representacionales y su actividad cotidiana como fenómenos productores de paisaje.

2. Técnicas de recolección de datos:

Para cumplir con el primer objetivo específico de “identificar los quehaceres interrelacionados de las unidades domésticas campesinas-crianceras atendiendo a las divisiones de género”, se utilizó la observación participante, para así conocer a través del observar sistemático lo que acontece en el territorio mediante la práctica del involucramiento (Guber, 2004) y la integración al grupo estudiado (Delgado y Gutiérrez, 1999).

De este modo se pretendió identificar el conjunto de tareas que practican los integrantes de las unidades domésticas vinculadas a la crianza de ganado caprino, lo que implicó un grado importante de involucramiento en las prácticas, ya sea en la realización de estas o en el acompañamiento mientras los agentes las llevaban a cabo. El recorrido hablado fue otra de las técnicas utilizadas, cuyo uso permitió que los participantes expusieran sus impresiones acerca del paisaje, reconstruyeran sus apreciaciones históricas acerca del lugar y den cuenta de la ocupación de los diferentes espacios, todo a través de la realización de trayectos propios de su realidad cotidiana (Fragoso, 2010). Esta técnica permitió acceder a las características de los lugares estudiados al mismo tiempo que eran experimentados.

También se utilizó la técnica de entrevistas abiertas con el fin de abordar el objetivo número dos: “identificar discursos de crianceras y crianceros de las unidades domésticas en torno a los quehaceres”. La entrevista abierta permitió indagar las significaciones del paisaje de los actores, siendo esta una herramienta que posibilitó un mejor desenvolvimiento en el contexto cotidiano de los sujetos, ya que al no tener ninguna regla fija para su realización esta puede ser aplicada en todo contexto (Alonso, 1999). Asimismo permitió la identificación de diversos elementos, significaciones y características del paisaje.

Esta técnica da lugar a que la persona entrevistada pudiese desenvolver su narración sin canalizar su relato (Alonso, 1999), logrando retratar su espacio con sus propias palabras y a su propio ritmo (Bernard, 2006). De este modo, mediante las entrevistas abiertas se pudo acceder a los discursos de los diferentes integrantes de las unidades domésticas crianceras.

Cabe mencionar que si bien se planteó el uso de técnicas para objetivos en específicos, en la práctica del trabajo de campo estas casi siempre se entremezclaron, siendo operativas para responder a ambos objetivos.

3. Plan de análisis

Las técnicas de recolección de datos expuestas tuvieron como misión cumplir con los objetivos específicos uno y dos. Para realizar el objetivo tres, que consiste en “comparar analíticamente discursos y prácticas de los integrantes de las unidades domésticas”, se utilizó el análisis de contenido. Las diversas técnicas de recolección de datos levantaron información que fue transformada en textos los cuales se analizaron bajo esta modalidad.

El análisis de contenido corresponde a una técnica de interpretación y comprensión de textos considerando el contexto de producción manifiesto y latente de los discursos (Schettini y Cortazzo, 2015). Las autoras Schettini y Cortazzo (2015) plantean que la ventaja del análisis de contenido es el de permitir abordar todo tipo de datos (estructurados y no estructurados) considerando el contexto de la investigación, ahondando en los aspectos interpretativos.

El contenido hace referencia no al texto en sí, sino a aquello que subyace a él dándole sentido; por ende, dicho análisis posibilita pasar desde la superficie del texto a un nivel interpretativo de este (Navarro y Díaz, 1999). Por lo anteriormente expuesto, dicha técnica de análisis otorgó ventajas para acceder a la experiencia generizada del paisaje de las familias crianceras, permitiendo un abordaje con resultados mucho más enriquecedores que diluciden cuestiones relativas al sentido de las prácticas y discursos de los diferentes agentes.

4. Marco muestral

El muestreo de esta investigación es no probabilístico y por juicio. El muestreo por juicio se caracteriza por una elección de la muestra bajo criterios conceptuales, lo que plantea una delimitación de la muestra definida de manera teórica por el propio investigador (Mejía, 2000). En ese sentido los informantes fueron escogidos según las características de su desplazamiento.

Tal como se declaró en el marco teórico, la unidad de análisis es la unidad doméstica y en razón a ello se tomó una muestra de 22 grupos que representan un total de 59 personas. La cantidad de informantes es de 35 personas, considerando entrevistas individuales y grupales.

Unidad doméstica	Integrantes del grupo domestico	Informantes principales	Localidad estable de residencia
Familia Briones	Lisset, Ramiro, Tito	Lisset	Los Maitenes de Samo Alto
Familia Sánchez-Maripán	Emilio y Felisa	Emilio	Los Maitenes de Samo Alto
Familia Gavilán-Jiménez	Waldo, Hortensia, Felipe y Felix	Waldo	Los Maitenes de Samo Alto
Familia Benitez-Astorga	Pablo, Israela y Sabrina	Pablo	Los Maitenes de Samo Alto
Familia Chacana-Lezcano	Luz, Obelio, Camila y Héctor	Obeli y, Luz	Las Minillas
Familia Chacana-Aballay	Emilia, Víctor, Santiago y Jorge	Emilia, Víctor, Santiago y Jorge	Las Minillas
Familia Vargas-Abarca	Vicente, María de Jesús	Vicente	Las Breas
Familia Bugueño-Hernández	Juana y Alfonso	Juana	Las Breas
Familia Villalba-Serrano	Antonia del Tránsito y Leocaldo	Antonia	Las Breas
Familia García-Segoovia	Jimena y Renato	Jimena y Renato	Las Breas
Familia Núñez-Cárcamo	María del Carmen y Genaro	Genaro	Las Breas
Familia Cruz	Nibaldo, Milenka, Mireya, Albán	Nibaldo	Las Breas
Familia Santander-Pozo	Susana, Teodomiro, Loreto	Susana, Teodomiro y Loreto	Las Breas
Familia Villa-Zamora	Margarita, Vladimir, y Sebastián	Margarita y Vladimir	Las Breas
Familia Gutiérrez-Carvajal	Hilda y Fernando	Hilda y Fernando	Las Breas
Familia Yañez	Alejandro	Alejandro	Las Breas
Familia Astete	Lidia, Genaro, Maritza y Silvia	Lidia	Los Maitenes de Serón
Familia Tobar-León	Cristina	Cristina	Pichasca
Familia Salazar-Castillo	Ernesto y Rosario	Rosario	Pichasca
Familia Almirón	Dolores	Dolores	Pichasca
Familia Quinteros-Meza	Casilda, Celso y Eduardo	Casilda	El Romeral
Familia Mena, Fernández-Retamal	Olga Fernández, Berta, Luis, Carolina y Tomás	Olga y Berta	La Huerta

Se incorporó 3 entrevistas que no tuvieron un enfoque basado en la unidad doméstica, es decir, no se buscó abordar las dinámicas internas del grupo doméstico, sino que fueron realizadas con la finalidad de conocer aspectos específicos de ciertos temas. Estas entrevistas correspondieron a Carolina Aracena, dirigente regional; Patricia Farías, criancera de cabras de la localidad de Los Maitenes de Serón; y Facundo Gaitán, criancero de Las Breas.

Importante indicar que para resguardar la identidad de las personas que participaron en esta investigación, los nombres y apellidos presentados no corresponden a sus identificaciones reales.

Las residencias estables según número de casos corresponden a: Los Maitenes de Samo Alto (4), Las Minillas (2), Las Breas (10), Los Maitenes de Serón (1), Pichasca (3), El Romeral (1) y La Huerta (1).

A continuación se presenta un mapa donde se señala el asentamiento estable de las unidades domésticas crianceras (cabe indicar que estos puntos corresponden únicamente al asentamiento estable y no a las múltiples residencias que puedan tener estos grupos):



Ilustración 2: Google (s.f.-a). (1) Los Maitenes de Samo Alto, (2) Las Minillas, (3) Las Breas, (4) Los Maitenes de Serón, (5) Pichasca, (6) El Romeral, (7) La Huerta.

5. Principio y protocolos éticos

La participación de las personas que aportaron a la investigación (ya sea en el caso de las entrevistas abiertas, las observaciones participantes y los recorridos hablados) fue completamente voluntaria. Se resguardó el anonimato de quienes colaboraron en esta estudio si es que así lo desearon. El material producido será entregado con posterioridad a su aprobación, a todos quienes se hayan hecho parte de la investigación y quieran conocer los resultados, procurando la total transparencia de la información. Además, se distribuirá a instituciones públicas y comunales de Río Hurtado, tales como municipalidad y biblioteca, para así contribuir al desarrollo educativo y cultural del territorio.

Finalmente, cabe mencionar que se aplicaron consentimientos informados en las entrevistas a fin de que las personas participantes comprendieran el marco normativo-ético que implicó la participación en una investigación de este tipo.

IV. Resultados y análisis

A. Masculinización de la actividad trashumante en la unidad doméstica

Resulta común observar que en varias unidades domésticas dedicadas a la crianza de ganado caprino existe una evidente división generizada de las tareas cotidianas; no obstante, difícilmente se puede precisar un límite claro para diferenciar acciones propias de hombres y mujeres. Los roles de los miembros van a variar según cada unidad doméstica, pero en todas se materializan experiencias que reflejan diferencias de género en el paisaje de tareas, cuya expresión tiene un correlato tanto en la asignación de roles como en la emergencia de significados segregados por género.

La literatura existente asume que los hombres tienen un rol preponderante en el manejo del ganado caprino. El estereotipo reinante de una unidad doméstica criancera corresponde a un grupo familiar acotado en el cual los hombres adultos cumplen las tareas de trashumancia, lo que implica migrar por un período de tres a cuatro meses; mientras las mujeres tienden a permanecer en la localidad habitual de residencia, ocupándose del cuidado y reproducción del hogar. Sin embargo, los casos expuestos en este capítulo dan cuenta de que aun en los grupos domésticos donde existe una gran predominancia masculina de la actividad trashumante, las mujeres cumplen un rol muy activo en lo que respecta a la actividad ganadera, desarrollando circuitos de movilidad o realizando tareas fundamentales que dan sustento a la trashumancia. Asimismo, en muchos contextos los grupos pasan de un régimen trashumante a uno no trashumante, lo que transforma continuamente la posición de crianceros y crianceras, dando cuenta de que la experiencia paisajística es compleja y dinámica a la vez.

Para estudiar las complejidades señaladas, se describirán casos de algunas familias dedicadas a la crianza de ganado caprino en donde exista una predominancia masculina en los circuitos de movilidad trashumante. Los relatos de estos casos, los cuales están contextualizados en unidades domésticas campesinas, serán complementados con otros relatos a fin de ahondar la temática específica que se trata.

Los terrenos en esta investigación habitualmente se iniciaban con un recorrido a pie rumbo a un poblado reconocido por su actividad ganadera. Estas localidades se encuentran, por lo general, alejadas de los centros urbanos. Comúnmente se trata de poblaciones asentadas en territorios de alguna comunidad agrícola del secano interior. Para acceder a ellas es necesario tomar sinuosos caminos de tierra, cuyas pendientes causan estragos a los viajeros que no están acostumbrados a este paisaje. Los rayos del sol y la escasa vegetación existente, hacen de la aventura una actividad indeseable; no obstante, los pocos vehículos que transitan la ruta siempre están dispuestos a acercarse a los caminantes.

¿Tiene algún familiar por acá?, o ¿viene por el tema del Prodesal, usted? Son las primeras preguntas que me hacían al subir a los vehículos. Luego de explicar la razón de mi existencia en aquel lugar, amablemente me indicaban con quién podía hablar y se

sorprendían de que alguien realizara un viaje de esta índole por los motivos que yo señalaba.

Al llegar a los poblados, me dirigía a una de las casas que me habían indicado los traficantes de la ruta. El territorio de las comunidades, en líneas generales, es desértico y montañoso. Se divisaban algunos huertos y espacios de mayor verdor donde pasa la quebrada o desemboca alguna vertiente.

-Hola, buenos días. Me presento: mi nombre es Martín. Disculpe, ¿usted es criancera? – Buenos días joven. Hmmm, el caballero es el que va a la cordillera, ¿qué anda buscando?, ¿quiere que lo llame?

Resulta extraña la asociación inmediata que posiciona la idea de *ser criancero* con el acto de trashumar con el ganado hacia la cordillera. Si bien, en un gran número de familias son los integrantes de sexo masculino quienes realizan la mayor cantidad de tareas vinculadas directamente al manejo del rebaño, en muchas ocasiones las mujeres cumplen un rol bastante activo en todo orden de tareas. Es más, la historia de las mujeres crianceras refleja sacrificios de igual magnitud: viajes a la cordillera, agotadoras jornadas de trabajo a sol y a sombra, cuidado y manutención de cabras recién nacidas en tiempos de parición, segado de pasto en campos ajenos para que a las cabras no les falte el alimento en tiempos de sequía, etcétera.

1. Asociación criancero y trashumante: construcción de la hegemonía masculina

Para profundizar en la asociación criancero y trashumancia, se describirá el desarrollo cotidiano de la familia Almirón, a la cual se tuvo acceso a través del testimonio de Dolores, ex-criancera que actualmente vive en la localidad de Pichasca, en Cerro Amarillo. Dicha población está compuesta de un gran número de familias que antiguamente practicaron la crianza de ganado caprino, pero que a raíz de la intensa sequía que arrasó los territorios a comienzos de los años 2000, vendieron sus ganados y se instalaron al sur de Pichasca en terrenos cedidos por la comunidad agrícola de Inga Pichasca, en el cerro que le da nombre a este poblado. Paradójicamente, el nombre de Cerro Amarillo hace referencia a que antiguamente esta montaña se teñía de aquel color por la flor del *incienso* en los meses de primavera, alimento predilecto de la cabra durante este periodo del año.

La vida como criancera de Dolores Almirón se remonta hacia la década de 1950 y tiene su fin en los albores de los años 2000. La composición de la unidad doméstica experimentó varias transformaciones a lo largo de las generaciones. A la muerte de su madre en la década de los años 50, ella se hizo cargo de la producción doméstica con cerca de 10 años de edad. Se transformó, por obligación, en jefa de hogar y cuidó de sus hermanos menores, por lo que puede afirmarse que la tradición familiar de crianza de cabras proviene de una raíz femenina en el grupo familiar. En aquellos tiempos tenía un puñado de cabras y su experiencia cordillerana se inicia cuando conformó un nuevo núcleo familiar en la etapa adulta de su vida.

Esta nueva unidad doméstica estaba compuesta por ella y sus tres hijos. Su residencia estable se situaba en la zona de interfluvios, en Sotaquí, haciendo uso del espacio en calidad de arrendataria, lo que les permitía tener una vivienda, acceso a talaje para la alimentación del ganado y un pequeño huerto familiar. El plantel fluctuaba entre las 100 a 300 unidades, combinando cabras con unas pocas ovejas. Durante la época estival el rebaño era trasladado a la majada de Guantu, en la cordillera de Campanario, Monte Patria.

Dolores demuestra gran afecto a la cordillera, destacando que el recuerdo de los bellos paisajes se entrelaza con sensaciones muy amargas que le hacen recordar lo dura que es la vida de la alta montaña; es decir, este espacio es representado bajo ideas que albergan de manera simultánea el sufrimiento y la belleza.

Es todo verdecito, todo muy verde, muy lindo, (...) y se pone helado también, a veces se pone por llover, a veces llueve temprano (...), el viento es a veces terrible, es helado, es ventoso, también la niebla es muy helada, hay que estar con fuego para poderse abrigar; es muy lindo, pero muy sufrido (Dolores, Pichasca).

Dolores tan sólo fue una vez hacia las tierras cordilleranas, puesto que la veranada era realizada por sus hijos varones. Ella, por su parte, se ocupaba del cuidado de otros animales domésticos –gallinas, chanchos, ovejas-, además de la producción agrícola de su huerto, lo que da cuenta de la división generizada de tareas de este grupo doméstico. Ella, para explicar el porqué de su ausencia en las veranadas, menciona lo siguiente:

Hay personas que no tienen nada que cuidar en la casa, cuando son pocos y para atender a todos los animales se deben ir las familias completas; yo no, se iban mis hijos y yo me quedaba en la casa porque yo criaba gallinas, chanchos, esas cosas, yo no las podía llevar, entonces yo me tenía que quedar por ley. Yo tenía un huertecito, tenía alfalfa y esa tenía que regarla, hay que tener pasto para los animales para la vuelta, si se deja eso solo, se pierde todo, porque se seca; así que iban ellos no más (Dolores, Pichasca).

Su relato está enfocado en lo que significó ser una mujer campesina criancera, un pasado donde, según indica: “(...) *trabajaba como hombre y mujer, y de niña chica trabajando*”, pero que, a pesar de realizar todo tipo de labores, la veranada seguía siendo una actividad propia de los hombres “(...) *ellos subían no más, porque como eran niños hombres iban ellos no más*”, aunque luego de esta declaración determinante, agrega que sí hay mujeres trashumantes, pero aquello, desde su punto de vista, se da sólo cuando se trata de familias completas que trabajan el ganado y que además no tienen una actividad constante en su residencia estable.

A raíz de lo anteriormente señalado, un rasgo resulta evidente: la experiencia paisajística criancera se desarrolla en un marco de valoraciones de género de las tareas cotidianas, según el cual, aquellas labores catalogadas como *duras* se asocian a lo masculino, considerando la veranada como una de ellas. Ello no implica que mujeres no practiquen esta actividad, ya que, tal como se menciona, Dolores conoce la cordillera al igual que otras crianceras, por lo que estas valoraciones configuran un panorama de segregaciones que condicionan (pero no determinan) la experiencia paisajística de los agentes. De este modo, se aprecia una constante exclusión de la mujer en términos materiales, discursivos y

simbólicos, que se manifiesta de manera clara en las prácticas de desplazamiento relacionadas a la veranada.

Para profundizar acerca de la experiencia cordillerana de los integrantes de los grupos domésticos, nos trasladaremos a la localidad de Los Maitenes de Samo Alto, poblado ubicado dentro de los territorios de la comunidad agrícola de mismo nombre, al norte de Samo Alto, capital administrativa de la comuna de Río Hurtado. La llegada a la comunidad no está exenta de dificultades, puesto que no existe locomoción pública para este sector. El recorrido hacia el poblado se puede leer como una declaración de su historia: cerros arcillosos y de rojizo semblante, socavones de lo que alguna vez fueron pequeñas minas, cabras que se cruzan por los estériles caminos en busca de alimento, cactáceas y pimientos por toda la ruta, y una quebrada completamente seca.



Ilustración 3: Fotografía propia. Comunidad Los Maitenes de Samo Alto. Se aprecia la escuela y algunas viviendas.

Lisset Briones, criancera de Los Maitenes de Samo Alto, accedió a ser parte de esta investigación y su testimonio da cuenta de las complejidades de los procesos de veranada. La historia de la familia Briones, que modificó su régimen trashumante a uno no trashumante, refleja las transformaciones de las prácticas de desplazamiento que experimentan los grupos crianceros.

Esta unidad doméstica está compuesta actualmente por Lisset Briones, su hermano Ramiro y su padre Tito. Su práctica trashumante históricamente ha sido patrimonio masculino, debido a que únicamente los hombres se asentaban en la cordillera con las más de 300 cabezas de ganado que se manejaban en esos entonces. Se realizaba la veranada durante

seis meses al año, comenzaba en el mes de octubre y finalizaba los últimos días de marzo, para luego regresar a la comunidad agrícola donde el rebaño se alimentaba en el campo común, y al cabo de medio año se reanudaba el ciclo de trashumancia. Este caso corresponde a un ejemplo de conocimiento parcial de la cordillera andina por parte de la mujer criancera, ya que, según declara:

(...) conozco, pero de paseo, pero de vivir la experiencia de estar con los animales en la cordillera no, pero sí he ido a pasear a la cordillera, he ido a pasear hasta la Argentina en la cordillera, pero a pasear, a turistar, pero la realidad igual no es difícil imaginarse, con hambre, con sed, con frío, complicado. La vida del criancero es muy difícil hijo, sobre todo en estos tiempos, en tiempos de sequía, de hielo (Claudia, Los Maitenes de Samo Alto).

Lisset, a pesar de dominar las técnicas referentes al manejo de ganado caprino y al desplazamiento de la caravana de animales, nunca ha practicado la veranada. La estrategia de desplazamiento consistía en que Lisset viajaba junto a la caravana compuesta por los integrantes varones del grupo doméstico, cruzando los territorios de Vicuña y Tololo, a través del Cerro Pachón y del Cerro Negro, hasta llegar finalmente a la cordillera El Pangué, territorio chileno.

(...) nos íbamos todos, yo iba a ayudar a dejar hasta mitad de camino, a veces me devolvía, a veces llegaba hasta allá y me venía, todo, cabritos, todo lo que se necesita porque las frazadas, la comida, pasto para los animales, todo se llevaba en arreo, seis diez ocho animales cargados con todo, comida para los animales, las camas, que los sunchos, las tablas, los fondos, los cabritos más chicos y un montón de cosas. Si es como llevar otra casa, hay que tener de todo (Lisset, Los maitenes de Samo Alto).

De esta manera se identifica un caso muy diferente de movilidad al anteriormente señalado. En la primera unidad doméstica descrita, se observa una marcada exclusión de la mujer con respecto a las tareas relativas a la trashumancia, ya que la práctica de la veranada por parte de la criancera resultó ser una excepción a la norma. En este segundo caso, Lisset tiene participación en el traslado de la unidad doméstica, sin embargo, nunca experimentó una temporada completa en la cordillera. Ella, al realizar año a año el mismo recorrido, conoce de memoria el camino, ha experimentado e incorporado las formas cordilleranas a través del andar, deleitándose con la belleza que manifiestan sus cerros y quebradas; no obstante, considera que su experiencia es parcial y no se asemeja a la de los pastores que deben permanecer durante largos meses en las majadas:

(...) cuando uno va a la cordillera y va a pasear es muy bonito, pero ya tener la incomodidad del agua, de la luz, del baño y de todo ese cuento después no debe ser tan bonito como para irse a vivir para estar allá (...) (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

Se visualiza que los discursos femeninos que aluden a un conocimiento parcial o esporádico de la cordillera quedan supeditados al discurso hegemónico de crianceros que pasan temporadas completas en la alta montaña. En consecuencia, es posible apreciar que el fenómeno de exclusión de la mujer tiene un referente material y simbólico: no se trata simplemente de que sean los hombres quienes se encargan de las tareas de veranada, sino que también existe un relato centrado casi en su totalidad en la experiencia masculina,

que al mismo tiempo manifiesta cierto menosprecio o minusvaloración por la actividad cordillerana por parte de las mismas mujeres.

En este marco de valoraciones, un elemento común en las narrativas es la asociación de la mujer con el *deber de madre*, en contraste a la crianza de ganado que es comprendida como el sustento de la familia, el cual goza de mejor estatus. Tal como ocurre en la mayoría de los contextos, son las mujeres quienes habitualmente asumen los quehaceres relativos a la reproducción del hogar, lo que implica un alto grado de protagonismo en el cuidado de hijos e hijas en sus fases de infancia y adolescencia.

(...) El tema del ganado sí es una cosa más de hombres, porque hay un tema de familia, porque detrás del criancero hay una familia, entonces si tenemos hijos estudiando, la mamá se tiene que quedar con los hijos (...). El criancero se va en octubre y los niños que están en el colegio, ¿quién les lava?, ¿quién los cuida? (...) siempre es la mamá, la mamá a todas, claro porque él tiene que estar preocupado del ganado, si ese es el sustento de la familia, el ganado. Eso es así (...) (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

Los discursos que explican la exclusión de la mujer de este espacio no sólo hacen referencia al binarismo de roles que asocia ciertas tareas a integrantes específicos del grupo doméstico, sino también refuerzan ideas que aluden a la corporalidad masculina como más adecuada para enfrentar la dureza de las condiciones climáticas.

(...) las mujeres somos como más..., no somos tan de cordillera... es como más dura la vida por allá le digo... algunas mamás se van por allá, pero en mi caso no, yo tengo mis niños y alguien tiene que ocuparse (Olga Fernández, La Huerta).

Por otro lado, cuando se menciona a aquellas mujeres que sí asisten a las veranadas cordilleranas, se pone de manifiesto que su participación es en calidad de “acompañante”, demostrando así que, a pesar de que aquellas geografías sean experimentadas de manera relativamente similar por crianceras y crianceros, la hegemonía sigue siendo masculina, ya que se señala a los varones como más aptos para las actividades que allí se realizan: “(...) si van a veranada [las mujeres] es esencial que vaya el varón, y si va una mujer tiene que ir un hombre, porque la mujer a veces no puede poner una carpa (...)” (Casilda, El Romeral).

Se instituye así una concepción en la cual algunos agentes del paisaje tienen un desarrollo diferenciado en el espacio cotidiano, lo que sugiere la idea de que existen espacios *masculinizados* y otros *feminizados*, que lejos de ser comprendidos como una relación armoniosa producto de la división de tareas, se erige como una relación de poder. El discurso hegemónico anteriormente expuesto, más que constituir una fiel representación de los desplazamientos y motivaciones de las crianceras, corresponde a una suerte de desprecio por la experiencia cordillerana de ellas, que se traduce en la invisibilización discursiva que deviene, incluso, en la negación de su propia historia:

Nunca conocí la cordillera (...), yo iba pal' Sauce, El Chacay, Vallecito, para esas partes íbamos nosotros, pero no más allá, o sea, es como ir a la veranada con las cabras pero para acá no más, no para el otro lado de Argentina (...), y ahí hay que hacer de todo, cargar, sacar la leche... todo lo que es tener cabritas” (Olga Fernández, La Huerta).

En este apartado la criancera confiesa haber asistido a la cordillera junto a su familia. Su participación no tenía un rol preponderante en la toma de decisiones. Ayudaba a cargar los burros y los caballos, sacaba leche en el camino y en la majada misma. Inicialmente, en dicha entrevista, ella negaba su práctica trashumante, no obstante, cuando la conversación se encontraba más madura, sale a relieve que aquello de pasar largas temporadas en tierras andinas no es una cuestión sólo de hombres.

A modo de síntesis, la asociación entre la actividad trashumante y el ser criancero es producto del marco de división generizada de tareas que pone valor a tareas localizadas en el espacio cordillerano, generando un principio jerárquico de asignación de roles entre trashumantes y quienes quedan excluidos, crianceras en este caso. El desarrollo de esta hegemonía no se vale únicamente de la reiteración de ciertas tareas por parte de algunos integrantes del grupo doméstico, también operan mecanismos discursivos que aseguran una exclusividad relativa del espacio andino.

2. Habitar la cordillera: construcción de narrativas y segregaciones discursivas:

A continuación se identifican aquellas narrativas que surgen de los quehaceres de veranada, las cuales reflejan diferenciales discursivos entre crianceros y crianceras, lo que en consecuencia materializa la hegemonía cotidiana anteriormente señalada. Para ello se presenta un tercer y cuarto caso que permitirá conocer de qué manera emergen los significados a través de habitar la cordillera, desplegándose así conocimientos específicos del lugar y los diversos límites que allí se diseñan.

En el secano sur de Pichasca se encuentran las localidades de La Huerta, El Romeral y Las Minillas, cuyos asentamientos se enmarcan dentro de los territorios de comunidades agrícolas, donde un gran número de personas con derecho de comunidad son también crianceros y crianceras. Desde Pichasca la locomoción demora alrededor de una hora, pasando por La Huerta y luego El Romeral. Cuando el sol está por ponerse a eso de las seis de la tarde en tiempos invernales, la micro llega hasta la Junta de Vecinos Las Minillas, aquella es la última parada.

Las Minillas se caracteriza por una fuerte dispersión poblacional, en la cual, el trayecto entre una vivienda a otra puede demorar entre treinta a sesenta minutos a pie. Los caminos son difíciles de transitar, y algunos cruzan por la ladera de empinados cerros desde los cuales se puede observar como las pequeñas piedrecitas al ser pateadas se pierden por la pendiente y caen en la quebrada.

Una de las unidades campesinas que allí habita es la familia Chacana-Lezcano. Esta unidad doméstica está compuesta por cuatro integrantes: Luz y Obelio –ambos adultos- y sus dos hijos, Camila y Héctor. La explotación es de 200 cabezas de ganado aproximadamente, que se alimenta del campo común gracias al derecho comunero que posee Obelio. La

familia tiene un pequeño goce singular⁸ que antiguamente era utilizado para el cultivo de alfalfa y maíz; no obstante, la sequía ha dejado los campos estériles, generando dependencia del queso de cabra y del pequeño huerto de árboles frutales cuyos productos se destinan al consumo doméstico.

Con respecto a Luz –mujer adulta de la unidad doméstica- ella tiene prácticamente nulo conocimiento de la vida cordillerana y sólo una vez ha realizado el viaje hacia las tierras altas. Suele permanecer en la localidad habitual de residencia cuando su cónyuge efectúa la veranada. Ella se encarga de la reproducción del hogar, quedando al cuidado de los niños, los cuales no superan los 12 años de edad. Además de trabajar en labores de artesanía fabricando ropa y utensilios con cueros y cachos de cabras, se ocupa del cuidado y manutención del pequeño huerto. A pesar de dedicarse toda una vida a la producción caprina en contextos familiares trashumantes, solo ha ido una vez a la cordillera.

Yo soy nacida y criada con cabras, sí, pero no íbamos a la cordillera, ellos iban (...), si la primera vez que fui a la cordillera fue hace poco... hace poco, como el 2014 o 2013, por ahí, creo que el 2013, con los niños fuimos a dejarlo y volvimos (Luz, Las Minillas).

Aunque en general queda excluida de las tareas relativas a la trashumancia, dependiendo de la situación que enfrente la unidad doméstica, ella se incorpora en la labores de la veranada. Es así como lo retrata Luz, quien en una temporada ayudó a su marido al transporte de los utensilios básicos para la vida cordillerana, mientras Obelio se encargaba del arreo de cabras. Ella y sus hijos subieron hasta la cordillera Argentina y luego regresaron a lomo de caballo a Las Minillas.

*Un día por la mañana
después de haber ido a misa,
mi papá le dio a la familia
aquella triste noticia.*

*Ya no aguanto la pobreza,
nos vamos pa' el otro lado,
quiero juntar un dinero
aunque sea de mojado⁹.*

Oyendo los versos de rancheras y corridos mexicanos, Obelio expone sus historias y conocimientos de la cordillera. Con gran elocuencia habla de lo dolorosa que es la vida en las majadas, sobre todo por lo violento de los temporales que azotan al campesino lanzado a la aventura. Es posible identificar un abanico de conocimientos que los crianceros despliegan para referirse a los diferentes eventos que se vivencian en la cordillera, uno de ellos corresponde a los saberes con respecto a la nieve.

Un criancero cordillerano conoce bien el comportamiento de la nieve que cae en las majadas y pasos cordilleranos, diferenciándolo de aquellas nevazones que se producen en

⁸ El goce singular corresponde a una forma de uso dentro de la comunidad agrícola que hace referencia a un terreno utilizado de manera exclusiva y permanente por parte de un comunero o comunera. Otras formas de usufructo de la tierra dentro de la comunidad agrícola son la “lluvia”, terreno de uso exclusivo pero temporal (es decir, se le asigna a un comunero por un lapso determinado de tiempo), y el “campo común”, de uso colectivo y permanente (Solís de Ovando, 2004).

⁹ Fragmento de la canción El niño de la calle, de la banda Los tigres del norte, que se escuchaba en una de las visitas realizadas a la casa de la familia Chacana-Lezcano

los poblados del bajo valle, en los asentamientos de invernada. Es precisamente en este tipo de situaciones en que se expresa de manera evidente la división generizada del paisaje, ya que, si bien ambos cónyuges son parte fundamental de la producción caprina, la experiencia diferenciada de las tareas deviene en la emergencia de un relato detallado de cómo cae la nieve, fenómeno que genera mucho asombro y orgullo para quienes protagonizan estos momentos.

Y lo peor para allá es que la nieve se encajona, porque como nieva con viento, por ejemplo acá nieva, pero calmado, nieva como parejo, allá como es muy intenso el viento por ejemplo, esta es la línea, para este lado, para este lado se embanquilla, como más que está, se hace una corrida de nieve de acá para acá, porque el viento... y ese es el que le cuesta a usted para pasarlo, pero para cruzarlo se hacen bancos pero inmensos en cualquier loma, por ejemplo si este es un cerro parado, desde allá para acá está el viento, (...) y puro viento blanco (...)" (Obelio, Las Minillas).

Los saberes que se configuran a través de la práctica de habitar la cordillera van más allá de un conocimiento acerca de la forma física que adquiere la nieve en determinado momento. El *viento blanco* es comprendido como un anuncio de una situación crítica: el temporal. En ese sentido, este fenómeno se constituye como un agente portador de otros significados, que a la vez tiene la capacidad de motivar la acción de los trashumantes quienes saben que ha llegado la hora de tomar resguardos ante la situación.

[Antes del temporal] (...) empieza a salir el frío que le digo yo, el viento, primero antes de temporalear hace por ejemplo dos días antes empieza el viento, primero suave, después más fuerte, ya cuando aparece el viento blanco porque ya está el temporal (Obelio, Las Minillas).

De este modo se va configurando una idea acerca de la cordillera como un lugar peligroso que desafía la condición humana, por lo que se requiere de mucha destreza por parte de los trashumantes. A su relato se suman otros elementos que acentúan el carácter dramático de la experiencia cordillerana: la puna negra, malestar corporal generado por la ausencia de oxígeno debido a las condiciones extremas que imponen las geografías cordilleranas a los cuerpos humanos. Tal como lo menciona Obelio, para vivir la cordillera "(...) hay que saberla andar, hay que tener cuidado con la puna negra, que es esa como se queda en el cuerpo, se queda en los pulmones", como un modo de advertir que la cordillera no es para cualquiera.

Por lo general, las experiencias extremas a las cuales se ven sometidos los crianceros se vivencian aquellas veces en que los circuitos de trashumancia son más extensos. En el caso de Obelio, cuando se trata de años lluviosos, la veranada dura cerca de tres meses, desde diciembre a marzo, y no presenta mayores complicaciones. Sin embargo, cuando se trata de los años secos, su circuito de desplazamiento cordillerano puede alcanzar hasta ocho meses aproximadamente, desde diciembre hasta incluso abril o mayo. Luego de estar en tierras trasandinas se moviliza junto a su ganado hacia la cordillera de Campanario. Va ocupando progresivamente pisos ecológicos de menor altitud, ya que el avance de los hielos y temporales va convirtiendo la altura en terrenos inhóspitos tanto para él como para sus animales. Cuando la permanencia en la cordillera se torna insostenible, decide regresar

con su ganado a los territorios de su comunidad agrícola, ya con un clima un poco más fresco espera la parición de las cabras en el mes de agosto. Un par de meses después se prepara para subir nuevamente a las majadas. Es precisamente en estos años de ausencia de lluvias, cuando debe *arrancharse a lo duro* –como dice él-, desplegando todos sus conocimientos cordilleranos para aguantar el violento clima de aquellas geografías.

Cuando los años son secos y uno no tiene de qué más vivir, hay que arrancharse a lo duro. Yo con mi tío me quedé después del 21 de mayo, una vez nos fuimos en octubre nosotros [hacia la cordillera], echamos un mes antes de llegar a la Argentina, pero es que por ejemplo usted -como le explicaba yo- porque es un tema que ya lo maneja bien, uno que se maneja de chico maneja bien el tema, uno sabe cómo tomar precauciones, conoces hasta la naturaleza, sabes cuándo va a temporalear (...) (Obelio, Las Minillas).

Estas experiencias son constitutivas de temporalidad para los grupos. El tiempo se demarca por los ritmos de los desplazamientos y los distintos fenómenos que se manifiestan en el transcurso de la actividad. Así, por ejemplo, los hitos que demarcan la historia de las familias crianceras muchas veces guardan relación con los recuerdos de los temporales que amenazan la vida de los campesinos.

Sí, se acuerda de ese temporal que hubo el 25 de marzo que quedó inundado en Copiapó, ¡Yo estaba en Argentina po! En carpa lo vivimos. Yo andaba con el Fernando, los niños era el primer año que iban, estaban bien asustados. Ahí empezó el viento blanco, es demasiado que usted no lo aguanta, en un par de horas queda congelado, se inundaba la pampa, usted veía la pura polvareda, se hace puro viento tierra, ¡puro viento tierra!, ese es el temporal de viento, ahí hay que asegurar las carpas (Obelio, Las Minillas).

Los años son recordados por aquellos momentos críticos que se han tenido que sortear a merced de los temporales. La memoria de las grandes nevazones se hacen parte de la historia, y por lo tanto, del paisaje. Así, la cordillera no es tan sólo un lugar donde emergen significados en torno a sucesos específicos, sino también es la declaración del tiempo individual y colectivo de los grupos.

El año 2015 ahí nos pilló un temporal allá, fue una nevada, sólo eso me ha tocado como más duro, ¡eran 30 centímetros o 40 centímetros, por ahí! (...) 11 grados bajo cero, 10 grados bajo cero, sí, todo escarchado el río, todo lo demás escarchado. Por eso hay que venirse, porque después... no más del 15 de abril (Emilio, Los Maitenes de Samo Alto).

Las demarcaciones temporales que genera la práctica cordillerana son referencia para todo el grupo doméstico, aunque parte de este no experimente aquellos sucesos. Cuando acechan los temporales en los Andes, la angustia se propaga por los grupos que tienen a su familiar sufriendo los embates del clima. De este modo se genera una vinculación emocional que compromete a la unidad doméstica completa, no obstante, es el quehacer del criancero el que hace emerger el tiempo.

En base a las experiencias cordilleranas se diseña una serie de significados que devienen en la segregación generizada de los relatos. Si bien los significados expuestos son comprendidos por todos los integrantes del grupo doméstico, en el caso de Luz este

conocimiento nace de la representación que hace Obelio de su propia experiencia corporizada. Es mediante la exposición de estos elementos que se construye una hegemonía discursiva por parte de los crianceros varones que practican la trashumancia en desmedro de los otros integrantes del grupo doméstico.

El despliegue de conocimientos no se reduce a retratar el conjunto de saberes que emanan de las situaciones de peligro que se viven producto de habitar en condiciones extremas. Los crianceros trashumantes hacen gala, además, de saberes botánicos, los cuales utilizan para delimitar diversos espacios cordilleranos. Para dar cuenta de la creación de los límites se pondrá atención a la experiencia de otra unidad doméstica: la familia Chacana-Aballay.

Este grupo doméstico se halla localizado en Las Minillas y está compuesto por cuatro hermanos: Emilia, Víctor, Santiago y Jorge. Poseen cerca de 300 cabezas de ganado, y son los integrantes de sexo masculino los encargados de trashumar haciendo uso de las veranadas de Campanario, ubicada en la comuna de Monte Patria. En algunas ocasiones la estrategia de veranada es realizada junto con Obelio, con quien tienen lazos de parentesco, sin embargo, esta decisión es evaluada año a año y para ello se consideran las condiciones y preferencias de cada unidad doméstica.

La estrategia de desplazamiento está diseñada en estrecha relación con los tipos de pasto que puedan hallarse en los diferentes territorios. Como es de suponer, la familia criancera buscará el forraje de mejor calidad para asegurar una correcta alimentación de los animales, por lo que la elaboración de un conocimiento acerca de la localización de plantas como el *alfilerillo*, la *varilla* o la *chasquilla* es fundamental en el diseño de mapas mentales del territorio. Dicho de otro modo, habitar la cordillera genera un conocimiento particular acerca de las distintas especies vegetales localizadas en zonas de los Andes, lo que se traduce en la creación de límites espaciales. En ese sentido, los crianceros hablan de “las cordilleras”, y sus características en base a los pastos que allí pueden encontrarse.

(...) pero si no llueve, antes nos vamos [a la cordillera], antes po, en octubre, ¿por qué en octubre?, porque no hay pasto pa' acá, y a veces no hay nada; allá hay más chasquilla, chasquilla hay harta, la varilla chiquitita, pero en Campanario no hay de esa varilla de la grande, hay de esa varilla de cordillera clavada, de esa hay, pero cuando cae el temporal se le cae la hoja, queda muy espinuda (Víctor, Las Minillas).

Una primera distinción que aparece en los relatos es el binomio *cordillera chica* y *cordillera grande*. Las primeras corresponden a aquellas cordilleras de reducidas extensiones de tierra, donde las vegas son pequeñas y la vegetación escasa; mientras que las segundas se caracterizan por ser grandes extensiones de fértiles y abundantes campos de plantas silvestres que le otorgan una óptima nutrición al ganado.

(...) fui dos años a esa parte que se llama Campanario, que queda por Monte Patria para dentro, pero dos años no más, no me gustó mucho. Esta cordillera [El Bosque] es muy buena, es cara, pero es la mejor cordillera que puede haber acá en Chile, es la mejor, es que es muy grande, las otras son puras cordilleras chicas (...) (Emilio, Los Maitenes de Samo Alto).

Cabe indicar que las cordilleras de esta zona son propiedades privadas cuyos dueños obtienen beneficios a través del arriendo de sus campos a las familias campesinas a precios de usura, a la espera de que algún proyecto minero desee iniciar trabajos en su propiedad. De este modo, otro límite que se entrecruza con la diferenciación de los lugares en base a sus pastos es el valor del talaje. Se materializa, así, un paisaje que es también expresión de límites monetarios que se superponen con las distinciones generadas a través de la observación de la calidad de las praderas. El arriendo de talaje y el pago de los gastos implicados en el movimiento del ganado (“peajes” que cobran los dueños de alguna cordillera y el precio de arriendo de los camiones para transportar el rebaño de cabras) son quehaceres que en la mayoría de los casos recae en manos de los integrantes de sexo masculino de la unidad doméstica. Vemos así, cómo los hombres crianceros desarrollan un vasto conocimiento con respecto al valor y calidad de las distintas cordilleras, generando, distinciones entre unas y otras, saberes que son fundamentales para adoptar una estrategia de trashumancia.

Tres pesos por cabeza [en la cordillera Aguas Negras], total 30 mil el mes por las 100 cabras, los animales grandes pagan 3 mil, yo creo que es la cordillera más barata la que hay, porque en todos lados la cordillera está sobre 25 o 30 pesos por cabra, y yo no sé por qué ahí cobran tan barato (Waldo, Las Minillas).

Es importante puntualizar que estas definiciones espaciales que se diseñan se vinculan a una relación temporal de estos grupos en el paisaje, puesto que la persecución del talaje siempre se hace observando las *primaveras* que nacen en las diferentes geografías. Por lo tanto, el conocimiento territorial está implicado en relaciones temporales que emergen del constante tránsito por los Andes.

A estos límites espaciales debe agregarse las distinciones territoriales que se configuran a través del condicionamiento de las prácticas de movilidad que impone la administración estatal. Hace un par de años, la familia Chacana-Aballay se desplazaba hasta la cordillerana argentina, un largo y desgastante viaje que podía tardar más de 10 días, el cual tenía su recompensa en la buena producción de leche gracias a los excelentes pastos que suelen encontrarse allí. El grupo doméstico ha dejado atrás esta práctica y hoy en día privilegian el uso de la cordillera chilena. Cuenta Santiago que durante cinco años asistieron a la cordillera argentina hasta que la regularización estatal de la veranada trajo conflictos en el modo de trashumar:

Es bueno, pero es muy lejos, muy lejos, antes se iba así no más, no se sacaba papeleo ni nada, ahora no, tiene que tener su postura actualizada ahí mismo todo los años; antes usted iba a la mejor postura, a la ‘ganada ganada’, se cambiaba si estaba malo, ahora no, tiene que estar hasta que cumple su tiempo (Santiago, Las Minillas).

Aun cuando se presentan múltiples problemas provocados por la supervisión institucional de la práctica de la veranada, Santiago destaca que junto con la regulación, la relación con la policía fronteriza argentina se ha transformado de manera positiva:

(...) antes se pagaba peaje, los gendarmes si lo querían correr lo corrían no más, ahora no, con sus papeles a usted no le pueden decir nada... no le pueden pedir un animal, si usted quiere le da, antes no, uno tenía que darle porque iba a la mala po, ‘mata dos

asados y tení que matarlo, si no mañana en veinticuatro horas abandonai el país pa Chile' (...) (Santiago, Las Minillas).

A pesar de los beneficios que trae consigo la regulación, la estrategia de trashumancia que adopta el grupo doméstico no es compatible con el uso de estas cordilleras, ya que el movimiento a tierras trasandinas implica que la familia quede confinada en una única majada durante los meses de verano; en consecuencia, en caso de que el pasto no haya brotado en los cerros aledaños al asentamiento, el grupo estaría condenado a una mala temporada estival que mermaría la producción de quesos. De esta manera, el acto de asentarse en las posturas ubicadas en el lado trasandino es comprendido como una apuesta que asume la familia criancera, la cual muchas veces implica beneficios, aunque también constituye un riesgo que inquieta a los trashumantes. En adición, la normativa estatal determina las fechas habilitadas para subir y la fecha límite para permanecer allí, lo que inhibe el libre tránsito que históricamente han practicado estos grupos. Para asistir a las veranadas argentinas, las familias crianceras deben hacer una serie de trámites y papeleos con antelación, por lo tanto, se trata de una movilidad programada en un tiempo y lugar establecido¹⁰.

Por su parte, el uso del espacio cordillerano chileno se comprende como un constante ejercicio adaptativo al medio, ya que si el asentamiento no posee la suficiente vegetación, los grupos crianceros prefieren mudarse; si los hielos avanzan, la familia suele descender a otra majada para resguardarse del frío. En términos simples: ante cualquier adversidad que surja en el asentamiento, el movimiento suele ser la solución más plausible.

Es importante destacar que el uso del espacio cordillerano chileno y argentino no son dos formas de movilidad dicotómicas. A pesar de la rigidez de los tiempos para hacer uso de talaje trasandino, cuando la sequía azota la región y escasea el forraje de la pradera natural, los crianceros se ven obligados a extender la veranada por varios meses más. En aquellas ocasiones, las familias crianceras suelen hacer uso de la cordillera chilena antes de que comience el verano, para luego cruzar la frontera y estar allí durante tres meses. Dependiendo de las circunstancias, la veranada puede extenderse aún más: después del cierre de los pasos fronterizos, algunos regresan a buscar arriendos en la cordillera chilena¹¹ en los meses de marzo, abril y mayo. Luego de este largo viaje, suelen regresar a su localidad estable de residencia.

Aun cuando la experiencia paisajística de los pastores trashumantes sea un ejercicio de constante movimiento y readaptación, la tendencia de estos desplazamientos es la reiteración: los grupos crianceros realizan recorridos similares e intentan hacer uso de los mismos asentamientos año a año, lo que deviene en un conocimiento altamente específico de cada lugar, reconociendo un nombre y una historia para todos los espacios cordilleranos. En el acto de reiterar se inscriben los ciclos temporales del paisaje, ya que los grupos desean reencontrarse con los sitios por los que históricamente han transitado y en los cuales han asentado.

¹⁰ Durante la temporada 2017-2018 el paso fue habilitado el 15 de diciembre y clausurado el 1 de marzo.

¹¹ El arriendo de talaje va a depender de la capacidad adquisitiva que tengan las familias campesinas, siendo este un factor importante en la movilidad de los grupos.

En cuanto a las majadas, éstas son identificadas por el constante uso de algunos grupos. Por ejemplo, Quebrada Amarilla, asentamiento ubicado en la cordillera El Bosque, es identificado por ser lugar de los *niños Rojas*, o la majada *Los Pijes*, apodo que recibía una antigua familia de crianceros que ocuparon por generaciones aquel mismo asentamiento. De aquella manera la historia de las familias queda inscrita en el paisaje y en la memoria colectiva.

A modo de síntesis, se evidencia que para los crianceros la cordillera constituye un mundo atiborrado de significados, de poderosas narrativas de sus vidas que conforman una identidad individual y colectiva, sutiles distinciones en el territorio, y saberes fundamentales para diseñar una estrategia trashumante, los cuales nacen de la experiencia de los sujetos que les otorga un valor y estatus dentro de los grupos crianceros. En contraste, las crianceras que no practican la veranada quedan al margen de estos relatos, la cordillera se presenta como un espacio nebuloso y las narrativas se caracterizan por un conocimiento parcial. La cordillera aparece muchas veces como una representación que surge de los relatos masculinos o como un recuerdo remoto y pasajero de una excepción en el cotidiano de movilidad de la familia.

3. El cotidiano más allá de la cordillera: quehaceres de crianceras

A pesar de la importancia que tiene la cordillera para las familias trashumantes, es necesario tener en consideración que la experiencia del paisaje no se reduce a la asistencia a la veranada ni a los conocimientos que emanan de ella. Las familias realizan un amplio abanico de tareas que son parte íntegra del cotidiano, y que reflejan otras aristas de la división generizada de tareas. Para comprender aquello, el estudio se enfocará en identificar las tareas de las crianceras en contextos de trashumancia masculina.

Cuando Dolores Almirón se refiere a las labores que debía cumplir en la unidad doméstica, menciona lo difícil que es la vida de la mujer campesina, puesto que “(...) *en la casa no falta el trabajo que hacer, que ya cuando había agua había que ir a regar, cuando no a segar pasto, a sacar comida para los animales, [regar] pasto, árboles, lo que haya, uff, no, si el trabajo es harto (...)*” (Dolores, Pichasca). Es muy común que sean las mujeres quienes se ocupan de las tareas agrícolas cuando los varones se mueven con el ganado, lo que significa muchas veces un arduo trabajo para sostener la unidad doméstica campesina. La agricultura no es alienable de la ganadería, sino que es parte íntegra de la experiencia del paisaje de los grupos crianceros, y gracias a ella se hace posible una estrategia de trashumancia.

Para dar cuenta de la experiencia de la agricultura campesina, se identificará el desarrollo cotidiano de un grupo doméstico del poblado de La Huerta. Esta localidad se enmarca dentro del territorio de la Comunidad Agrícola de Inga Pichasca, a una distancia aproximada de 25 minutos en vehículo desde el poblado rural de Pichasca, y al igual que en los casos anteriormente descritos, el escenario de la comunidad agrícola es desértico y montañoso.

Esta unidad doméstica está compuesta por la familia Mena-Fernández-Retamal, integrada por tres adultos, Berta, adulta mayor y madre de Olga, quien está casada con Luis; Carolina y Tomás son hijos de dicho matrimonio. Los niños quedan al margen de las tareas de crianjería y se dedican a los estudios. Berta es comunera, por lo tanto, el ganado tiene acceso a campo común. Luis es quien se encarga preferentemente del ganado, realizando extensas veranadas habitualmente en cordilleras del Valle del Elqui, donde pasa cerca de seis meses al año.

Olga y Berta, se ocupan del cuidado del huerto, el cual está compuesto principalmente de árboles frutales tales como duraznos, parras, higueras, paltos y damascos. La producción más importante corresponde al pequeño terreno de aproximadamente una hectárea donde crece alfalfa, que será útil en los momentos más críticos de la temporada invernal. Una ínfima porción del huerto se destina al cultivo de hortalizas para contribuir al autoconsumo de la unidad doméstica.

Tanto Olga como Berta se encargan de llevar a cabo las tareas de regadío, siembra, siega y cosecha, lo que da cuenta de que en este contexto la actividad agrícola tiene predominancia femenina. Es importante destacar que dicha condición es relativamente reciente para la familia, ya que hasta hace poco tiempo atrás los quehaceres del huerto eran realizados por la pareja de Berta.

(...) bueno, que mi viejito, el marido de mi mamá falleció hace un año, y él se dedicaba a todo esto con el huerto, fumigar y esas cositas, y como quedamos [nosotras]... si el viejito se dedicaba a eso, nosotras no más nos hacemos cargo (Olga Fernández, La Huerta).

Aunque las actividades agrícolas estén concentradas en las mujeres del grupo, Luis también se hace partícipe de estas tareas en los meses que está en la comunidad. Cuando llega la primavera y el frío se retira de los campos, él se encarga de sembrar algunos productos de temporada y colabora con el riego; sin embargo, si las precipitaciones no han sido generosas, rápidamente debe emprender marcha hacia tierras cordilleranas, quedando ellas a cargo de la manutención y producción del huerto.

Dentro del conjunto de tareas que deben realizar, se identifica la actividad del segado de la alfalfa como una de las más duras que enfrentan en su cotidiano, puesto que al carecer de tecnología, este quehacer se realiza con métodos tradicionales del campo, lo cual suele ser muy desgastante para el cuerpo de las campesinas.

Regar no es nada, después el problema es cortarlo, si llega hasta por ahí, ya hay que cortarlo, dejarlo bajito para que después regarlo y vuelva a crecer, cada dos o tres meses más o menos, (...), y se corta con echona, ¿me entiende?, se hace prácticamente a mano se puede decir, porque hay que irlo como cortando con un cuchillo, ahí se echan días para segar, después que uno lo siega hay que dejarlo tendido en el terreno para que se seque, después que se seque hay que juntarlo, y acarrearlo y perchearlo en un solo lugar (Olga Fernández, La Huerta).

De igual manera a como ocurre con los quehaceres de veranada, a través de la agricultura emergen diversos significados que dan forma al paisaje criancero. Se generan múltiples

significados con respecto a los tipos de pasto con los cuales se trabaja: la *alfalfa rápida* y la *alfalfa chilena* son algunas de las denominaciones que distinguen con mayor frecuencia las familias campesinas. La primera, a pesar de su tallo hueco y de entregar un rendimiento más bajo en comparación a la segunda, se adapta de mejor manera a las condiciones deficitarias de tierra y agua que sufren las familias campesinas, entregando una mayor cantidad de cosechas anuales; por lo tanto, es la más habitual en estos contextos. En contraste, la alfalfa chilena se caracteriza por ser un alimento de mejor calidad y de segado menos frecuente, sin embargo, tal como lo señala Lisset: *para eso hay que tener buenos potreros*, dando a entender que su cultivo está reservado para quienes poseen mayores y mejores explotaciones agrícolas.

Estos conocimientos son fundamentales para diseñar la estrategia de desplazamiento de la familia criancera, puesto que las movildades se efectúan en consideración a los tiempos del cultivo. Para dar cuenta de este fenómeno, se analiza la experiencia de la familia Briones de Los Maitenes de Samo Alto.

La unidad doméstica se caracteriza por una predominancia femenina en las labores agrícolas, las cuales tienen como eje central la producción de alfalfa para la alimentación del plantel caprino. Aunque la criancera se emplea de manera asalariada en el rubro agroindustrial, su estrategia de movilidad se plantea en consideración a los tiempos de segado del pasto, desarrollando una práctica de movilidad constante.

Me ocupo del huertecito ahora en este tiempo que estoy trabajando cerca de la casa sí, pero cuando estoy lejos de la casa (...), yo voy al norte, trabajo 20 días, me vengo, tengo que segar el pasto, dejo el pasto segado, me voy de nuevo, vuelvo en 20 días más porque sé que lo tengo que venir a segar, y uno tiene que darse tiempo para segar el pasto, para cocinar, para amasar, para ver el ganado, para regar, para hacerlo todo (...), si no lo hace uno, no lo va a hacer nadie (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

En este caso la criancera asume el rol de segadora mientras el resto se ocupa de la cabra. Su actividad cotidiana revela un conocimiento específico que da cuenta del entrelazamiento del cuerpo humano y el crecimiento del cultivo, cuya puesta en práctica permite prescindir de la medición calendarizada del tiempo para determinar el momento que se aplicará la echona¹². Bien sabe Lisset que cuando el pasto sobrepasa la altura de la rodilla, este puede ser cosechado, por lo que no es necesario un conteo riguroso de los días.

Así, el ciclo del cultivo de la alfalfa es integrado al paisaje de tareas mediante el trabajo de la mujer, el cual está implicado en los diferentes ciclos de vida que se materializan en el cotidiano. Cabe indicar que la criancera puede adaptar los tiempos de crecimiento del pasto a los ciclos de movilidad que debe cumplir, para lo cual hace uso de múltiples técnicas para condicionar la cosecha.

(...) a mí la alfalfa de aquí al frente se me atrasa mucho le mando salitre no más y listo, a la otra semana tengo el pasto de medio metro, se me vuelve a atrasar, la riego y veo que crece poco, urea con el pasto (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

¹² Palabra sinónimo de hoz. Muy utilizada en el campo chileno.

La experiencia paisajística comprende además de la agricultura, el trabajo agroindustrial, que en este contexto doméstico también es practicado por Lisset. Es común que el trabajo migratorio se lleve a cabo generalmente cuando las lluvias han sido mezquinas y los campos se hallan estériles e improductivos, lo que obliga a parte del grupo familiar a trabajar de manera asalariada para lograr así el sustento del hogar. Su hermano es quien permanece en la localidad habitual de residencia preocupado de la manutención del ganado, mientras ella se adapta a las diversas ofertas laborales, generalmente en la cosecha de la fruta. Llegado el mes de agosto, Lisset regresa a su hogar durante dos meses para ocuparse junto a su familia de las tareas implicadas en el nacimiento de las cabras.

(...) por el tema de la parición del ganado estoy dos meses en la casa, después ya el ganado... las cabras de dos meses ya los cabritos sacarlos de sus mamás, a él le queda puro que sacar leche y hacer quesos y me voy a trabajar de nuevo yo, temporada, ahí busco el norte: Vallenar, Copiapó, Vicuña de repente (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

El empleo doméstico asalariado es otra dinámica de movilidad que compromete a las mujeres del grupo, cuestión habitual cuando el campo no otorga abastecimiento a quienes lo trabajan, lo que obliga a la migración temporal de las integrantes de la unidad campesina. En la Familia Mena-Fernández-Retamal, Olga se empleaba como trabajadora doméstica asalariada en la ciudad de La Serena, mientras su marido se encargaba del manejo del ganado caprino. Este trabajo muchas veces es entendido como temporal, a la espera de que los tiempos mejoren para regresar de manera constante a su unidad doméstica.

(...) me fui a trabajar a La Serena, en casa particular. Hace 10 años trabajé a una señora, al lado de la intendencia, después me casé y me vine, eso fue el 2001. Y me vine otra vez. O sea yo crecí, me crié por esos cerros [El Sauce], después nos vinimos para acá y de aquí me fui a trabajar a La Serena (Olga Fernández).

El amplio abanico de tareas que se identifica da cuenta de la marcada división generizada del paisaje, ya que, ante los momentos de crisis, es frecuente que sean las mujeres quienes deban vender su fuerza de trabajo. Por otro lado, lejos de lo que se pueda llegar a considerar, la adopción de un régimen asalariado por parte de las mujeres no está asociado necesariamente a procesos de desintegración de la unidad doméstica campesina, sino que sirve este como forma de lograr la persistencia en la actividad ganadera; en tanto que el dinero recaudado es utilizado para la compra de forraje, suplementos alimenticios y/o arriendo de talaje. En ese sentido, se visualiza un rol fundamental de las mujeres como agentes que diversifican las tareas del paisaje, y que gracias a ello, logran la continuidad de la práctica de criancería.

En contraste, las unidades domésticas también pueden sufrir la proletarización de sus integrantes de sexo masculino, comúnmente desarrollada en el área agroindustrial y minera. En el caso de la ocupación en las faenas mineras, los hombres emigran por largas temporadas hacia el norte de Chile dejando atrás la actividad ganadera. Como ocurrió en la familia Sánchez-Maripán de la localidad de Los Maitenes de Samo Alto, que durante una de las temporadas de sequía más duras que azotó la región a comienzos de los años 2000, la mortalidad del ganado y la baja producción de quesos hizo inviable la vida como

campesinos, por lo que Emilio, hombre criancero de esta familia, decidió vender su rebaño de cabras y trabajar en una empresa minera en Calama, en la Región de Antofagasta. La crianza de ganado fue suspendida por un tiempo, pero Emilio logró acumular dinero para rearmar su plantel de cabras y regresar a sus tierras.

En aquellos casos donde existe una evidente predominancia masculina en el manejo del ganado caprino, el trabajo asalariado del hombre implica la cancelación –total o parcial- de la actividad campesina-ganadera, o por lo menos su limitación en el desplazamiento. Al contrario, la proletarización de la mujer está asociado a un recurso cuyo fin es continuar el modo de vida criancero.

Junto a la agricultura familiar campesina y el trabajo asalariado, otra tarea de gran importancia en el cotidiano de muchas familias crianceras es la mediería en el segado de pasto. Generalmente las unidades domésticas campesinas que tienen un complejo acceso a la tierra y agua, ya sea por el escaso terreno cultivable o por tratarse de campesinos sin tierra, entregan su fuerza de trabajo a cambio de una parte de la producción de alfalfa.

Es el caso de la familia Quinteros-Meza, unidad doméstica localizada en la comunidad agrícola El Romeral que está compuesta por tres integrantes: el matrimonio de Casilda y Celso, y Eduardo, hijo de ambos. No poseen tierras cultivables, por lo tanto dependen casi exclusivamente de los ingresos que entrega la ganadería caprina. La actividad trashumante es realizada por los varones del grupo familiar, mientras que Casilda busca empleo en el segado de pasto, trabajando en fundos o en huertos de otras familias campesinas. Las ganancias que se obtienen permiten la alimentación del ganado, al mismo tiempo que la posibilidad de acortar los tiempos de trashumancia, puesto que con el alimento será viable la permanencia del rebaño en territorios de la comunidad por algo más de tiempo.

Este caso da cuenta de otra forma de desplazamiento diferente a la trashumante. La criancera realiza un constante tránsito de una localidad a otra, culminando sus agotadores días en su asentamiento de residencia estable, lo que genera una dinámica de continuo movimiento pendular de una localidad a otra en tiempos de cosecha.

En base a lo expuesto, es posible afirmar que la trashumancia no se reduce al desplazamiento del ganado, ni al espacio cordillerano ni a las tareas directamente asociadas al manejo del rebaño. Plantear una estrategia trashumante de crianza de ganado caprino supone, en la gran mayoría de los casos, una dependencia de otros quehaceres que permitan el movimiento de parte de la unidad doméstica. La agricultura, el trabajo migratorio, la mediería (entre otras tareas) se transforman en procesos entrelazados, parte de un mismo curso de vida y que hacen posible la continuidad de la unidad doméstica campesina. A menudo estos quehaceres son realizados por mujeres en aquellos contextos donde se evidencia una predominancia masculina de la actividad trashumante, sin embargo, a pesar de la importancia que tiene el trabajo femenino, rara vez es reconocido dentro de los contextos doméstico, cuestión que se refleja en la ausencia de discursos que destaquen el valor de estas tareas.

4. Lluvias, sequía y generización del paisaje

Tal como se ha indicado, el asalariamiento de integrantes del grupo doméstico es un fenómeno asociado a los momentos de crisis que, por lo general, son provocados por las dolorosas temporadas de sequía, las cuales hacen estériles los campos y secan las quebradas, imposibilitando el riego y ramoneo de las cabras en las praderas. Por lo tanto, la temporalidad del paisaje está fuertemente mediado por la presencia de la lluvia, cuestión que condiciona la asignación de tareas por género de los grupos.

Crianceros y crianceras suelen hablar de *años buenos* y *años malos* para referirse a la presencia o ausencia de precipitaciones, y las correspondientes consecuencias que acarrearán para la vida cotidiana. Los primeros aluden a aquellas temporadas lluviosas que devienen en la fertilidad de los suelos, mientras que los segundos hacen referencia a los periodos de sequía caracterizados por escasas precipitaciones y poco caudal en ríos y quebradas.

Es común que se califique un *año bueno* como un periodo de tiempo en el cual se trabaja menos, caso contrario a un *año malo* donde la trashumancia es más larga y las labores productivas demandan un mayor esfuerzo. A ello se agrega un rasgo que no se manifiesta de manera inmediata en los relatos: un año bueno es también un ciclo donde se materializa una menor división generizada de los quehaceres cotidianos.

Para abordar este fenómeno, se ilustra el caso de la familia Gavilán-Jiménez, grupo radicado en la comunidad agrícola Los Maitenes de Samo Alto, compuesto por Waldo y Hortensia, y sus dos hijos. Se plantea una descripción de las tareas cotidianas que deben realizar en el periodo de lluvias.

Cuando la temporada es lluviosa, los campos de la comunidad son más fértiles, las cabras se alimentan mejor y el trabajo implica únicamente pastorear a la distancia¹³. El quehacer matutino se limita a soltar las cabras en los cerros para que estas puedan ramonear el forraje de los campos, y así el trabajo en las primeras horas del día ha culminado. Cuando el criancero se refiere a las tareas que debe realizar con respecto al manejo del ganado, menciona lo siguiente: "(...) *hay que verla [para pastorear a la distancia] en invierno, que regrese todos los días y sacar el día; ya en Agosto llega la pega con el tema de que nacen las chicas*" (Waldo, Los Maitenes de Samo Alto).

Cuando cae la tarde en la comunidad, las cabras regresan cerca de la residencia, se sientan en la ladera de algún cerro aledaño esperando a ser ingresadas, luego el criancero junto a los perros arrea el ganado para guiarlas hacia dentro de los corrales. Algunas veces les da maíz y forraje, ya que pronto van a parir y una buena alimentación garantizará un buen ciclo de lactancia.

La familia también debe encargarse de regar el pequeño huerto de árboles frutales lo cual no demora más de una hora. En algunas ocasiones Hortensia cocina pan amasado o

¹³ La técnica de pastoreo a la distancia hace referencia a la vigilancia con la mirada que hace un criancero o criancera desde una posición muy lejana.

sopaipillas. No queda trabajo por hacer en el campo, salvo el que constantemente demanda el cuidado de infantes, realizado preferentemente por la criancera.

A pesar de que en invierno la cabra no entrega producción, ello no complica a la familia criancera, puesto que luego de la veranada el animal ha entregado un buen rendimiento, los cerros tienen vegetación y los crianceros quedan con la certeza de que por lo pronto no habrá problemas para vivir el día a día. Así, la afirmación de que la temporada lluviosa es un periodo de mínima preocupación aparece en el relato de dolores (cuestión que se verifica en todas las unidades domésticas):

“Antes [de la sequía] se largaban solas [las cabras], alojaban por cerros, se buscaban al otro día, o llegaban solas las cabras y no pasaba nada. Se iban tranquilas en la mañana a comer al cerro y regresaban en la tardecita, no había mucho de qué preocuparse (Dolores, Pichasca).

Durante las temporadas lluviosas, los campos aseguran una buena producción de queso, por consiguiente, el ciclo trashumante realizado por los integrantes varones de la familia se reduce, así como también es menos necesario el trabajo asalariado para mantener la unidad doméstica. A esto se agrega que el manejo del ganado caprino implica una menor cantidad de tareas, lo que es un alivio para campesinos y campesinas. En ese sentido, se plantea que los años buenos tienden a reducir las diferencias de género, no sólo en la medida de que disminuye el número de quehaceres realizados; sino también porque se diluye la idea de que únicamente mediante el sacrificio implicado en la trashumancia es posible mantener la estabilidad de la unidad doméstica campesina.

No obstante, hablar de los años buenos corresponde a una excepción a la regla, ya que la sequía ha sido denominador común en el territorio desde tiempo inmemoriales. Tal como cuenta Eugenia del Carmen, campesina de La Huerta: *“porque si este año llovió fue poca la recompensa para ocho años que tuvimos de sequía”*, reflejando de esta manera que la normalidad es y siempre ha sido las exiguas lluvias. La escasez de precipitaciones y la poca vegetación existente en los cerros ha significado un gran problema para las familias crianceras, por el hecho, además, de que la sequía trae consigo la emergencia de nuevos agentes del paisaje: los depredadores, que se transforman en un continuo dolor de cabeza:

(...) en un año malo viene el daño, viene el león, viene el perro, a veces hasta zorros cabeza negra como se dice, (...) [antes] no habían esos daños, nunca se había oído ni se veía el león, después entraron a aparecer los leones, lo que siempre habían eran esos zorros que nombran no más, pero pocos, después salieron esos leones y esos son muy traficantes, esos usted le apartan un ganado de cabras, pueden matar sus 10 o 20 de un porrazo y por matarlas no más, las dejan muertas después no se podían dejar por los cerros ni largarlas solas tampoco, había que pastorear, largarlas e ir detrás de ellas, volverlas para que no se fueran tan lejos, entonces cuando hay poca comida [en la pradera natural] entonces eso es lo que aburre (Dolores, Pichasca).

En consecuencia, para lidiar con estos problemas, se integran nuevas actividades al conjunto de quehaceres: pastorear y devolver el ganado a sus corrales. El pastoreo corresponde a una actividad que tiene como propósito proteger el rebaño de potenciales ataques y que este no se disperse en busca de alimento. En el caso de la familia Almirón,

eran sus hijos los encargados de esta tarea, y cuando no se realizaba, podía suceder lo siguiente:

(...) ¡uhhhh!, a veces había que sacarnos días enteros buscando a las cabras y no las encontrábamos, ni que cuando salía el león, cazaba y hacía un solo desparramo, muchas arrancaban, se iban lejos y no las podíamos encontrar, a veces tres o cuatro días tras las cabras buscando por los cerros, costaba para encontrarlas, a veces se pegaban a los barrancos, no las podíamos sacar, no ve que el mismo susto de los animales y se tiran por los barrancos, y que a veces uno no se puede meter, se pegan en esas piedras grandes y uno no puede meterse, y las cabras no pueden bajar, a veces había que sacarlas lazeadas (...) (Dolores, Pichasca).

Los barrancos comienzan a ser experimentados en el cotidiano. Las cabras deben ser auxiliadas cuando se encuentran atrapadas en ellos. Junto a los barrancos, aparece la destreza de crianceros y crianceras para rescatar a los animales: con un lazo se le obliga a la cabra a saltar y así hacerla entrar en tierra segura para reincorporarla al resto del rebaño. Es así como el barranco, que a vista de un observador externo puede significar un simple accidente geográfico que se entrega al deleite de la mirada, para el criancero se transforma en un espacio en el cual debe emplear todo su conocimiento para rescatar a su animal y a la vez no dañarse a sí mismo.

Cuando no se pastorean, una de las problemáticas que pueden enfrentar es el no retorno de las cabras a sus corrales durante las tardes, lo que obliga a buscar el ganado cuando este se pierde en las serranías. En periodos de sequía el animal no logra saciar su apetito y comienza a recorrer los campos en busca de comida, transita de cerro en cerro, alejándose cada vez más de su corral hasta perderse por lejanas colinas. En muchas ocasiones son los hombres quienes se encargan de esta tarea, a lomo de caballos buscan a su rebaño que se ha dispersado.

Para ejemplificar esta situación, se observará nuevamente el caso de la familia Briones, unidad doméstica en la cual Ramiro, hermano de Lisset, se encarga de devolver el rebaño cuando este se pierde en el campo. Para ilustrar esta situación, Lisset indica que cuando las cabras no regresan durante la tarde, es probable que se hallen dispersas en el campo común de la comunidad. Cuenta de una vez que parte del rebaño se ubicaba cerca del pueblo de Samo Alto, mientras que la otra estaba próxima al sector de La Mollaca, es decir, de un extremo a otro de la comunidad.

Ramiro, a lomo de caballo realiza la tarea de encontrar y devolver el ganado. Ocupa varias horas en esta labor, y algunas veces cae la noche y no es posible hallarlas. Lo mejor en esos casos es dar la tarea por finalizada y continuar al día siguiente.



Ilustración 4: Google (s.f.-b). A la izquierda de la figura la ubicación de un rebaño de cabras cerca del poblado de Samo Alto. El punto intermedio corresponde a la localización del asentamiento de la familia criancera. Al extremo derecho de la figura se ubica el sector de Las Mollacas, donde fue hallado el otro grupo de cabras.

Emergen nuevos métodos para afrontar este problema. Muchos crianceros y crianceras han optado por condicionar el desplazamiento de los animales, entregándoles un poco de maíz en las tardes, así, cuando ellas estén errantes y hambrientas por el campo, recuerden que al acabar el día en sus corrales habrá un poco de comida. Esta técnica pone de manifiesto que existe conciencia de la subjetividad de las cabras, ya que se asume la capacidad de generar costumbre, tener recuerdos y diseñar recorridos en el territorio.

De este modo, la presencia de la lluvia, como agente del paisaje, es capaz de transformar no sólo la relación de los grupos humanos con la tierra, sino también la relación de estos con la totalidad de relaciones que se materializan en el paisaje, generando la aparición de nuevas relaciones espaciales, emergencia de quehaceres y transformaciones en las segregaciones de género que se experimentan de manera cotidiana.

5. Época de parición y disolución de las segregaciones de género

Esta cotidianidad, marcada por las diferencias de género entre los integrantes del grupo doméstico, experimenta un momento liminal en el que es posible apreciar el desvanecimiento del marco de asignaciones de tareas por género durante un periodo de tiempo: la parición de cabras.

El proceso de parición de cabras es el momento más importante al cual se enfrenta cualquier unidad doméstica criancera, puesto que a partir de aquel instante se define la estrategia productiva que tendrá la familia, condicionará la producción y los desplazamientos del grupo durante el año. Lo más habitual dentro de las unidades domésticas es que se programe una parición anual de cabras para los meses de agosto o

septiembre¹⁴, por lo que para aquellas fechas, el grupo completo debe organizarse para atender al rebaño.

(...) cuando la cabra paría, ya ahí era compartida la pega ya [entre hombres y mujeres], ayudábamos a sacar leche, a hacer los quesos, y ya después que tenía hechos los quesos había que ir una persona, juntar el piño seco que quedaba sin parir, todo el maltonaje, todo. Los otros que quedaban en la majada se quedaban con el cabrito a verlo, momento que llegan las cabras, porque las cabras cuando están paridas uno las echa para el cerro y ya en la tarde ya están de vuelta, a ver a sus críos (Vicente, Las Breas).

Unas paren primero y otras después, algunas lo hacen en los cerros y otras en los corrales, de día, de noche, en la tarde o en la madrugada. La parición de la cabra siempre es un fenómeno incierto para la familia criancera. La unidad doméstica requiere de la participación de todos sus miembros para ser capaz de atender a todas las cabras que están por dar a luz a sus crías, es por ello que en este periodo prácticamente se disuelve la generización de los quehaceres. Tanto hombres como mujeres deben colaborar en el cuidado de la cabra, incluso en algunos casos, niños y niñas se comprometen con esta actividad.

En cuanto a las mujeres que trabajan asalariadamente en otros rubros, como es el caso de Lisset Briones, una vez llegado el mes de agosto, suelen dejar sus trabajos para dedicarse a la desgastante labor que significa la parición de la cabra:

(...) yo creo que hasta el primero de Agosto trabajo yo, porque esa en la primera de agosto empieza la parición de la cabra y ahí me vengo a ayudarle a mi hermano dos meses, después parto de nuevo a buscar pega (...) (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

Por otro lado, es importante destacar que este proceso de parición está condicionado por los *años buenos* y los *años malos*. Cuando se trata de temporadas lluviosas y los campos yacen fértiles, las cabras preñadas se alimentan de manera adecuada, por lo que la parición no reporta mayores dificultades. Sin embargo, cuando la sequía cae a la zona, la cabra no recibe una adecuada alimentación, sus energías se ven mermadas y se complica el nacimiento de las crías. Tal como lo afirman crianceros de la zona, para aquellos momentos es necesario: *“hacerlas de matrona, hay que aceitarse la mano no más e ir buscándole para acomodárselas para poder ayudarla”*. Dichas técnicas de obstetricia veterinaria deben ser dominadas por todos los adultos del grupo, por lo que en este caso los años malos no generan divisiones de género importantes en este proceso.

La distinción en los roles de género en las tareas que conciernen la parición es aplicable a todos los quehaceres en este proceso, a excepción de la actividad de dar muerte a la crianza. Durante los periodos de sequía, es común que muchas crías nazcan con problemas fisiológicos debido a la mala alimentación de su madre que con mucho esfuerzo logró parir, lo que se suma a la escasez de comida de los campos que pone en peligro tanto a las cabras adultas como a sus cachorros; por lo que ante esta situación muchas familias

¹⁴ Si bien aquello es lo más frecuente, muchos crianceros y crianceras notifican que cada vez es más común dejar un pequeño grupo de cabras para parir en los meses de mayo, para así tener algo de producción en los meses fríos, aprovechando el buen precio del queso que genera la escasez.

campesinas optan por dar muerte a un gran número de unidades caprinas recién nacidas, ya que es probable que tengan una vida dolorosa y su muerte sea inevitable. La tendencia es que sean los hombres crianceros quienes llevan a cabo esta actividad, sin embargo, no resulta extraño que la mujer asuma de igual forma este rol.

El trabajo en periodo de parición no culmina ahí. Una vez nacidas las cabras y seleccionadas aquellas que seguirán con vida, es necesario preocuparse de que las crías tomen la leche de la madre, procurando que no sea consumida por completo. Es común ver en tiempos de sequía que las cabras madres no deseen el amamantamiento, desarrollando una personalidad hostil hacia las recién nacidas (sean o no sean su descendencia biológica). En aquellos momentos las familias crianceras deben lograr que *las huachitas*¹⁵ sean aceptadas por sus madres, lanzándolas constantemente al costado de ellas hasta ser aceptadas. En otras ocasiones, cuando la cría ha quedado sin madre, los grupos crianceros las amamantan con mamaderas o las entregan a otra cabra madre.

Cuando culmina el ciclo de preñez de la cabra, comienza el ciclo de producción de leche y quesos. Así, una parte de la leche de las madres está destinada a la alimentación de sus crías, otra parte se reserva a la producción de quesos. Para ello las familias deben aplicar las técnicas de apartado de animales, la cual consiste en separar a las madres de sus crías en cerros diferentes, vigilando que estas no se junten en el momento en que se alimentan por los cerros.

(...) hay que atenderlas todos los días, lo mismo que hace una mamá con un hijo, tiene que entregársela al hijo, esperar que mame, después hay que encerrarlos, si la cabra le queda leche, hay que sacarla, hay que hacer el queso, hay que echarlas para el cerro, en la tarde hay que ir a buscarlas y se trabaja todo el día en eso. Si a uno le falta día para atender la cabra, trabaja de noche a noche, de repente a las 5 de la mañana, a las 6 de la mañana empiezan las cabras a llegar, hay que entregarle sus huachitos, ver que mamen, que se llenen y no paren todas en un solo día, de repente la parición dura 20 días o 1 mes, entonces todos los días lo mismo, todos los días el mismo cuidado (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

Una vez culminada la parición y todo el ajetreo implicado en esta labor, se reanudan los ciclos de desplazamiento de las unidades domésticas crianceras. Luego de un par de meses algunos integrantes del grupo familiar migran hacia tierras cordilleranas, otros buscan empleo en los trabajos de temporada o en el trabajo doméstico, la mediería en el segado de pasto también es una opción, entre otras. De esta manera se reestructuran nuevamente las segregaciones de género que se expusieron a lo largo de este capítulo.

¹⁵ Denominación utilizada para referirse de manera cariñosa a las crías de las cabras.

B. Unidades domésticas trashumantes con participación femenina

<i>Madre eres y horticultora, mujer leal a tu marido;</i>	<i>Así, tras ellos has ido sin importar sacrificio,</i>	<i>Te he visto ir de veranada aun estando preñada;</i>
<i>De tu casa, guardadora y maestra de tus hijos;</i>	<i>Y a más de uno de tus hijos en veranada has parido.</i>	<i>Que Dios te da fortaleza, fe, esperanza, tacto y tino,</i>
<i>Y cual si fuera todo eso no bastante sacrificio,</i>	<i>Y si la miseria aprieta con una larga sequía,</i>	<i>Y si en tu vientre germina vida nueva para darla,</i>
<i>Debes cuidar de las cabras si se ausenta tu marido.</i>	<i>No te apartan de la ruta, temor ni melancolía.</i>	<i>La llevas para que nazca cual futo de veranada.</i>

El extracto del poema recién citado tiene como título *la mujer del criancero*¹⁶, y en él se refleja la concepción masculinizada de la crianza de ganado caprino, la cual comprende a la criancera como una extensión del hombre al catalogarla como “*la mujer de*”. Es la imagen de “guardadora y maestra de tus hijos” que la visualiza sólo en el ámbito reproductivo, e incluso el espacio de la veranada se presenta no como un lugar de desarrollo y participación activa, sino como un destino al cual se va a parir.

Este apartado, que tiene como propósito identificar los quehaceres y discursos de las familias crianceras que realizan trashumancia con participación femenina, desmiente aquella concepción estereotípica en la cual se posiciona a la mujer prácticamente como un agregado de la actividad masculina. Aunque es necesario destacar que el poema, si bien adolece de una representación compleja en torno a los roles de las crianceras, debe ser valorado en la medida en que nos acerca a la visión hegemónica que opera a nivel discursivo en estos grupos.

La noción auxiliadora que se le otorga a la mujer en las tareas relativas al manejo del ganado queda plasmada en el discurso anteriormente señalado: ella se hace parte de la producción, pero en calidad de agente que presta ayuda en labores de hombres, y asimismo, promueve la idea de la criancera como reproductora de la vida, ubicando su rol como agente auxiliar en los quehaceres productivos y protagonista en las tareas domésticas del hogar, siendo en este último aspecto valorada como tal:

(...) yo digo que la pega de la mujer es diferente que la pega del hombre, porque la mujer aparte de ayudar al marido en el tema de la crianza de los animales, tiene que preocuparse de los niños, de la casa, de la comida, del lavado, del planchado... un montón de cosas más (...) (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

¹⁶ Poema *La mujer del criancero* en “Poemario maestro de la majada”, 2001, Certho Ehpocca Producciones.

A pesar de la fuerza que posee este discurso hegemónico, al realizar las entrevistas y profundizar en ciertos aspectos de la vida cotidiana de las crianceras, es posible observar cómo ellas algunas veces cumplen un rol protagónico dentro de sus unidades familiares (aunque se destaque al hombre como el parámetro de medición). De este modo Lisset, al referirse a sus pares crianceras, menciona lo siguiente:

(...) ella es sola no más, con sus hijos e igual sube a la cordillera, mujer sola, con sus animales y todo el cuento y hace todo lo que hace un hombre igual, y mantiene su familia y sus animales, y así como ella en Las Minillas hay en distintos sectores, yo creo que de muchas partes, nadie dijo que la cabra se había hecho para los hombres (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

En el relato de Lisset se identifican unidades familiares en las cuales la mujer asume un rol preponderante en lo que refiere a la movilidad del ganado, y en general, en las decisiones que debe tomar acerca de su explotación, trashumando durante todo el año de costa a cordillera y viceversa. Aunque hay que destacar que, de igual manera como se observó en el apartado anterior, las unidades domésticas trashumantes con participación femenina se caracterizan por la heterogeneidad de sus estrategias de movilidad, por lo que también es posible hallar divergencias en los niveles de participación de las mujeres.

Para dar inicio a la identificación de quehaceres y narrativas de las unidades domésticas trashumantes con participación femenina, esta primera parte centra la atención en las tareas relacionadas a los viajes rumbo a la cordillera de los Andes. Se describirá el caso de Juana Bugueño y su vida como criancera de cabras, que será útil para ilustrar los roles que muchas veces cumplen las crianceras en estos contextos y el modo en que se componen las caravanas trashumantes.

1. Rumbo a la cordillera: simetrías narrativas y jerarquías cotidianas

Cuando Juana era aún una niña participaba de la veranada con parte de su grupo parental, siendo inquilina de un terrateniente de la zona que le encargaba un gran rebaño que fluctuaba entre las 300 a 400 cabezas de ganado. Su grupo doméstico poseía un pequeño contingente de cabras, las cuales trabajaba al mismo tiempo que cuidaba el rebaño de su patrón.

Al contraer matrimonio y nacer su primera hija, dejó de practicar la criancería. Ello, a su vez, coincidió con la llegada de La Coipita, empresa minera que en los años 90 se introdujo en la comuna y fue allí donde Alfonso –cónyuge de Juana- se empleó por un tiempo, generando así la descampesinización de la unidad doméstica. Alfonso continuó de manera asalariada en el norte de Chile, también en el rubro minero, hasta que hace un par de años regresó a Las Breas. Gracias al dinero que pudieron reunir como grupo familiar, Juana ha vuelto a conformar su rebaño de cabras. Posee un número de 50 cabezas, de las cuales 30 son cedidas a un sobrino que las cuida y produce en lo que dura la temporada de

veranada. Al acabar el tiempo de cordillera, este se las regresa para que Elisa se encargue de su ganado.

Aun cuando su vida como criancera cordillerana se remonta a sus primeras décadas, la experiencia desplegada es imborrable de su memoria. Ella recuerda los años que realizaba las veranadas hacia la cordillera de Los Patos cuando trabajaba para su patrón. Su función dentro de la caravana era llevar los utensilios para la producción y reproducción de la vida, mientras otro grupo arreaba las cabras hasta la majada. La conformación de las caravanas nunca es una cuestión de azar, ni tampoco nace del capricho de alguno de sus integrantes, sino que opera una selección de cualidades mediadas por distinciones de género.

Los liderazgos en el proceso de movimiento trashumante generalmente recaen en los varones, sin embargo, aquello no guarda relación únicamente con el hecho de que se tiende a depositar más la confianza en los hombres en comparación a las mujeres. Un factor clave es la experiencia que se tiene en la actividad y los conocimientos que emergen de ella. Como es de suponer, un criancero que lleva más tiempo viajando con el ganado, conoce de mejor manera las eventualidades que puedan surgir. Por otro lado, y no menos importante, es clara la masculinización de la propiedad de los rebaños, por lo cual, suelen ser ellos quienes toman las decisiones con respecto a qué hacer con sus animales, tanto de qué majadas ocupar como de las fechas para comenzar o terminar el uso de un espacio determinado. En este último punto es necesario destacar que si bien son ellos quienes dictaminan en última instancia, en general estas determinaciones son concertadas por el grupo trashumante, y en otras ocasiones, se decide considerando el comportamiento de las mismas cabras que son el mejor indicador para la familia criancera¹⁷.

A continuación se expondrá un fragmento de una entrevista a Antonia del Tránsito, que ayudará a ilustrar la relación jerárquica anteriormente señalada:

(...) solo un año me acuerdo que nos quedamos hasta abril porque mi tío como ya todavía no me casaba, se fue a Argentina con un tío y se demoró mucho, nos pilló abril allá [en la cordillera chilena], porque siempre nos bajábamos los últimos días de marzo, y estaba tan helado, vino un hermano y nos bajó más abajo, hasta que llegara mi tío, porque era él el que mandaba, y de ahí tuvimos que esperarlo, casi nos trabamos¹⁸ decía yo con una hermana, es que se pone muy helado (...) (Antonia del Tránsito, Las Breas).

En el ejemplo recién presentado, Antonia hace evidente la jerarquización en las decisiones en torno al movimiento de los grupos crianceros en la cordillera. Dicha verticalidad se manifiesta tanto en las decisiones acerca de cuándo se mueve el grupo y en el cómo se conforma. El modo de componer estos grupos considera las capacidades de las cuales están dotados los integrantes de la expedición: en el caso de Juana se resalta la cualidad de *poner orden*, lo que supone un buen desempeño en las labores de traslado de utensilios

¹⁷ Muchos crianceros y crianceras cuentan que cuando se aproximan los tiempos de veranada, las cabras comienzan a escaparse rumbo a la cordillera. En ese instante no caben muchas dudas, llegó la hora de emprender el viaje.

¹⁸ Expresión muy utilizada en esta zona que hace referencia a presentar síntomas de enfermedad debido a la exposición a temperaturas muy bajas.

y cocina. Esta función, por lo general, es asignada a las mujeres, lo que da cuenta de una experiencia segregada por género:

Él me decía [su patrón]: 'la que no quiero que se vaya de aquí que anda con nosotros con las cabras es la Juana -me dejaba a mí-, 'porque ella ordena bien las cosas, ella lleva comida si nos atrasamos, ella nos ayuda a cargar, así que la Juana no se va, se va la Carmen con la Julieta, se van todos los demás con las cabras y se quedan dos para que me ayuden a cargar y la Juana. Así que ese caballero a mí me dejaba (Juana, Las Breas).

Vemos en este caso de qué manera se manifiesta la predominancia masculina en el proceso de veranada, desde las decisiones a las cuales se ve sometida la caravana en general, hasta la asignación de roles de los integrantes del grupo doméstico. En ese sentido, se aprecia que en estos contextos domésticos el marco de asignación de roles es explícito.

Resulta oportuno contrastar este tipo de casos con el de la familia Núñez-Cárcamo, en la cual no se identifican roles verticales como en el caso anterior. En este grupo doméstico opera una estrategia de movilidad en el territorio donde la criancera es quien arrea el ganado a través de la ruta cordillerana hasta la majada. Aun cuando esta experiencia refleja la heterogeneidad de estrategias y roles, dicha situación no es habitual en la generalidad de casos de las unidades trashumantes.

Esta unidad doméstica, la familia Núñez-Carcamo, está compuesta por María del Carmen y Genaro, quienes trashuman con el ganado haciendo uso de espacios costeros en la temporada de invierno y de espacios cordilleranos en la época estival, teniendo un patrón de trashumancia caracterizado por el constante arriendo de campos de pastoreo durante los 365 días del año. Son campesinos sin tierra, poseen un asentamiento habitacional estable en Las Breas y son propietarios de 200 cabezas de ganado, por lo cual, para mantener tal contingente de animales se ven en la obligación de arrendar talaje durante todo el año, siendo este un ejemplo de movilidad continua.

Cuando se acerca final de año y la cordillera chilena es habilitada, la pareja se dirige desde la localidad costera de Corral Quemado hasta Las Breas. Dependiendo de cada año, van a reposar allí por un breve lapso de tiempo mientras preparan el movimiento ascendente hacia la cordillera andina. Para trasladar las cabras a través de la comuna contratan fletes, pero una vez que llegan a Las Breas, el desplazamiento de las cabras se realiza mediante la técnica de arreo y los utensilios son llevados en una camioneta.

De similar manera que en el caso anterior, la caravana se divide en dos, aunque de un modo diferente: María del Carmen es quien a lomo de caballo y con ayuda de tres perros conduce la tropa durante un día completo hasta llegar a la majada (o dos días dependiendo de "*lo caminadora que ande la cabra*"). Por otro lado, Genaro arriba hasta la vivienda en un vehículo motorizado en el cual lleva todos los implementos necesarios para la vida en la alta montaña. Mientras ella se encarga de los quehaceres de arreo, su cónyuge en camioneta llega a su destino para montar cuanto antes el asentamiento, lo que consiste en preparar la quesera, instalar el techo de nylon, amueblar la majada, desmontar colchones

y artefactos, hacer funcionar el generador eléctrico, entre otras tareas. Durante la espera aprovecha de barrer los corrales y dejarlos aptos para el uso de las cabras.

A pesar de que comparar estos dos casos pueda resultar inapropiado dado que se trata de familias que poseen un contexto y una composición parental disímil, importante es destacar la adaptabilidad paisajística de las familias crianceras, en la medida que los quehaceres de arreo pueden recaer tanto en crianceros como crianceras. En el contexto de la familia Núñez-Cárcamo se puede hablar de predominancia femenina en las tareas de arreo, las cuales son habitualmente llevadas a cabo por los integrantes varones en la mayoría de las unidades domésticas. Asimismo se visualiza homogeneidad en los recorridos en el territorio comunal ya que ambos miembros desarrollan líneas de desplazamiento similares (aunque a través de medios diferentes), apreciándose baja o nula división generizada del espacio.



Ilustración 5: Google, s.f.-c. 1. Corral Quemado, 2. Portón Hacienda El Bosque, 3. Majada El Seguro. En rojo se demarca el recorrido realizado por Nadia en vehículos motorizados, en azul el recorrido realizado mediante la técnica de arreo.

María del Carmen realiza este viaje a través de los recorridos intracordilleranos de la Hacienda El Bosque, caminos que históricamente han sido utilizados por las familias crianceras trashumantes. Antiguamente el tramo principal de esta ruta se consideraba *camino tropero*, es decir, una vía transitable hecha por el constante andar de caravanas de animales que en fila diseñaban la ruta al mismo tiempo que transitaban. Actualmente esta ruta se ha transformado en una carretera adaptada para el tránsito de vehículos motorizados, facilitando los viajes de las familias crianceras hasta las majadas ubicadas en territorio chileno. No obstante, bien sabe María (y cualquier trashumante) que para viajar a los Andes no basta con saber montar un caballo y arrear el ganado. Se requiere, además, de destreza y conocimientos para superar las dificultades que dejan los temporales en el camino. Se ilustrará con un fragmento de una entrevista a Lisset Briones, quien describe

de manera detalla el conocimiento desplegado para sortear los problemas que impone un camino obstruido por la nieve.

(...) mucha nieve eso sí cuando nos íbamos, todo lo que era el paso del Cerro Negro, cerca del Tololo, del observatorio, mucha nieve había cuando nos íbamos, los animalitos se perdían en la nieve, había que irles haciendo caminos [de esta manera]: (...) se echa el animal grande primero: todo lo que es caballos, mulares y burros, entonces la nieve se muele y por ese mismo caminito se echa la cabrita por atrás (...). [Primero] con los animales grandes para que después pasara la cabra de atrás (...) (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

Así, la arriera se constituye en un agente que además de saber conducir la tropa de animales, es quien se abre camino, choca contra el temporal (o los vestigios que este dejó) y los supera. De aquel modo ella integra las formas del paisaje a través del constante andar caminos.

Cada tramo tiene su nombre y su agencia. Emergen los saberes de los tramos de la ruta que pueden conllevar dificultades y se elabora un conocimiento de cómo sortear estos problemas. Habla con experticia de la Cordillera El Bosque, la que conoce como si fuera la palma de su mano: *"(...) toda esta parte de aquí hasta la pasada del agua se llama Guandacol, si en esta parte cae re-mucha agua, después se demora mucho para descubrirse para pasar acá a la cordillera, se hacen bancos de nieve (...)"*.

En estas unidades domésticas las trashumantes son portadoras de historias de cordillera en las cuales aparecen afrontando situaciones extremas. De esta manera se diluye la rígida hegemonía masculina en relación a las narrativas cordilleranas que se hacía evidente en los casos trabajados en el apartado anterior. A su vez, aquello pone en cuestión el proceso de apropiación simbólica de la cordillera que ponderaba a los crianceros como únicos señores de estos espacios. En términos concretos, aun cuando se materialice cierta jerarquización en la toma de decisiones, en muchas unidades domésticas la uniformidad en las líneas de desplazamiento deviene en una homogenización narrativa de las experiencias cordilleranas. La experiencia de los Andes es un fenómeno vivenciado y no representado para las mujeres crianceras.

El año antes había llovido cualquier cantidad, cayó una nevada, ¡la nevada! (...), nos fuimos con la carga, pasamos la línea, hacía viento, estaba choreadora la línea y logramos pasar el hito (...), empezamos a bajar, cuando llegamos a una pasada (porque hay igual que aquí unas quebradas), cuando llegamos abajo, ¿sabe qué?, la nieve estaba así, como cuchillo, como puntas de flecha, la nieve así pa' arriba, porque para allá arriba el viento es diferente, el viento como le puede hacer esto, como le puede soplar todo el viento, es diferente, y la nieve se quedó así, era ver un tenedor, así para arriba, así congelada (...) (Juana, Las Breas)

Al observar los discursos de las crianceras, es posible apreciar una apropiación del espacio a través de un relato que destaca lo impactante de experimentar aquellas formas cordilleranas: los vientos, la nieve y los hielos son elementos inalienables de la narrativa. Los quehaceres de movilidad en el proceso de trashumancia generan una fuerte valoración

discursiva de la actividad cordillerana destacando precisamente estos elementos. La incorporación de la mujer a las tareas de arreo y transporte de cargas cuestiona la noción auxiliadora que se mencionaba en el poema introductorio, ya que la criancera se transforma en un agente esencial en el proceso de veranada.

Juana, por su parte, manifiesta que *“ya somos crianceros expertos, si nosotros antes nos íbamos para allá para Los Patos en la cordillera argentina”*, lo que además refleja que el acto de viajar hasta tierras muy lejanas (como lo es la veranada en territorio trasandino) la convierte a ella y a su familia en crianceros de una categoría más elevada. Así, vemos que habitar la cordillera además de constituir una acción central de la identidad criancera, jerarquiza y discrimina en relación a qué tan lejanos son los parajes a donde ha llegado la huella.

Al recordar su pasado, Juana evoca con mucha emoción y orgullo los viajes que realizaba hacia tierras cordilleranas, destacando, por sobre todas las cosas, los momentos de tensión y nerviosismo que debía enfrentar en los pasos cordilleranos, los cuales muchas veces son de difícil acceso por los temporales. Frente a ello, las familias crianceras hacen despliegue de sus amplios conocimientos y técnicas para poder sortear estos obstáculos. En algunos casos basta con adelantar a los animales más grandes para que su andar aplaste la nieve; no obstante, cuando se trata de estructuras de hielo de mayor envergadura, es necesario romperlas con barretas u otras herramientas. La segunda situación descrita corresponde al viaje narrado por Juana: Don Gonzalo se bajó de su caballo para limpiar un poco la ruta, mientras que ella se quedó con su hijo de pocos meses a la espera de que se habilitara el camino para avanzar el peligroso trecho que aún quedaba por atravesar.

(...) y yo iba con el niño por delante po, y me dijo Don Gonzalo "quédese ahí, no se baje, si vamos a hacer unas pasadas, ahí van a pasar las mulas y van a pasar usted, no se baje si vamos a tratar de pasar", ¡bah!, con la barreta de acá para allá, botando las nieves, no sé cómo pasaron las mulas cargadas, saltando con los tremendos cajones que llevaban la carga, las camas, pasaron... y pasaron, pasó el caballero este Don Gonzalo adelante y me dice "afirme bien el niño y la yegua va a saltar solita, suéltele la rienda" (...) y yo decía "diosito santo virgencita" y me encomendaba a todos para que pasara bien, claro yo afirmé bien a mi niño, le puse la manta porque si se me caía por lo menos para tener para agarrarlo. La yegüita se acomodaba y pegaba un saltito, se acomodaba otra vez y pegaba otro saltito, hasta que salimos al otro lado po', si era largo, yo como que el corazón me salía por las orejas (...) (Juana, Las Breas).

El fragmento de la entrevista no sólo refleja las dificultades que deben sortear crianceros y crianceras durante estos viajes, sino que además da cuenta de un asunto más profundo: los roles en el cuidado de los niños y niñas en contexto de veranada. Algunas veces las familias crianceras asisten a las veranadas con infantes pequeños, incluso de muy temprana edad, y son ellas quienes se hacen cargo de su cuidado en todos los aspectos, demostrando así que en el desarrollo de los desplazamientos cordilleranos se perpetúan roles de género similares a los que se expresan en otros contextos espaciales.

La narrativa cordillerana de Juana revela un lugar de gran importancia en el tránsito hacia territorio trasandino: el paso Santa Rosa (también llamada la línea o el límite). Este lugar

presenta dos facetas, por un lado es el punto de acceso hacia las veranadas argentinas, por otro es el espacio de comercialización de quesos de las unidades domésticas asentadas al otro lado de la cordillera.

El paso Santa Rosa corresponde a uno de los puntos que separa el Estado de Chile con el de Argentina (también figuran los pasos Barahona y Miranda dentro de la cordillera El Bosque), que además corresponde al límite oriental de la hacienda y el final del camino habilitado para vehículos. Se encuentra ubicado a más de 4000 msnm y para quienes no están acostumbrados a este tipo de geografías, inmediatamente sienten malestar por la falta de oxígeno, lo que genera una que otra risa entre quienes se consideran *crianceros expertos* -como dice Juana. Allí, en lo más alto de la montaña, los grandes cerros pierden su majestuosidad ante los ojos del observador. A veces el sol golpea con fuerza y luego, sin previo aviso, puede atiborrarse de nubes, llover o incluso granizar. Al cabo de unos minutos cuando el viento vuelve a azotar, despeja y nuevamente se manifiesta un sol radiante que hace picar el cuerpo.

Lo variable y tempestuoso que es el clima en la línea hace de los viajes algo incierto para las familias crianceras. En este punto muchos han vivido momentos de extremo peligro producto de la intensidad de los fenómenos climatológicos caracterizados por fuertes ráfagas de viento, que al combinarse con la nieve congelan de pies a cabeza a las familias trashumantes, pudiendo derribar a quien se cruce por su camino.

Veníamos cruzando y al llegar a la línea, donde el viento empujaba las cabras para allá, nosotros teníamos que soltarlas para que las cabras se fueran para acá, de nuevo el viento se volvía a llevar las cabras para atrás (Nibaldo, Las Breas).



Ilustración 6: Fotografía propia. Majada La Vega Negra, cordillera El Bosque. Temporada 2017-2018.

Generalmente estas experiencias son relatadas con mucho entusiasmo y orgullo, generando la participación de todo el grupo doméstico que las ha vivido en carne propia. La narrativa no presenta segregaciones de género importantes, puesto que los grupos domésticos completos se ven comprometidos afrontando las mismas adversidades.

Una vez que superan estos obstáculos, los grupos crianceros llegan hasta las majadas en las cuales se asentarán durante toda una temporada. Por lo general se intenta arribar cuando aún quedan algunas horas de luz, puesto que montar la majada implica un gran trabajo que puede demorar lo que resta de tarde.

A modo de resumen, se observa primeramente aquella narrativa hegemónica que posiciona a la criancera como agente que auxilia en las tareas del hombre, tildándola como la *mujer del criancero*. No obstante, al profundizar en los discursos de los grupos trashumantes con participación femenina, se constata simetría narrativa en lo que respecta a los desplazamientos hacia las majadas. De igual manera, la experiencia cordillerana no se limita a las líneas que diseñan el tránsito hacia los asentamientos. Las diferencias de género emergen en la jerarquización de la toma de decisiones con respecto a la caravana, así como también en los roles que deben cumplir. Al identificar las actividades que llevan a cabo las crianceras, se da cuenta de la importancia que tienen en el desarrollo de la veranada, ya que cumplen funciones de transporte de utensilios, a veces arreando cabras o encargadas del cuidado de los menores de edad, entre otras funciones, por lo que se desmiente la idea que configura el poema con el que fue introducido este apartado.

2. Habitar la majada I: diferencias de género y desarrollo cotidiano

Esta segunda parte tendrá como objetivo observar el habitar cordillerano de las unidades domésticas ya asentadas en sus viviendas, destacando la generización de quehaceres que experimentan los grupos crianceros en espacios cordilleranos. Inicialmente se pondrá acento a las actividades de comercialización, atendiendo primeramente a una descripción general de esta tarea, luego se describirán las actividades de intercambio que se efectúan en *la línea*.

En las tareas de comercialización se destaca un patrón histórico transgeneracional: la hegemonía masculina. A pesar de las transformaciones que han sufrido los quehaceres de intercambio a través del tiempo, su realización siempre se ha caracterizado por el protagonismo masculino.

Hace décadas atrás cuando no existía el camino construido por la minera El Indio (el cual permite el acceso con vehículos motorizados a la cordillera chilena de la Hacienda El Bosque), la comercialización de los quesos se hacía de manera directa entre las familias productoras y los negocios ubicados en las localidades de mayor tamaño, tardando los crianceros dos o tres días en llegar. Lugares como Pichasca o Las Breas se veían convulsionados al arribar los crianceros en burros. Decenas de animales quedaban amarrados por el pueblo mientras los campesinos se dedicaban comercializar los quesos, comprar alimentos y lo que fuera necesario para continuar la vida en la majada cordillerana.

Muchas veces se quedaban un par de noches en el lugar aprovechando las comodidades que brindaba el pueblo, para luego regresar con la tropa cargada de mercadería.

(...) y en esos años se bajaba el queso en mulas, siete ocho mulas cargadas con queso de allá pa' acá y se tenía que bajar acá [en un negocio de Las Breas], pero ahora no porque ahora hay camino hasta arriba hasta allá hasta el límite sube la gente a la línea y venden, suben los camiones, ahora están... está más fácil la cosa (...) (Juana, Las Breas).

Tal como lo describe Juana, la comercialización de los quesos se ha transformado con la incorporación de los vehículos, haciendo desaparecer los viajes de los crianceros hacia los negocios de los grandes poblados. Asimismo, la apertura económica de los mercados ha posibilitado la crianza de caballos y el acceso a vehículos para los campesinos, generando una nueva cotidianidad: *"(...) antes casi no existían los caballos y los mulares, andábamos a puros burros. El que tenía caballo era "don", era "el que tenía" así que casi todo era puro burro, ahora no po', todos tienen su vehículo"* (Susana, Las Breas).

En tiempo de antaño el intercambio quedaba en manos de los hombres crianceros. Eran ellos quienes habitualmente bajaban y subían desde la alta cordillera, cuestión que los presentaba como responsables del abastecimiento de la unidad doméstica. Cuenta Antonia del Tránsito, criancera de Las Breas, el fenómeno de marginación de las labores comerciales:

Yo nunca bajaba a vender los quesos, iba mi esposo no más, bueno, en esos tiempos que yo estuve en Los Patos nunca bajó quesos a Las Breas porque ya había camino de vehículos, él salía a la línea con los quesos, y yo me quedaba sola en la majada. (...) Cuando estábamos en Los Pijes había que bajarlos [los quesos] en carga, y también iba él (Antonia del Tránsito, Las Breas).

Junto a la construcción de la ruta adaptada para vehículos motorizados, aparecen nuevos agentes: los intermediarios de queso, que ingresan a la cordillera chilena y acceden hasta las viviendas donde compran y venden los productos a las familias. Las transacciones se realizan afuera de las majadas y no implican el desarrollo de ninguna destreza o movilidad especial que signifique una segregación de género destacable.

Esta realidad es diametralmente diferente para las familias que se asientan al otro lado de la cordillera andina. Ningún vehículo puede ingresar a territorio argentino debido a que está vigente una prohibición aduanera. Tampoco existe un camino adaptado para automóviles y camiones, es por esta razón que los intermediarios acceden sólo hasta la *línea* ubicada en el paso Santa Rosa. Los crianceros, por su parte, realizan viajes todos los días martes hasta aquel punto, allí llega Don Cenobio, uno de los intermediarios de queso y él único que comercializa con quienes se asientan en las majadas ubicadas en el lado trasandino.

Muchas familias consideran la labor de los intermediarios como un servicio a la comunidad, puesto que sube y baja de la cordillera a crianceros que por distintas razones deben trasladarse. También son ellos los que proveen de mercadería a las majadas y compra a los crianceros los quesos que producen. Sin embargo, este servicio a la comunidad no está exento de conflictos, ya que a menudo las familias suelen sentirse estafadas por estos

sujetos debido a que el precio de compra de los quesos está muy por debajo del valor que alcanza en la ciudad¹⁹. Asimismo, las familias deben pagar altísimos precios por los bienes que él les vende en la cordillera: paquetes de arroz, sal, verduras, etc., lo que es aceptado a regañadientes por los campesinos que no ven otra opción para adquirir estos bienes. Independiente de las valoraciones que surjan al respecto, es de notar que el intermediario de quesos es un agente del paisaje que transforma por completo la cotidianeidad de campesinos y campesinas que habitan estos parajes.

A eso de las 13:00 horas suele llegar Cenobio hasta *la línea*. Inmediatamente descarga la balanza con la cual serán pesados los quesos y luego monta una rejilla sobre unas piedras que servirá como parrilla. Prepara el fuego, saca un poco de carne y unas cuantas cervezas... la fiesta ya está lista. Sus ayudantes se encargan de pesar los quesos y de llevar el registro de los kilogramos de los productos.



Ilustración 7: Fotografía propia. Compra-venta de quesos en el límite cordillerano. Paso Santa Rosa, finales de febrero, temporada 2017-2018.

Luego de unos cuantos minutos, muy a lo lejos se advierte cómo arriban una a una las caravanas de animales. Estas caravanas están compuestas por siete, ocho o diez animales, los cuales están cargados con cajones de madera que contienen los quesos destinados a la comercialización. *¡Ahí viene el Nachito!* –grita Cenobio cuando se aproxima uno de los crianceros. Este replica con un alarido al momento de llegar, saluda a todos los presentes y procede a vendarle los ojos y las patas a los caballos para desmontar la carga. De modo

¹⁹ Durante la última quincena de febrero del año 2018, el queso de cabra llegó a alcanzar \$2500 pesos, mientras que en la ciudad de Ovalle es posible observar que su precio se duplica.

similar los crianceros van llegando a este punto. Luego de vender sus quesos y comprar lo que necesitan, permanecen un buen rato conversando y bebiendo.

Se observa la participación exclusiva por parte de los varones, lo que demuestra ciertos niveles de continuidad en los procesos de masculinización de los quehaceres de intercambio anteriormente señalados. Allí, los campesinos llevan a cabo una reunión social donde beben alcohol, comen carne, narran historias, cuentan chistes, etc. Por otro lado, un fenómeno que no deja de llamar la atención es el continuo hostigamiento a la única mujer que se desenvuelve en este espacio, la ayudante del intermediario, quien debe soportar las constantes burlas que son proferidas hacia ella, muchas de índole sexual e íntimo. De esta manera se materializa la exclusión de la mujer de estos espacios. No se trata únicamente de que el intercambio sea realizado por crianceros, sino que además se configura una esfera de confianza que margina a la mujer de esta actividad.

Considerando aquello, *la línea* debe comprenderse por un lado como un lugar de tránsito hacia las veranadas argentinas donde el grupo familiar completo incorpora, mediante su andar, experiencias que marcan de por vida la historia del grupo doméstico. Por otro lado, es también el espacio donde cotidianamente se lleva a cabo el intercambio comercial, lugar en el cual se expresa la desvinculación temporal de los crianceros de sus contextos domésticos, consolidando un espacio público donde el hombre aparece como el amo y señor del ganado. Es él quien maneja el dinero y realiza el intercambio, y bebe en honor a ello.

3. Habitar la majada II: crianceras y tareas domésticas

Los quehaceres productivos y comerciales son ejes articuladores de la concepción temporal de estos grupos. Es por esta razón que la veranada es significada como un lugar de esparcimiento, puesto que allí se observa una disminución de la cantidad de horas de trabajo en comparación a otros momentos de la producción. El pastoreo, actividad muy desgastante para las familias crianceras, prácticamente desaparece del paisaje en el espacio cordillerano.

(...) si se levanta temprano se está desocupando como a las diez de la mañana de la leche, a esa hora van a tomar desayuno, ya venir apartar es como a las doce y de ahí queda hacer los quesos (...), ya la pega es más relajada cuando se está en la cordillera, es puro ver el ganado y queda desocupado (Osvaldo Carmona, Las Breas).

Es importante enfatizar que este discurso a veces no es compartido por todos los integrantes del grupo doméstico, y en esta concepción emergen las tensiones fruto de la división generizada de los quehaceres cotidianos. Las mujeres crianceras suelen ocuparse de las labores propias de la alimentación de los integrantes del grupo doméstico, cuidado de infantes, aseo y manutención de la vivienda, además de participar en las tareas propias del manejo del ganado caprino. La realización de estos quehaceres implica un enorme desgaste físico para ellas, lo que contrasta con las narrativas más comunes acerca de la vida cotidiana:

Es súper lindo, es súper tranquilo, porque usted se desconecta de todo, por allá usted hace la pega y queda desocupado, bueno, la mujer nunca nos desocupamos, porque tenemos que lavar, tenemos que doblar la ropa, tenemos que vender el queso, uno hace la huincha esa para que el queso no se deforme, se vende el queso, uno tiene que lavar todo, manteles, huinchas, todas esas cosas y preocupada de la ropa, la comida, de todo (...) (Juana Bugueño, Las Breas).

Para profundizar en las tareas cotidianas que cumplen las mujeres en contexto de veranada, se expone el caso de la familia Santander-Pozo, unidad doméstica que habita la Vega Negra, vivienda ubicada en la cordillera El Bosque, a pocos kilómetros del límite fronterizo. Allí la familia reside gran parte del periodo estival. Tienen un patrón de desplazamiento caracterizado por el descenso a una majada de menor altitud cuando se aproximan las heladas cordilleranas a finales de febrero.

El grupo doméstico es variable. Se identifica un núcleo familiar compuesto por Susana, Teodomiro –ambos cónyuges-, y Loreto, hija de ambos. En el transcurso de la temporada a este grupo se integra Jacinto, hermano de Teodomiro y dueño de una parte del rebaño. Además de los ya mencionados, también se añaden Felipe y Paola y sus pequeños hijos, familia amiga de los Santander-Pozo que visitan la majada por tiempo indefinido. Se hacen parte de la dinámica doméstica colaborando en las tareas cotidianas.

Los dueños del ganado son ambos hermanos, quienes en conjunto poseen 240 unidades caprinas en total. Durante el periodo de cordillera unifican sus ganados, sin embargo, cuando están asentados en Las Breas trabajan sus animales de manera separada. Este caso ilustra el modo en que la asociación entre crianceros transforma los grupos domésticos durante los ciclos de movimiento en el territorio.

En lo que refiere al cotidiano de la familia Santander-Pozo, el día comienza a las 7:30 aproximadamente y sin tomar desayuno se alistan para comenzar la jornada. Las cabras duermen en los cerros aledaños a la majada, así que la primera actividad es hacer ingresar el ganado a los corrales para efectuar el proceso de ordeña. Esta actividad consiste en tomar a las cabras, enganchar una de sus patas traseras a la pierna del ordeñador y con las manos extraer la leche de sus ubres. La leche es almacenada en baldes metálicos de 5 o 6 litros. Este proceso puede demorar cerca de un minuto y medio por cada cabra, aunque aquello dependerá de las características del animal y de la destreza del lechero. No se observan segregaciones de género en esta tarea.

Cuando ha finalizado esta actividad se procede a apartar el ganado. Se conduce a las cabras madres hacia serranías lejanas a la ubicación de las cabritas hijas, a fin de que estas últimas no consuman la leche destinada a la producción de quesos.

Después de verter los baldes de leche en un gran recipiente, se agrega el cuajo químico, lo que genera la separación del suero y el contenido proteico. Con este último se hará el queso. *“Todos los viejos lo hacen de la misma forma, pero antes se hacía con el lonco, con la guatita de la cabra, eso se usaba para cortar la leche”* –dice Susana, señalando lo difícil que era antiguamente esta actividad en comparación a la técnica actual.

El proceso de corte de la leche dura entre 30 a 60 minutos. Mientras tanto la familia aprovecha de desayunar, se toman su tiempo puesto que el día no apremia. Conversan, escuchan música y cuando ya todos han finalizado la comida, Susana y Teodomiro se dirigen a la quesera para la manufacturación de los quesos.

Cualquier campesino o campesina que se dedique a la crianza de cabras conoce a la perfección las técnicas y procedimientos de cómo elaborar quesos, los cuales son fabricados casi siempre en conjunto entre los integrantes adultos de las unidades familiares.

Al momento de llevar a cabo el trabajo de campo, se planteaba a las familias la pregunta acerca de si existían diferencias de género en la realización de las tareas, ante lo cual la respuesta era categórica: *“hacemos todo en común, los quesos y la leche... todo, casi lo mismo”*. Si bien en un gran número de unidades domésticas trashumantes con participación femenina no es posible distinguir tareas productivas exclusivas de un género, si es evidente la feminización del trabajo reproductivo-doméstico.

La generización del paisaje no se expresa únicamente en aquellos casos donde la segregación de tareas se produce de manera estricta entre hombres y mujeres, sino también en aquellas donde se materializa un condicionamiento de género no excluyente de manera radical en el espacio. Este condicionamiento guarda relación con la asignación de las tareas reproductivas endosadas a las mujeres, para lo cual se ven obligadas a adaptar su actividad cotidiana conforme a ello. La feminización del trabajo reproductivo-doméstico en las familias crianceras deviene en un contexto cotidiano donde las mujeres están fuertemente ligadas a las tareas de limpieza y alimentación de los integrantes de la unidad doméstica, lo que al mismo tiempo debe compatibilizarse con el manejo del ganado caprino

Aquello se expresa en el proceso de manufacturación de quesos, puesto que Susana muchas veces ve interrumpida su labor para atender las tareas culinarias; generalmente cuando la producción de los quesos se extiende un poco más de lo habitual. Antes de que se aproxime la hora de almuerzo, ella se retira y se dispone a prender el fuego para preparar la comida. De este modo, aun cuando las tareas de manufacturación de quesos en apariencia resulten ser homogéneas entre los adultos del grupo, la mujer está más pendiente del almuerzo que de otra cosa.

Después del almuerzo, es común que la familia ocupe el resto del día en la recolección de leña. El acarreo de leña es calificado por algunos crianceros como una actividad “dura” o de “fuerza”, por lo que en algunos contextos domésticos esta tarea se asocia a los hombres: *“(...) allá en los Patos es muy escasa la leña, ellos salían con los animales a buscar las cargas, a buscar leña en mulares, (...) a la leña siempre llevan los hombres, por lo menos la familia que estaba yo”*, dice Juana Bugueño. En otras unidades domésticas, como es el caso de la familia Santander-Pozo, la recolección de leña se entiende como una actividad familiar en la cual participa todo el grupo doméstico. En una camioneta recorren el espacio cordillerano circundante al asentamiento en busca de *varilla talhuén* o *carbonillo*, árboles que proporcionan una buena combustión.

Las reuniones sociales son parte del devenir cotidiano de los grupos crianceros en contexto de veranada. Es común observar que en el transcurso de la tarde los grupos se visiten entre

sí, a veces para tomar once, otras veces para compartir algún vino, cualquier excusa es válida para reencontrarse con familiares y amigos. Es importante destacar que en la cordillera El Bosque un gran número de unidades domésticas que allí habitan están emparentadas entre sí, por lo que estas reuniones sociales son una forma de reactivar los vínculos parentales que unen a los habitantes de esta cordillera.

Es necesario tener en consideración que la vida social intergrupala que se desarrolla en la cordillera también es generadora de nuevos vínculos. No es de extrañar que se narren historias de cómo dos personas se conocieron y entablaron amistad, y posteriormente vínculos de alianza parental. Es el caso de la familia Santander-Pozo, donde ambos cónyuges tenían su residencia estable en dos localidades muy distantes entre sí en la comuna de Río Hurtado, pero durante los veranos arrendaban majadas contiguas en la cordillera El Bosque, lo que posibilitó que se conocieran. De este modo, la cordillera no sólo es un espacio de reactivación de vínculos sociales, sino también en ella se generan nuevas relaciones humanas, cuestión fundamental en el proceso paisajístico de estos grupos.

Otro acontecimiento habitual es la visita de habitantes de Las Breas²⁰. Personas que alguna vez se dedicaron a la crianza de ganado caprino suben hasta las majadas para saludar y comprar algún queso de cabra, aunque casi siempre este termina siendo obsequiado. Estas visitas nunca son cuestión de minutos, aquellas conversaciones pueden extenderse unas cuantas horas recordando anécdotas.

En las reuniones sociales, aun cuando todo el grupo doméstico participa de manera indiferenciada, las tareas de servir comida usualmente recaen en las crianceras, perpetuándose la lógica generizada de funcionamiento del hogar extrapolable a prácticamente todos los contextos y situaciones.

Llegada la noche, las familias vuelven a sus hogares para poder descansar, ya que, a pesar de lo entretenida que pueda resultar una buena conversación, bien saben que dedicarse a la cabra no permite feriados.

En general, las noches son bastante heladas, silenciosas y oscuras si la luna se halla ausente. En la majada de los Santander-Pozo casi siempre se toma once comiendo un poco de pan y té, el queso de cabra que por supuesto no puede faltar, y en algunas ocasiones se preparan comidas más elaboradas: sopa o un plato que incluya cabrito. El silencio se interrumpe cuando alguien quiere programar música. Usualmente los adultos se inclinan por las rancheras, pero cuando los niños toman el mando de la radio, programan reggaetón o alguna canción popular de *trap*. Un poco pasadas las diez de la noche todos se dirigen a dormir.

Luego un nuevo día en la majada. Análoga rutina de extracción de leche y elaboración de quesos, a las 7:30 sin tomar desayuno se alistan para comenzar la jornada... Esta rutina se interrumpe cuando Teodomiro a lo lejos avista cómo el rebaño de cabras hijas ha cruzado

²⁰ La mayoría de los habitantes de Las Breas corresponden a crianceros y crianceras que realizan o realizaron las veranadas en El Bosque, lo que da cuenta de un fuerte vínculo entre esta cordillera y este pueblo. Este vínculo entre localidades crianceras y una cordillera específica no es un fenómeno exclusivo de Las Breas, situación similar se manifiesta entre Las Minillas y la cordillera de Campanario.

de un cerro a otro para encontrarse con las cabras madres. Esto pone en alerta a la familia criancera puesto que la producción está en peligro -¡Loreto, las maltonas se fueron pa' donde las cabras! –grita mientras se ocupa de lavar los instrumentos para hacer los quesos.

4. Nuevas generaciones: infantes y la crianza de cabras

Como Teodomiro se encarga de la limpieza de los recipientes donde se almacena la leche y Susana se ocupa de la cocina, Loreto es quien debe ayudar en el apartado de cabras. Generalmente ella no participa de las tareas de manejo de ganado, únicamente lo hace cuando se lo solicitan sus padres, cuestión que atiende sin mayores reparos y demostrando gran destreza. Con la ayuda de Teodomiro, la niña sube a su caballo y al galope emprende el viaje hacia el cerro. Al cabo de un rato regresa contando con gran orgullo su acción: unos alaridos y las crías han regresado a la colina correspondiente.

No es común que los niños se hagan parte de la actividad de criancería. Durante la veranada, Loreto es la única niña que participa de alguna tarea, el resto de los infantes que vive en la majada no conocen siquiera las técnicas de ordeña ni apartado.

La tendencia en las unidades domésticas es que exista una escasa participación de niños y niñas en el trabajo. Esto se podría explicar por el hecho de que quienes se dedican a la actividad caprina consideran que son la última generación campesina-ganadera; en consecuencia, aspiran a que los infantes se desliguen de este mundo y centren sus energías en los estudios. Como dice Lisset, al comparar esta realidad con su historia de vida: "(...) *antes nosotros era diferente la cosa: uno terminaba el colegio y tenía que ir a cuidar las cabritas, sacarle leche, darle agua, comida; ahora no, ahora el estudiante es estudiante no más (...)*".

A pesar de la marginación de los infantes de estas tareas, en caso de que estos se incorporen a la fuerza de trabajo de la unidad doméstica, es posible observar cómo emergen las primeras diferenciaciones de género, ya que a los hijos varones se les educa en los quehaceres considerados como más "duros", atribuyendo esto a una suerte de condición natural.

(...) el niño de dos o tres años ya está metido en el corral, sacando leche, ayudando a amantar, el hijo de criancero de por sí sabe hacer todo lo que uno hace, porque ellos, en el tiempo de verano cuando no están en el colegio ayudan a todo, el niño hombre más todavía, porque el niño hombre siempre le gusta la cabra, le gusta el caballo, le gusta el perro, entonces andan siempre de chiquitito metidos en el corral, ayudando a sacar leche, barriendo los corrales, entregando cabrito, que se encuentran un cabrito por el cerro y lo traen a la casa, entonces de por sí el niño hijo de criancero yo creo que todos saben hacer la pega de las cabras (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

La asignación de roles entre crianceros y crianceras no es una cuestión que le compete al azar, se trata de valores que son inculcados desde los primeros momentos de desarrollo de la vida. Si bien sobran ejemplos donde las mujeres llevan a cabo tareas similares a las

de crianceros, se reproduce la idea de que estos trabajos duros son patrimonio de hombres, lo que va condicionando, generación tras generación, la distribución del poder dentro de la unidad doméstica. Así, esta continua vinculación del hombre hacia los quehaceres productivos tiene como contracara la ligazón de la mujer a las tareas reproductivas.

A pesar de la infrecuente participación de Loreto, ella maneja todas las técnicas que implica una vida dedicada a la cabra, aunque, al igual que sus padres, cree que no será este su futuro.

5. Habitar la majada III: la dimensión recreativa del paisaje

Los quehaceres realizados por las familias crianceras durante su estadía en los Andes no se relacionan exclusivamente a la reproducción material de la vida. Durante las tardes, cuando las temperaturas son elevadas en la cordillera, todo el grupo se dirige a algún cauce en busca de peces. La pesca cordillerana a menudo es considerada como una actividad recreativa en la que participa el grupo doméstico. Los niños ingresan al agua intentando agarrar con sus propias manos alguna presa, ríen y chapotean, y casi siempre logran capturar una trucha. Aprovechan de jugar y refrescar un poco el cuerpo, mientras los adultos disfrutan de la escena que han montado. Los pescados serán cocinados a la hora de la once, y luego, después de tan cansadora tarde, la familia pronto se dispondrá a dormir.

Susana cuenta que a veces llegan hasta las majadas personas buscando peces, pescadores con algún grado de especialidad preguntando cómo está el río, ante lo cual responde que ya no hay, que no es como antes. Lo dice para desalentar a las personas y hacer que se retiren de la cordillera, puesto que culpan a los extraños de la pérdida de esta fauna en los cauces cordilleranos.

Otras tardes toman sus caballos y recorren la cordillera en busca de guanacos, teniendo como único objetivo avistarlos, deleitarse con su presencia y admirarse de su belleza. A pesar de que existen leyes que prohíben su captura, no es extraño que se narren historias donde el criancero se transforma en cazador y se haya hecho de este animal salvaje, aunque esto rara vez es reconocido por quienes practican esta tarea. En el caso de los Santander-Pozo, disfrutan sólo con encontrárselos en el camino.

Estas actividades generan un conocimiento específico de la cordillera, quehaceres en los cuales no se trazan distinciones de género importantes, por lo que es posible afirmar que las actividades recreativas de la veranada constituyen momentos en los cuales se diluyen las segregaciones entre crianceros y crianceras.

6. Re-adaptación del habitar y fin de la veranada para las mujeres

De este modo, con relativa tranquilidad transcurren los días en la cordillera de los Andes en las latitudes del Limarí. Aunque la monotonía se ve interrumpida por la presencia de

temporales o depredadores, o por la visita del intermediario de quesos, el cotidiano no es sustancialmente alterado.

Cuando se aproxima el mes de marzo la rutina se quiebra. El avance de los hielos comienza a preocupar a las familias, por lo que se ven obligadas a tomar una decisión: hay que dejar atrás el asentamiento. La familia Santander-Pozo toma la decisión de descender hacia majadas ubicadas más al oeste, y para ello se integra al grupo doméstico Jacinto, hermano de Teodomiro.

Aquel día, luego de ordeñar las cabras y manufacturar los quesos, toda la tarea consiste en desmontar el asentamiento: sacar y guardar el techo de nylon; guardar los instrumentos para la producción de quesos, las ollas, las sillas y artefactos eléctricos; colchones y otros artículos. Sin lugar a dudas el mayor problema lo constituye el traslado de los animales domésticos hacia la nueva majada, especialmente los cerdos. Las unidades domésticas cuando utilizan vehículos motorizados para realizar los movimientos trashumantes, llevan consigo todo lo que sea posible, lo que hace más trabajosa la mudanza.



Ilustración 8: Fotografía propia. Aquel día las cabras madres son dejadas en los corrales. Luego, para efectuar el traslado, se juntan con las crías para comenzar el arreo hacia la nueva majada. Temporada 2017-2018.

Antes de subir a la cordillera, el movimiento de los cerdos no implica problema alguno, puesto que para aquellos entonces no presentan resistencia por su poco crecimiento. No obstante, el engorde que se produce en la cordillera los vuelve muy fuertes, por lo que todo el grupo debe participar para poder amarrar con una soga las patas de los chanchos y

hacerlos subir a la camioneta. Una vez solucionado este problema, desmontar el asentamiento es sólo un trámite.

De igual manera a cómo se observa en una vasta cantidad de unidades domésticas trashumantes, el grupo se divide en dos: por un lado Jacinto, que arrea el ganado hasta llegar a la nueva majada; por otro, Susana, Teodomiro y Lorena, que se trasladan en camioneta con los animales y los artefactos necesarios para desarrollar la vida cotidiana. El primero en emprender viaje es Jacinto, quien arriba de un caballo y con la ayuda de cuatro perros arrea el ganado hasta Los Pijes, desplazamiento que demora de tres a cuatro horas.

Al llegar a Los Pijes, nuevamente deben montar el asentamiento, lo que puede demorar cerca de dos horas. Además, es necesario enseñar el nuevo camino que deben recorrer las cabras desde los cerros aledaños hasta los corrales. El día ha sido muy agotador, y barrer los corrales puede esperar hasta el día siguiente.

La estadía de Susana y Loreto está pronto a llegar a su fin. Cuando llega el mes de marzo, ambas regresan a Las Breas, mientras que Teodomiro y Jacinto se quedan un tiempo más en la cordillera.

Los quehaceres relativos al cuidado y crianza de niños y niñas constituyen tareas que condicionan el desenvolvimiento de las crianceras en el macro-territorio. Las familias campesinas envían a sus infantes a los establecimientos educativos del Estado, y como es de suponer, dicha responsabilidad recae, en la generalidad de los casos, en las mujeres, ocupándose ellas de todas las obligaciones correspondientes al bienestar y educación de los infantes.

(...) siempre es la mamá, la mamá, la mamá a la reunión, la mamá a todas, usted va a un reunión de apoderados nunca ve a un papá, siempre la mamá que tiene que bajar de El Romeral, de La Minilla, de La Huerta, del secano, a cuatro o cinco horas caminando, hacer tremendos sacrificios (...); no conocía nunca a los papás de los otros niños, para la pura licenciatura cuando salían de octavo básico, de cuarto medio, recién ahí conocíamos a los papás de los compañeros (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

Así, la movilidad de las mujeres crianceras muchas veces se ve supeditada al calendario escolar, lo que limita su habitar cordillerano y restringe por completo el desplazamiento estacional hacia la costa. De este modo, se observa que la temporalidad en el uso del espacio cordillerano queda escindida por género: la veranada de los hombres puede durar hasta cinco o seis meses, siendo flexible su permanencia en estos territorios; mientras que por otro lado, las crianceras participan de la veranada de diciembre a marzo, periodo correspondiente a vacaciones escolares. En muchas ocasiones, la temporada de cordillera aún no culmina, pero las mujeres deben regresar con sus hijos a su residencia estable ya que pronto el infante tendrá que asistir a la escuela.

Esta diferencia de género se acentúa aún más cuando se trata del espacio costero, puesto que este desplazamiento se lleva a cabo en pleno periodo escolar. En la mayoría de las familias son los hombres quienes se trasladan con el ganado hacia la costa en tiempos invernales, mientras que las crianceras, al cuidar de los menores de edad, permanecen en

su residencia fija. En ese sentido, se identifica la costa como un territorio donde la segregación de la mujer es radical en comparación a la cordillera.

7. Trashumantes de la costa: desplazamiento y diferencias de género cotidianas

De momento la investigación se ha centrado en las familias trashumantes poniendo especial énfasis en los quehaceres desarrollados en contexto de veranada, sin embargo, la estrategia de desplazamiento anual que diseña una unidad doméstica criancera contempla, en algunos casos, el uso de posturas costeras durante los meses fríos del año.

Antes de atender a este punto, es necesario aclarar un aspecto de suma importancia para la comprensión de la experiencia paisajística de estos grupos. Probablemente para quién no está avezado en la temática, al hablar de *costa* piense inmediatamente en territorios cercanos al mar, temperaturas poco variables por la influencia del océano y presencia de vientos propios del litoral; no obstante, para las familias crianceras, la definición de *costa* está relacionada a territorios y serranías de menor altitud que se encuentran al oeste de sus residencias fijas, las cuales usualmente son arrendadas para la alimentación del ganado durante la temporada de internada. De este modo, localidades como Corral Quemado²¹ o Tabaqueros son consideradas como *costa* para estos grupos.



Ilustración 9: Google, s.f.-d. En la figura se identifica: (1) Corral Quemado, (2) Tabaqueros.

El arriendo de posturas es una necesidad para unidades domésticas campesinas con deficitario acceso a la tierra, por lo que suelen arrendar en la costa una vez que descienden de la cordillera andina. Para las familias que poseen alguna propiedad -ya sea individual o comunitaria- dependiendo de la pluviosidad y la fertilidad de sus tierras, van a decidir si se trasladan o no a estos espacios. Lo más común es el arriendo de *campos*, es decir, grandes extensiones de pradera natural. Estos arriendos suelen ser de mejor calidad que los suelos

²¹ Lugar también conocido como “Manganeso Atacama” o simplemente como “Atacama”.

de las comunidades agrícolas, por lo cual, los grupos domésticos suelen preferir estos talajes. En el caso específico de Río Hurtado, Corral Quemado corresponde al gran foco donde se trasladan las familias crianceras con sus rebaños.

(...) todos los que estaban para la cordillera El Bosque donde estábamos allá se lo llevan para Corral Quemado, y después se van para arriba, porque hay de todo pasto allá, cuando llueve hartó está bueno, hay otros montes y son grandes muy grandes los campos (...), hay mejores ranchos, algunas casitas de madera... todos tienen ranchitos así, en la cordillera no..., puras pircas no más (Emilio, Los Maitenes de Samo Alto).

Para desarrollar este punto, se expone la experiencia costera de la familia Santander-Pozo. Se incorpora a la narración, a modo comparativo, el caso de la unidad doméstica compuesta por la familia Villa-Zamora.

En marzo Susana y Loreto ya están asentadas nuevamente en Las Breas. Generalmente en abril Teodomiro regresa junto a su familia. Luego de la parición programada para abril de un pequeño grupo cabras, va a decidir en qué momento emigrar hacia la localidad de Tabaqueros, cerca del límite oeste de la comuna de Río Hurtado. Como ya se ha señalado con anterioridad, esta decisión siempre estará condicionada por las lluvias y la fertilidad de los suelos, por lo que la observación del clima siempre será el mejor indicador para determinar el paso a seguir.

Para realizar este desplazamiento, nuevamente se asocia con su hermano Jacinto. Ambos contratan fletes para trasladar las más de 200 cabezas de ganado, y mediante el uso de camionetas transportan los utensilios hacia su nuevo asentamiento.

Si antiguamente la movilidad por el territorio se realizaba mediante la técnica de arreo, la ordenanza municipal de hace más de 10 años de prohibir el tránsito de arrieros por la actual carretera D595 (que une la comuna de Río Hurtado de este a oeste) transformó por completo los quehaceres trashumantes de estas unidades domésticas, prácticamente obligando a las familias a invertir en fletes para trasladarse a los asentamientos costeros.

Los quehaceres cotidianos de manejo caprino en la postura costera no tienen diferencias significativas a los realizados en otros contextos espaciales: cuidar el ganado y producir quesos gracias a la veintena de cabras que han parido hace unos meses atrás. Los fines de semana Susana se incorpora al grupo, ya que el trabajo en los meses de agosto y septiembre es muy abrumador por el nacimiento de las nuevas crías. Los domingos nuevamente ella y su hija regresan a Las Breas, la menor debe asistir a la escuela y a Susana se le ha asignado esta responsabilidad.

Mientras su cónyuge trabaja las cabras, Susana no se queda de brazos cruzados. Como se observó en el primer apartado “Masculinización de la actividad trashumante en la unidad doméstica”, cuando la estrategia de la unidad doméstica margina a la mujer de las tareas de manejo del ganado, generalmente busca empleo de manera asalariada. Habitualmente Susana se transforma en obrera ganadera en el fundo de Don Casimiro, explotación que cuenta con cerca de 1000 cabezas de ganado, y para atender a ese número de cabras contrata cuatro o cinco personas al año, quienes se encargan de la extracción de leche y elaboración de quesos. En otras ocasiones es temporera en empresas del rubro

agroindustrial o manipuladora de alimentos en cocinas de posadas o en eventos festivos de los pueblos.

De este modo, aun cuando Susana sea criancera trashumante, parte del circuito de desplazamiento le está negado tanto por la imposición implícita de cuidar de infantes, como por contribuir con salario a la unidad doméstica.

A continuación se comparará este fenómeno a través de otro caso de trashumancia femenina: la familia Villa-Zamora, la cual es integrada por Margarita, Vladimir, y el hijo de ambos llamado Sebastián, también adulto. La estrategia de trashumancia de esta familia contempla el uso de talaje costero y cordillerano durante todo el año. Su vivienda estable está localizada en el pueblo de Las Breas, sin embargo, al no contar con tierras de cultivo ni praderas para el forrajeo del animal, deben trashumar con el ganado durante los 365 días del año en busca de alimento. En general, y como ya se ha dicho, las familias campesinas sin tierra presentan un patrón de alta movilidad, como es el caso que se describirá a continuación:

(...) Nosotros nos vamos de aquí y estamos quince días o un mes más abajo [en majadas ubicadas a menor altitud dentro de la cordillera], y nos vamos para Las Breas un par de días (...) y de ahí ya nos bajamos para Serón, en abril más o menos, en abril yo creo ahora, a esperar las guaguas allá en Serón, porque Serón es más abrigado (...), de ahí ya nos vamos allá para Salamanca, después de nuevo pa' la cordillera (Margarita, Las Breas).

La unidad doméstica podría acceder a talaje en Las Breas, no obstante, las razones por las cuales las cabras son llevadas a Serón, a la Hacienda Los Andes, se debe a que tal como se mencionaba, las familias que programan pariciones para los meses fríos persiguen un clima más cálido:

(...) para la parición el hielo les hace mal, se pueden enfermar y les cuesta pa' botar el cabrito, (...) [también] se les seca la leche; hay que ir donde haya pasto, donde esté abrigado, pastito verde, y también se les da algo para que tengan más leche (Vladimir, Las Breas).

Así, se evidencia cómo la parición en los meses fríos transforma la valoración de los espacios, re-articulando las geografías trazadas en el territorio. Los espacios de temperaturas más bajas, que a su vez son los de mayor altitud, son menos valorados que aquellos donde hay un clima más cálido. Esta situación es opuesta cuando son las pariciones de agosto, puesto que las familias no visualizan diferencias significativas entre los distintos espacios.

A diferencia de otros casos, el arriendo de talaje corresponde a “potreros” y no a “campo”. Los potreros son praderas fértiles e irrigadas, donde crece abundante pasto con el cual se alimentan las cabras, y su arriendo suele ser ostensiblemente más caro que el campo. La infraestructura emplazada en estos espacios consiste en una precaria vivienda donde aloja la familia criancera, y en algunos casos, hay cercos que separan un arriendo de otro. Esta disposición del espacio hace emerger la actividad de pastoreo, puesto que los crianceros deben velar porque el ganado se mantenga en los límites de la propiedad asignada.

En este caso se identifica una clara división generizada de los quehaceres: Margarita se dedica a la fabricación de quesos mientras su cónyuge se ocupa del pastoreo:

Nosotros aquí hacemos la pega así [en la cordillera]: sacamos la leche, hacemos los dos los quesos, y después se deja todo, se hace toda la pega juntos, entre los dos; pero para abajo [en la costa], él va a pastorear, porque las cabras en los potreros se pastorea, hay que cuidarlas para que estén en su sector, para que coman, así que yo soy la que hace los quesos con mi hijo, y va él a pastorear, él ve las cabras (...), porque hay que cuidarlas que no se le da potrero así no más, se le divide con un alambre, con un cerco eléctrico que le llaman, se le corta tanta medidas para hacer para la mañana y después para la tarde, hay que estar cuidando que no se pasen, que no corten la alambre y se pasen para el otro lado, porque a veces rompen el alambre o se saltan o se meten por debajo (...) (Margarita, Cordillera).

En cuanto a los desplazamientos y quehaceres de la unidad campesina, estos tienden a ser más homogéneos que en otras familias. Tal como se ha observado, la movilidad de las mujeres muchas veces se ve comprometida por los cuidados y crianza de niños y niñas, pero en este caso, el grupo doméstico no tiene a cargo infantes, por lo que podría pensarse que debido a esta condición no se manifiestan segregaciones de género como las señaladas en otras unidades domésticas. Más allá de esta aventurada explicación, este grupo se caracteriza por no tener condicionantes de permanencia en un territorio particular, lo que, por un lado genera altos niveles de autoexplotación, pero al mismo tiempo simetría en el movimiento de sus integrantes.

Luego de un par de meses en Serón, la unidad doméstica se traslada a posturas costeras ubicadas en la comuna de Salamanca, en el valle del Choapa, al sur de Río Hurtado. Allí se espera la segunda parición del año en el mes de agosto. Aunque esta vez no se arriendan potreros de pastizales verdes, sino campo donde prolifera la vegetación propia del secano semiárido.

En octubre emprenden su regreso a la localidad de Las Breas, donde alojan cerca de 10 días. Luego deben comenzar el movimiento ascendente hacia la cordillera El Bosque. Ocupan pisos ecológicos de mayor altitud según lo permitan las condiciones climáticas hasta que diciembre se aproximan a las majadas más cercanas al límite, a 3200 msnm aproximadamente. Una vez acabado el verano, se reanuda el ciclo de trashumancia, se dirigen a “esperar las guaguas allá en Serón, porque Serón es más abrigado...”

8. Habitar las serranías: importancia del pastoreo y defensa del ganado

Cuando las unidades domésticas crianceras han regresado de la cordillera y no hay programadas pariciones para los meses fríos, los quehaceres cotidianos consisten en lograr el encaste para el mes de marzo, para ello se debe liberar al reproductor para que se cruce con las hembras. De ahí en adelante la cabra se seca (si es que antes no se ha detenido su producción) y las familias deben cuidar del rebaño hasta que llegue el momento de la parición y se inicie un nuevo ciclo de lactancia.

Para ejemplificar este quehacer, este apartado se centra primeramente en el caso de Antonia del Tránsito Varas, quien tiene su residencia fija en la localidad de Las Breas. Allí fue criada por sus abuelos y tíos. Junto a sus primos aprendió todas las técnicas y conocimientos acerca del manejo caprino, dedicándose desde pequeña a la actividad, para lo cual dejó los estudios a temprana edad. La tarea en la cual se desempeñaba con mayor ahínco era el pastoreo.

Desde chica que trabajaba, desde que abrí los ojos como se dice... tenía mi abuelito digo yo porque ellos me criaron, ellos tenían cabras y yo crié, yo pastoreaba, les ayudaba como podía, porque era chica todavía no entraba ni a la escuela, cuando yo ya ayudaba con las cabras (...), en abril se largaban solas al campo, (...) [porque] antes no había daño, así que uno las largaba al cerro solas y ahora no po', hay que tenerlas estables teniéndolas uno en la casa en potrero, no se pueden al cerro (...) a estos campos de acá, había que estar viéndolas día por medio y todo eso me tocaba a mí, porque mis abuelitos ya eran de edad ya po, no podían mucho y todo eso me tocaba a mí no más, fui pastora, fui cerrera, fui de todo (...) (Antonia del Tránsito, Las Breas).

Este caso da cuenta de un fenómeno de sumo interés para comprender las transformaciones históricas que se suceden en el paisaje. No sólo por el hecho de la importancia que tenían niños y niñas en el cuidado del ganado en aquellos tiempos, sino también porque la identificación del desarrollo histórico de su actividad como criancera es reflejo de las modificaciones que experimentan las mujeres al cambiar su posición en la estructura de parentesco y en la unidad doméstica.

Al llegar a la adultez, contrae relación de alianza con su actual cónyuge, se convierte en madre y conforma una nueva unidad doméstica. Desde aquel entonces asume protagonismo en las tareas de reproducción del hogar. En esta nueva unidad doméstica son los hombres quienes asumen las tareas de pastoreo, relegando a Antonia a las tareas de crianza de infantes, cuidado y limpieza del hogar, además de la ordeña y manufacturación de los quesos que se hacen en conjunto. De este modo, se observa que el pastoreo constituye una tarea realizada preferentemente por hombres en este nuevo contexto familiar:

(...) los dos hacemos quesos, ellos no más que van a ver las cabras al Cerro, aquí el Juan que es mi esposo va a ver las cabras pal cerro, pero a verlas no más, cuando están pariendo si quedan cabras parías en el cerro para bajarle los cabritos y yo me quedo en la casa, pero hacemos todo en común, los quesos, la leche, todo (...) (Antonia del Tránsito, Las Breas).

Aun cuando el pastoreo no es una actividad privilegiada propiamente tal, sí es considerada una actividad desgastante y sacrificada debido a la cantidad de horas que deben emplearse, por lo que tiende a ser más valorada en comparación a otros quehaceres. Asimismo, constituye una técnica para resguardar y proteger el ganado ante los peligros de las serranías, cuestión que posibilita la reproducción material del rebaño y la perpetuación de la unidad doméstica criancera, lo que le otorga cierto prestigio a los crianceros que la practican.

Él saca el día pastoreándolas, porque hay mucho daño. Por acá por el bajo hay mucho daño de perro y por el alto daño de león. Perros de Serón salen y dejan la tendalá, y para arriba sale el león, así que él tiene que andar con ellas arreando todo el rato (Patricia, Los Maitenes de Serón).

Pumas, perros, buitres y zorros están al acecho por los campos, es por esta razón que el pastor tiene una gran responsabilidad sobre sus hombros. A través de su actividad pastoril emergen los diversos lugares y el criancero elabora un conocimiento acerca del espacio y sus agentes. Dada la gran capacidad de los pumas para trepar, usualmente utilizan los barrancos para lanzar sus ataques contra el rebaño, lo que torna a estos accidentes geográficos en un lugar peligroso. De igual modo, algunos cerros se caracterizan por la presencia de perros (de otras familias crianceras) que pueden atacar al rebaño. De este modo, aparecen nuevos límites en el paisaje: los lugares son valorados por su mayor o menor presencia de depredadores.

Asimismo, llegada las pariciones en el mes de agosto, se manifiestan en el paisaje buitres y zorros que atacan a las crías de las cabras, generando un gran perjuicio al ganado y a las familias que dependen de él. La presencia de depredadores está implicada en el ciclo de vida de las cabras, al mismo tiempo, se entrelaza con los ciclos de ordeña y producción de quesos de la unidad doméstica criancera.

Se configura un conocimiento temporal del paisaje que guarda relación con momentos históricos de presencia o ausencia de “daño” en el territorio. De esta manera, entrelazado a los ciclos productivos-ganaderos, migratorios, pluviales y agrícolas, se incorpora el accionar de los depredadores como agentes generadores de limitantes temporales:

(...) no se aparecía mucho por acá [el puma], pero muy de repente no más, no había daño de puma de nada como ahora, ahora creo que hay crianzas por ahí de leones que se llaman, antes como le digo habían tiempos que aparecían pero uno no más yo creo, pero no hacían daño (...) (Santiago, Las Minillas).

En ese sentido, el pastor no es únicamente un agente protector del rebaño, además pone en movimiento una serie de significados que son parte de la identidad de estos grupos domésticos. He ahí la importancia simbólica de esta tarea. Se observa que el accionar de los depredadores está muy presente en el cotidiano de las familias crianceras, no por el hecho de que existan ataques a diario, sino porque estos agentes son capaces de definir límites espaciales y temporales.

En el caso de Antonia Varas, al quedar relegada de los quehaceres pastoriles en desmedro de los integrantes varones de su familia, su actividad es menos valorada, a pesar de lo importante que es su contribución en la reproducción doméstica gracias a su trabajo en el ámbito de manutención y alimentación de la vivienda.

Cuando se enciende la alarma de que los depredadores merodean la zona, muchas veces las familias se inquietan y uno de los integrantes del grupo doméstico debe cumplir funciones de defensa y vigilancia del rebaño. Duerme en los corrales junto a las cabras para así procurar que los leones o zorros no generen perjuicios en la explotación ganadera.

(...) Aquí cuando parieron las cabras tenían que ir a dormir en el corral con los cabritos porque el zorro bajaba de allá a carnearlos (...), el pastor de noche dormía con ellos no más, tenía que dejar la cama bien lejitos de ellos de allá y con la escopeta, en la noche y a veces cuando alumbraba y uno desconoce los ojos po', acostumbrados porque uno alumbra y las cabras tienen los ojos de un color, el perro de otro, el zorro de otro, a las cabras se les ve medio verdes, el zorro es como más azul, le brillan más al igual que a los pumas (...) (Nibaldo, Las Breas).

Las unidades domésticas también se ayudan con perros para las labores de defensa del ganado, quienes al oír ruidos extraños inmediatamente ladran para alertar a sus amos. Para procurar una mejor seguridad, algunas unidades domésticas han incorporado a su explotación a *perros leoneros*, los cuales se caracterizan por poseer el instinto de perseguir el rastro que han dejado pumas y zorros. Al detectar la presencia de intrusos, se lanzan en su búsqueda por las serranías de los campos. Al mismo tiempo, los pumas al sentir a los perros, escapan, y de este modo se mantiene a salvo el ganado.

En algunos contextos domésticos se observa la masculinización de la propiedad de los caninos. En el caso de la familia Santander-Pozo, el dueño de los perros leoneros es Teodomiro, él es el encargado de su cuidado y alimentación. Este celoso cuidado por parte del criancero se realiza para trabajar la fidelidad del animal. En el caso de la familia Briones, se ve reflejada con mayor intensidad el vínculo que se genera entre el perro y el criancero, puesto que, en palabras de Lisset:

El perro no deja ni tocar a la yegua ni a él [Ramiro, su hermano], ni a saludarlo, de lejitos no más, es muy cuidadoso, (...) el perro es el arma que tiene el criancero en el campo, el perro a cualquier ruido: de zorros, de liebres, de puma, de gente desconocida, va a ladrar, va a avisar (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

A pesar de que la crianza de estos compañeros habitualmente es realizada en conjunto por parte de los integrantes de la unidad doméstica, no deja de ser llamativa la cantidad de casos en los que el perro protector del hogar se cría celosamente procurando la fidelidad a su amo.

Este vínculo perro-criancero ha quedado plasmado en canciones populares de Río Hurtado, como bien presenta la letra de la canción *El Criancero*, compuesta por Julio Ángel e interpretada por Julio Ángel y María González, habitantes de Las Breas:

El Criancero

Allá en las altas serranías
Se ve un humo,
Es la seña que ha dejado
Un criancero,
Cruzando barrancos y quebradas
Cayendo hacia un abismo
Murió su compañero.

Y dando valor llegó donde ha caído,
Tomándolo en sus brazos
Estaba mal herido,
Mirándolo a los ojos
Todos llenos de llanto,
Muriendo ya en sus brazos
En el último suspiro.

Sigue aquel hombre,
Arreando su ganado,
Por los caminos ya todos polvorientos,
Lleva su rostro cubierto por el polvo,
Y una pena que lleva hacia dentro.

En las alturas me acuerdo de repente,
Ay cuanto sufre el pobre criancero,
En las alturas se acuerda de repente,
En el silencio se siente un aullido,
Es el aullido de su perro El Valiente.

Junto a la necesidad de protección, las familias crianceras desarrollan un fuerte sentimiento de odio hacia los depredadores. En algunos casos, este sentimiento se materializa en el paisaje a través de enfrentamientos contra estos animales. La captura del puma desata un gran jolgorio entre quienes participan de su cacería²². Aunque es importante aclarar que estas situaciones son poco comunes, tal como menciona Lisset:

(...) no da tiempo [para enfrentarlo], tendría que ser mucha la casualidad para que uno los encuentre en una distancia prudente para dispararles, aparte que es muy rápido, es muy veloz, uno lo puede ver de aquí a la escuela, cuando llega a la escuela va seis o siete kilómetros de uno (...) (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

A pesar de lo poco habitual que es el avistamiento de un puma, menos frecuente es tener la oportunidad para enfrentarlo, por lo que aquellas historias son recordadas y son parte de la memoria colectiva de los crianceros. Facundo Gaitán, excriancero de Las Breas, atesora en su memoria la narración de aquella vez que junto a su hermano lograron cazar a uno de estos depredadores, detallando con lujo de detalles el cómo se sucedieron los hechos de lo que consideran una proeza:

(...) y en eso un hermano mío vio que venía un bicho bien achataito, pero era largo dice, y con todos los otros niños todavía (...) y de allá me mandaron a mí a avisar que habían muerto las ovejas y una cabra que era del dueño de la hacienda de Don Edmundo, así que llegué yo y avisé, y que se entusiasmaron los otros, uno que se llama Sebastián y otro que se llama Javier (...), y subieron en pelo de unos caballos no más y se puso un

²² Actualmente el puma está protegido por la legislación chilena y quienes cacen a estos animales arriesgan penas de cárcel, es por ello que no es común que se hable con tanta soltura acerca de estas capturas, aunque ciertamente se siguen practicando hasta el día de hoy.

cuchillito el Feliciano así, y se fueron, subieron al cerro y allá mi hermano Erismundo se llamaba, salió también y se juntaron allá arriba, y empezaron huellarlo al león y lo siguieron por la huella (...) (Facundo Gaitán, Las Breas).

Los inquilinos-crianceros de la hacienda culminaron esta captura en un barranco, ahorcándolo con una soga, y cuando este estaba débil, fue acuchillado, lo que causó su muerte rápidamente. Luego, los crianceros consumieron su presa, lo que significa no sólo una acción vengativa contra este depredador, sino también la intensificación de lazos entre los hombres crianceros. Si bien este caso corresponde a un evento extraordinario, no deja de ser llamativo el ritual de superioridad masculina que se refleja en la celebración luego de esta actividad:

(...) después de que ya estaba bien ahorcao' (...) que como que apestaba el león todavía y se bajó el Horacio con el cuchillo que yo había dicho... un cuchillito así no más, lo iba degollar y lo degolló y tomamos sangre, fuerte la sangre de león, y ellos se lo trajeron hasta acá..., (...) nos tomamos la sangre del león, decíamos: pa' ponernos más corajuos' (...) y [tuvimos que] arrastrarlo hasta bajar a Pabellón, y lo pelaron por el cuero de los dos lados, era grande, hicieron la carne más rica que pudiera haber, la carne de león, mejor que la carne de chancho, que la de oveja, de todo. Si ahora si ya pillan un león por ahí, no le pierden na', esa vez hicimos empanadas (...) (Facundo Gaitán, Las Breas).

Es generalizada la aversión hacia a este depredador que trasciende diferencias de género. Se plasma en el paisaje un rotundo sentimiento de odio hacia los pumas, hasta cierto punto, un sentimiento vengativo:

(...) está en peligro de extinción, ¿qué vamos a ser?, aparte que es su sistema de alimentación, tiene que comer animales para que sobreviva (...), claro, si pudiera matarlos, yo ya los habría matado a todos (...) (Lisset, Los Maitenes de Samo Alto).

C. Unidades domésticas crianceras no trashumantes y feminización de la práctica ganadera

La mayoría de las unidades domésticas corresponden a grupos que se caracterizan por practicar estrategias de manejo de ganado caprino en las cuales se mantiene una única residencia. Se dibuja en ellas un uso más acotado del espacio en comparación a los casos explorados en los apartados anteriores, el cual será variable dependiendo de cada contexto doméstico. Asimismo, la identificación del abanico de quehaceres realizados por estos grupos es reflejo de desarrollos altamente heterogéneos, cuestión que se profundizará a lo largo de este apartado.

Una característica distintiva de este tipo de explotaciones es el número reducido de cabezas de ganado que posee sus pastores, a veces de 20, 30, 40, 50; aunque en excepciones se identifican casos donde este número asciende a más de 100 cabezas. Sin acceso a grandes extensiones de tierra para el cultivo de alfalfa y pastoreo es prácticamente imposible para una familia criancera mantener plantales numerosos. Estos rebaños generan acotadas ganancias a la familia campesina, por lo cual la mayoría de las veces corresponde a una ganadería de subsistencia. Aunque por supuesto hay excepciones.

Las narrativas de las unidades domésticas no trashumantes no reflejan acontecimientos impactantes como los grupos que tienen experiencias cordilleranas; sin embargo, aquello no le resta riqueza antropológica a sus procesos de vida, ya que se diseñan líneas de gran complejidad en el paisaje.

A su vez se destaca la feminización de la actividad caprina en muchas de estas unidades domésticas, fenómeno que pondera a la criancera como agente protagonista en los quehaceres relativos al manejo del ganado. En muchos casos, son ellas quienes toman las decisiones de qué hacer con el rebaño, lo que manifiesta un involucramiento más intenso por parte de las crianceras en los procesos cotidianos del ganado. Es importante destacar que aquello no es aplicable a todos los contextos domésticos, más bien se trata de una tendencia que se expresa, entre otras cosas, en la propiedad de los ganados y la especialización de los integrantes del grupo.

En esta primera parte se centra en dilucidar las líneas de desplazamiento que se diseñan en estas unidades domésticas, para dar cuenta de cómo se manifiesta la división generizada del paisaje.

1. Quehaceres cotidianos, modernización de la actividad caprina y conflictos en el paisaje

Se identifica el caso de la unidad doméstica compuesta por la familia Meza-Valenzuela, cuya observación de sus tareas cotidianas permite comprender las diferencias de género que se expresan en los desplazamientos que se llevan a cabo de manera diaria.

Esta familia se encuentra asentada en la localidad de Pichasca. Poseen 40 cabezas de ganado bajo un régimen semi-estabulado, las que mantienen en corrales que se encuentran alejados de las zonas residenciales, a las afueras del pueblo. Los cónyuges Rosario y Ernesto componen el grupo familiar. Ella tiene derecho comunero en Inga Pichasca, comunidad agrícola colindante al pueblo de Pichasca. Ambos trabajan el rebaño, no obstante él lo hace de manera esporádica, mientras que Rosario está plenamente involucrada en la actividad.

(...) yo paso más con ellas, porque él está trabajando, soy yo la que voy a darles la comida, las veo cuando están enfermas, soy yo la que les inyecto, hay que darle los antiparásitos, también para la comida que llevarlas al cerro, darle fardos, maíz, que el suplemento, el kímbel (...), es como para ayudarle un poco como los campos están secos, entonces uno tiene que ayudarle un poco para que no se adelgacen tanto, porque el pasto de huerto no es tan engordador como el de campo, porque... porque la cabra de por sí es como más comedor de semillas, entonces se seca el pasto y después es muy poco, y hay que buscarle de otra forma (Rosario, Pichasca).

La estrategia adoptada por esta familia tiene como eje fundamental el equilibrio entre el pastoreo y el complemento nutricional a través de diversos alimentos. Para ello deben ocupar todo su ingenio y energía en lograr una correcta alimentación de la cabra sin trasladar el ganado a otros asentamientos, aun cuando las condiciones de sequía y escasez hídrica causen estragos durante largos periodos. Esto implica una mayor cantidad de horas trabajadas, las cuales son asumidas por Rosario, quien tiene desgastantes jornadas para conseguir este objetivo. Por su parte, Ernesto tiende a desligarse de esta actividad, debido a que se emplea de manera asalariada en el rubro de la construcción, no obstante, sus días libres son ocupados para aportar en lo que sea necesario en la explotación ganadera.

La estrategia planteada por el grupo doméstico implica el uso intermitente de la pradera natural para la realización del pastoreo. Aquello genera la aparición de nuevos conocimientos del espacio, puesto que la criancera está en constante evaluación de la presencia de arbustos en el secano para decidir si es o no adecuado el pastoreo en una zona determinada. A diferencia de otras unidades domésticas, la alimentación de la cabra en la pradera natural está siempre ligada a la vigilancia de la pastora, quien observa los lugares donde la biomasa vegetal se ha recuperado, para luego trasladar su rebaño a estos espacios. Luego de una tarde completa, la criancera regresa el rebaño a los corrales.

Así, haciendo uso de su derecho comunero²³ busca en los territorios de Inga Pichasca arbustos de *rumpiato*, *orejilla de zorro*, *alfilerillo* u otras plantas que le proporcionen una buena alimentación al animal. Destaca que aun siendo esta vegetación muy apetecible para ellas, las flores que aparecen con la llegada de la temporada primaveral son la comida predilecta de la cabra, y es en aquellas fechas en las cuales traslada el ganado a estos campos para aprovechar las bondades de la estación:

²³ Debe ser conocimiento del lector que hoy en día las comunidades agrícolas, como sociedad de propietarios, está integrada por personas que no residen en sus territorios, asimismo, dentro de sus territorios habitan personas que no son comuneras.

En año malo come de todo, es un animal -como le digo yo- es muy buena pobre, para nada regodeona; en año bueno pasa por un potrero por pasto y le va sacando el puro cogollito y las flores y nada más, cuando sale la ñañauca (y a mí que me da rabia, porque está muy escasa la ñañauca, como que se está perdiendo, el copihue del campo que le dicen) y la cabra pasa y se come todas las flores, pero se come la pura flor, la planta no se la come, igual que cuando florece el incienso, una flor amarilla que es muy común acá, y la cabra pasa por una mata y le come toda la florcita y lo demás lo deja todo (Rosario, Pichasca).

En esta unidad doméstica Rosario es la única integrante del grupo que realiza pastoreo. Cuando los campos pierden su vegetación en tiempos de sequía, la criancera opta por mantener el ganado en los establos, a la espera de la regeneración de la pradera en los terrenos comunitarios. Para aguantar este periodo, la criancera les entrega fardos, maíz y otros suplementos alimenticios a sus cabras. De este modo se visualiza un fenómeno contrario a lo identificado en los casos anteriores: la sequía se relaciona con el cese del movimiento del ganado y no con largas temporadas fuera del asentamiento.

En los periodos de estabulación, Rosario trabaja como mediera en el segado de alfalfa, ya que su explotación no cuenta con agua ni tierras arables para la producción de forrajeras. Trabaja por un porcentaje de la producción y para que las ganancias sean suficientes, se emplea en diferentes potreros en diversas localidades del valle de Río Hurtado, lo que supone largos y extenuantes circuitos de desplazamiento. En ese sentido, se visualiza que al mismo tiempo que el rebaño queda confinado, ella se mueve intensamente por el territorio.

En esta modalidad, la actividad campesina no es capaz de proporcionar el sustento a la familia, por lo cual, ambos se emplean de manera asalariada. Como el empleo en la zona es escaso, muchas veces este trabajo no es constante. Ernesto suele presentarse en las faenas de construcción cuando algún proyecto de restauración de carreteras o de edificaciones se instala en la comuna; por su parte Rosario trabaja en limpieza y mantenimiento de edificios públicos. Cuando Ernesto tiene días libres en la construcción, en conjunto realizan las tareas relativas al manejo del ganado caprino.

Tal como se ha mencionado, los quehaceres son más desgastantes en tiempos de parición, y en esta unidad doméstica, la familia criancera programa dos pariciones anuales -junio y octubre-, lo que significa un gran compromiso de ambos para lograr una óptima producción en el periodo de partos.

De este modo se diseña una experiencia variable de la unidad doméstica, destacándose a la criancera como motor de los conocimientos que se expresan en el paisaje. A través de su actividad, se configura una gama de saberes que abarca las plantas silvestres, los campos de pastoreo y un conocimiento específico acerca de la nutrición caprina mediante la incorporación de técnicas suplementarias.

Cuando Rosario se refiere a su estrategia productiva, plantea una distinción fundamental entre dos modos de practicar la criancería: por un lado identifica a aquellos productores que

tienen *dedicación*²⁴ y aquellos que no, ubicándose a sí misma en el primer grupo. Más allá de lo arbitrario que pueda parecer este binomio de categorías, su identificación como una criancera dedicada, refleja, por un lado, un cierto nivel de desprecio a la práctica ganadera extensiva, así como también un sentimiento de orgullo por la estrategia que ella ha adoptado para su ganado.

(...) la diferencia del criancero del cerro es que no se preocupan de la alimentación más allá, como que las sueltan no más, las tiran a todo terreno y chao, y si vuelven bien... no, nosotras no [en referencia a una amiga que maneja un régimen productivo en similares condiciones], nosotras nos preocupamos de vitaminas, de antiparásitos, porque todo eso nos han enseñado a nosotras, para inyectar cuando ya la cabra mal paren, todas esas cosas vamos aprendiendo acá (...) (Rosario, Pichasca).

Aparece en este discurso la figura del “*criancero del cerro*”, que hace alusión a aquellos grupos que manejan sus planteles de manera extensiva en los parajes de los interfluvios. Se identifica un discurso en el cual emerge una imagen negativa del varón criancero como sujeto histórico que lleva a cabo una mala práctica pastoril. Este tipo de explotaciones se caracterizan por el ramoneo libre del rebaño por los cerros, lo que en tiempos de sequía genera dificultades fisiológicas a las cabras y problemas medioambientales.

Es posible afirmar que el fenómeno de feminización del trabajo ganadero en planteles reducidos no apunta únicamente al conjunto de tareas y decisiones por parte de las mujeres en el grupo doméstico, sino también al hecho de que son ellas quienes, preferentemente, se han involucrado en las transformaciones de la criancería caprina, lo que en consecuencia, ha derivado en una auto-representación como mujeres protagonistas de estas innovaciones. Con ello se vislumbra cierto orgullo que se expresa en la narrativa común: *nosotras somos los crianceros del futuro*, afirma Rosario, discurso que esconde un conflicto latente en el paisaje que ha ido tomando forma hace unos cuantos años atrás. Así consta en el extracto de una entrevista a una dirigente sindical que se refiere a las modernizaciones ganaderas y las diferencias de género que subyacen a este fenómeno:

(...) es que el hombre no es tan... la criancera es más preocupada, la criancera se mete al crédito de INDAP, la criancera paga los créditos, ella ya va más a capacitaciones que los hombres, entonces han ido avanzando más los logros que hay acá son mujeres, hay una que tiene resolución [sanitaria], que venden manjar, que hacen yogurt, que hace hartas cosas con la leche, ¿por qué? porque la mujer ha ido aprendiendo en las capacitaciones; el hombre no, el hombre no va a nada de eso, son como más durazno²⁵. (...) ellos no, ‘yo lo hago así no más, para qué voy a hacer queso gourmet, para qué voy a hacer queso con merkén, queso con aceitunas’, la mujer no, la mujer se capacita, ‘voy a hacer estos quesos’, e innova (...) (Carolina Aracena, Dirigenta sindical campesina).

La implementación de programas de asesorías técnicas que entrega el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) a los productores y productoras en el rubro caprino, ha irrumpido en el cotidiano de las familias crianceras, transformando (o intentando transformar) lo que se conoce como la criancería tradicional, práctica extensiva de manejo

²⁴ Referida por lo general a producciones intensivas y semi-intensivas.

²⁵ Palabra peyorativa utilizada en Chile para calificar a una persona de terca o tozuda.

del ganado caprino que desde el punto de vista de esta organización gubernamental debe ser erradicada²⁶.

Así, emerge la imagen de la mujer como agente modernizante de la práctica ganadera. A través de técnicas que dan valor agregado a los productos derivados de la leche y mediante la incorporación de nuevos quehaceres al paisaje, se genera la percepción acerca de que “(...) *el progreso ha ido un poco de la mano de las mujeres que toman las riendas de los ganados pero los hombres no mucho (...)*” (Rosario, Pichasca). Se teje, de este modo, un conflicto en el paisaje que contrapone la imagen de la criancera modernizante con la del viejo cabrero, supuestamente incapaz de comprender la positiva evolución que traería consigo la transformación de las tareas cotidianas:

(...) no si los viejitos van a quedar hasta nunca, nunca van a cambiar su mentalidad de tener harto ganado, no los van a hacer cambiar porque ellos son a la antigua, (...) son de la mentalidad del que tenía más cabras era el más grande, pero no le importaba la calidad, sólo la cantidad, no va a subir nunca las cabras a una tarima de ordeña a sacar la leche, va a seguir tradicionalmente sacando leche con la patita de la cabra en la pierna ahí en el suelo (...) (Carolina Aracena, Dirigenta sindical campesina).

La tecnificación de la producción involucra todo tipo de transformaciones: ordeña, alimentación, parición, tamaño de los ganados, mejoramiento genético, etcétera. El curso cotidiano de las tareas configura nuevas secuencias de quehaceres y nuevas temporalidades, las que difieren según la estrategia que adopte la unidad doméstica campesina.

Dentro del abanico de técnicas para paliar los efectos negativos de la ausencia de lluvias, se encuentra la alimentación en base a desechos de las plantas procesadoras de alimentos de la agroindustria. Estas nuevas estrategias diseñadas implican, en algunas ocasiones, extensas movilidades en el territorio por parte de algunos integrantes del grupo doméstico quienes deben dirigirse hasta otras comunas para adquirir esta alimentación complementaria:

(...) acá le damos la ramita del Sauce, muchas parte para acá (...) muchos van a los packing a buscar los desechos orgánicos, que la hoja de lechuga, el brócoli, todo, entonces eso van en camionetas, en vehículos, y eso se lo dan a los animales, todo lo que tiene que ver con apio, todo lo que es verdura, los restos de zanahoria, todo lo que es orgánico y verdura es lo que le llevan a las cabras, así se mantiene, se aprovecha, y se le compra forraje, maíz, afrecho (Carolina Aracena, Dirigenta sindical campesina).

La alimentación y la salud caprina son parte del mismo proceso de vida. Se incorporan al paisaje nuevas tareas que demarcan la temporalidad cotidiana de estos grupos, las cuales guardan relación con la transformación de la dieta animal en la fase intermedia de la preñez. De este modo, los conocimientos técnicos adquiridos plantean transformaciones en el paisaje de tareas de estos grupos:

²⁶ Si bien los juicios acerca de la efectividad de estas políticas públicas exceden los propósitos de esta investigación, es importante destacar que esta institución ha logrado imponer su discurso en varias unidades domésticas crianceras, principalmente en explotaciones pequeñas.

(...) la cabra mía nunca me pare flaca, porque resulta que al tercer mes de preñez hay que meterle alimentos, al tercer mes hay que meterle alimento cosa que la cabra se recupere, porque ya viene el feto, y cuando usted le mete harta comida, pare con leche y sale con fuerza, (...) eso uno lo aprende, porque antes nos pasaba mucho a nosotros la mortalidad del ganado, nos pasó varias veces anteriormente, pero con la asesoría del veterinario te dicen 'tiene que darle más alimento, tiene que darle más maíz, esto, esto, esto, dale vitamina', y así (...) (Carolina Aracena, Sindicato de crianceros).

El mejoramiento genético del rebaño es otro de los quehaceres que se incorpora al cotidiano de las unidades domésticas. Para ello se compran cabras de razas más productivas²⁷ o se mestiza a las *cabras criollas*²⁸ con machos cabríos de otras razas, siendo esto último lo más común. Se espera, a través de la hibridación, que la cabra desarrolle la fortaleza física de la cabra criolla y eleve su productividad de leche. A pesar de los intentos de INDAP por generar esta práctica, la realidad medioambiental y económica de las unidades domésticas no permite el manejo de algunas genéticas en los territorios:

(...) es tan femenina esa cabra blanca, sani [saneen] parece que se llama. Es una cabra blanca que se vuelve puros cachos [problemas], y muy femenina: muy delgadita, se enferma... La cabra de por aquí no, la bruta que le dicen, ¡y por algo le dicen así!, es más gruesa, orejona, la sani tiene la oreja chiquitita, cacho grande tiene la otra [la criolla] es más aguantadora, es más sufrida como le dice uno por acá, ella puede aguantar, puede comer palitos, tiene más supervivencia, pero esa cabra sani no (...) (Olga Fernández, La huerta).

Más allá de la etiqueta peyorativa de “femenino” a las razas caprinas que no pueden soportar las rigurosas condiciones del secano, este fragmento revela que la modernización en ciertos aspectos es inviable para un gran número de familias campesinas.

2. “Los crianceros del cerro”, producción extensiva

La tecnificación de la producción, a simple viste, corresponde a un grupo minoritario en relación a la generalidad de los casos. Las condiciones económicas, el nulo acceso a tierras arables y la escasez hídrica hacen prácticamente imposible la implementación de las innovaciones tecnológicas.

En contraposición a la práctica moderna de crianza aparece el modo de producción extensivo (o también calificado por la literatura especializada como “tradicional”). En este tipo de unidades domésticas la cabra suele pastar libre por las praderas en busca de alimento, lo que genera bajos índices nutricionales si los campos están secos. En estado de preñez, se corre el riesgo de mortandad tanto de la cabra gestante como de la cría.

²⁷ Las razas más comunes incorporadas en el paisaje son anglo-nubian, saneen y alpinas.

²⁸ Un nombre común que recibe esta raza de cabra es de “bruta” o “chilena”

Para comprender estas experiencias, se expone el caso de la unidad domestica Benítez-Astorga, grupo asentado en la localidad Los Maitenes de Samo Alto. Está integrado por Pablo e Israela, ambos pareja, y Sabrina, hermana de Israela. Su derecho comunero les permite acceso a pastoreo en la comunidad agrícola de Los Maitenes de Samo Alto. Tienen una producción agrícola que se limita a un pequeño huerto compuesto de algunos árboles frutales que genera escasos beneficios económicos. En las tierras comunitarias los animales son liberados de los corrales para que busquen por su cuenta la alimentación, explorando los cerros y alejándose, a veces, muchos kilómetros de sus corrales al punto de perderse por lejanas colinas. En las tardes se les da un poco de maíz con el propósito de que ellas puedan memorizar que en los corrales habrá nutrientes y así regresen antes de que caiga la noche; no obstante, algunas veces esta técnica no prospera, el ganado se pierde y ahí comienzan los problemas. El rebaño se divide, son atacadas por los depredadores o robadas por ladrones rurales.

Hmmmm ciento treinta, por ahí... deben haber como cien, se perdieron muchas (...), porque se las comen los animales, tiene muchos enemigos la cabra; por la flacura también, no hay pasto en los cerros, los zorros, los perros, los pumas para los cerros más altos (...), se mueren, a veces las roban si por aquí hay niños muy malos, chicos que andan por los cerros y se las llevan (...) (Pablo, Maitenes de Samo Alto).

A diferencia de los otros casos observados, en este contexto el pastoreo es prácticamente inexistente, más bien se trata de una producción en la cual el rebaño se alimenta libremente por los cerros. Cuando la cabra ha parido, se aprovecha de producir, comercializar y consumir quesos y carne, pero durante el resto del ciclo de vida, la actividad ganadera no reporta mayores ocupaciones.

La única parición anual les permite una producción de sólo tres meses (esto debido al bajo nivel nutricional que presenta el rebaño), de ahí en más, la cabra se seca y queda a merced de su suerte en los campos, a la espera de la preñez en marzo y un nuevo parto en el mes de agosto. Durante el periodo de lactancia la familia le entrega fardos de alfalfa y maíz para lograr un mejor rendimiento de leche. Cuando las instituciones estatales entregan recursos, estos también son utilizados para contribuir a la nutrición de las cabras, no obstante, estos aportes casi siempre son un breve paliativo durante un momento de emergencia hídrica.

Este manejo se debe a que la estrategia económica de la unidad doméstica se plantea como objetivo que los principales ingresos se generen a través del trabajo asalariado o de otros rubros independientes, cuya realización demanda una gran cantidad de horas para los miembros del grupo. Durante los meses de parición, esta sobrecarga laboral aumenta por el cuidado que implica el periodo de partos, en aquel instante toda la unidad doméstica colabora de manera simétrica. En este grupo la cabra cumple un rol suplementario, de poca importancia para el grupo familiar si se le compara a los otros casos.

La crianza de cabras no implica grandes diferencias generizadas en el desarrollo de las actividades cotidianas ni tampoco segregaciones espaciales entre sus miembros. En ese sentido, se puede afirmar que se diluyen las diferencias de género en el devenir cotidiano en relación a la ganadería. La mayor actividad se reporta en el momento de parición y lactancia de la cabra, quehaceres que se desarrollan en conjunto por todos sus miembros.

Si bien, la realización de las actividades de esta unidad doméstica no presenta diferencias significativas entre sus miembros, es de notar que en el caso de las mujeres, ellas se identifican como crianceras sin mayores problemas, mientras que Pablo a regañadientes acepta esta condición, y agrega que fueron los avatares del destino (el aluvión que azotó el norte de Chile hace unos años atrás) lo que derivó en su regreso a la comunidad y su dedicación a las cabras. Él se considera agricultor y minero, y comprende que la criancería es sólo una cuestión pasajera. De esta manera, se refleja un deseo de desvinculación de la actividad caprina, fenómeno habitual en muchos crianceros.

Un elemento que podría explicar la homogeneidad en el desarrollo cotidiano de este grupo, es la ausencia de quehaceres de pastoreo, debido a que es en esta tarea donde se aprecia un punto de quiebre en la asignación de roles de muchos grupos. Tal como se ha deslizado en los capítulos anteriores, los quehaceres de pastoreo son procesos del paisaje en los cuales se suele materializar la división generizada de los grupos domésticos.

Carolina Aracena, dirigente sindical criancera, entrega su percepción con respecto a cómo se distribuye la asignación del rol de pastoreo dentro de estas unidades domésticas, destacando que pueden existir realidades muy dispares dependiendo de la zona, pero que la tendencia es que sean los hombres quienes se dedican a esta actividad:

Tenemos mujeres que pastorean, son más mujeres que hombres que pastorean dentro de la comunidad, y en otros sectores son hombres que pastorean, pero el porcentaje mayor es hombres (...), igual es liviano en comparación a lo que tiene que hacer la mujer: haciendo los quesos, porque hay que sacar leche, hacer los quesos y tienen que hacer todas las labores del hogar y más encima tienen que barrer los corrales (Carolina Aracena, Dirigenta sindical campesina).

La explicación que entrega la criancera guarda relación con el estrecho vínculo que se genera entre el varón y el caballo, lo que hace de este animal un elemento generador de distinciones sociales a niveles intragrupales e intergrupales, en tanto la propiedad de los equinos se asocia al pastoreo.

Porque se da el hombre con los animales, montan el caballo y la mujer tiene que ir a hacer siempre el queso, más encima haciendo el almuerzo, atendiendo su hogar, por eso. Eso más que nada, pero por eso el hombre sale, ahí con el caballo, sobre todo cuando tiene que salir a pastar lejos, o en parcelas, ahí tiene que estar cuidando que los animales no se metan a la siembra de otra gente (...) (Carolina Aracena, Dirigenta sindical campesina).

No obstante, tal como se ha expuesto, en algunas unidades domésticas que practican la ganadería extensiva no se realiza pastoreo, y a veces ni siquiera poseen caballos. Junto a la desaparición de la actividad pastoril, tiende a desaparecer el sistema de valores que sustenta la hegemonía de ciertas tareas (teniendo en cuenta que tampoco se practica la trashumancia), puesto que no se experimentan extenuantes circuitos de movilidad ni sacrificios físicos relacionados al manejo del ganado caprino. En el caso de la familia Benítez-Astorga, no debe considerarse como un grupo doméstico donde no existan jerarquías de género, sino que de haber, no se expresan en la actividad de crianza de ganado caprino. Dicho de otro modo, el proceso de descampesinización que experimenta

la unidad familiar reduce al mínimo las tareas realizadas, lo que deriva en cierta homogenización en su desarrollo cotidiano.



Ilustración 10: Fotografía propia. Criancero sobre su caballo mientras cuida de las cabras dentro de su potrero.

Sin embargo, la asociación entre ausencia de pastoreo y homogenización de las tareas no puede ser considerada como una norma. Para comprender otras dimensiones de este fenómeno se aborda el caso de la familia Astete, grupo doméstico asentado en Los Maitenes de Serón, comunidad agrícola del secano interior de Río Hurtado. La unidad doméstica está compuesta por tres hermanos y una madre.

En este grupo doméstico cada integrante realiza una actividad específica: crianza de aves, agricultura, trabajo independiente en el área de transporte rural y ganadería caprina, esta última es asumida por Lidia Astete, una de las hermanas.

Lidia es quien se encarga de las 50 cabezas de ganado, con ocasional ayuda del resto de los integrantes del grupo. Ella se ocupa del cuidado de la cabra y la producción de quesos: y sólo en el mes de parición el resto se compromete en esta actividad. De similar manera al caso anterior, no suele realizarse pastoreo, no obstante aquello no significa ausencia de roles de género en la actividad caprina, puesto que Lidia es la única encargada del ganado.

Resulta común que en las unidades domésticas donde el número de cabezas es reducido y la práctica es extensiva, la criancería tenga poca valoración por los escasos réditos económicos que se consigue y, por lo tanto, esta tarea quede en manos de las mujeres. No

obstante, es importante destacar que si bien no son cuantiosos los beneficios, en épocas de crisis las cabras constituyen la única fuente de subsistencia.

Aun cuando las instituciones gubernamentales han sugerido detener el pastoreo de la cabra por los cerros para así poder recuperar la pradera natural, esto ha sido resistido por quienes realizan este sistema de producción, como es en este caso que el ganado anda libre por las serranías:

Es mejor el pasto de cerro pue, joven. Mire, yo le voy a decir una cosa: el pasto que usted puede llevar a pastar a una cabra a las parcelas, ya, por las parcelas, o desechos orgánicos de lechuga, de todo, nunca va a ser el queso mejor que el queso que sale a pastar el cerro, porque resulta que tiene yerbas medicinales y el sabor del queso es muy rico, en cambio si usted igual una cabra a tenerla 100% estabulada, es otro el sabor, porque el queso que usted hace estabulado, el queso usted le echa, por ejemplo maíz, afrecho, comen soja, ¿cierto?, ese queso no tiene sabor. Porque ese mismo queso, usted puede tener la cabra estabulada con esa misma alimentación en Punta Arenas o para el norte y va a ser el mismo sabor, igual cuando comen deshechos de hojas, brócoli, el queso no sale de buen sabor (Carolina Aracena, dirigente sindical campesina).

De este modo, a pesar de que la cabra se alimenta libre, el quehacer del rebaño por los cerros tiene la capacidad de diseñar significaciones en el paisaje, una de ellas son los sabores. Si bien los grupos humanos se desentienden de las actividades de pastoreo, la cabra continúa diseñando línea en el paisaje, generando nuevos límites y asociaciones. Así, las serranías cobran valor no sólo por proporcionar alimentación al ganado, también por proporcionar sabores.

3. La sombra de la cordillera en el devenir de las unidades domésticas no trashumantes

Las distinciones de sabores que emergen de la alimentación de la cabra, además de configurar una evaluación positiva de las serranías, hace emerger la cordillera, incluso para las unidades domésticas que nunca han imaginado pisar aquellas tierras. “¿Por qué dicen que los quesos de cordillera son tan ricos?, porque la cabra cuando va a la cordillera allá come yerbas medicinales y el queso sale de un sabor especial”, dice Carolina Aracena, para dar cuenta de cómo los Andes están presentes en el día a día de los grupos no trashumantes.

A través de la actividad de comercialización se genera un conocimiento que pone valor a la cordillera, relegando a una posición inferior el queso producido bajo otros regímenes productivos. En los almacenes de los pueblos de Río Hurtado puede leerse en los meses de verano “llegó queso de cordillera”, ya que bien saben los comerciantes lo demandado que es este producto por los habitantes del territorio.

Aquella no es la única forma en que la cordillera está presente en el devenir cotidiano de los grupos crianceros no trashumantes. La entrega de una parte del rebaño en mediería corresponde a un uso indirecto que hacen los grupos de los espacios de veranada.

Para profundizar este fenómeno se expone un cuarto caso: la familia Gutiérrez-Carvajal, grupo compuesto por Hilda Gutiérrez y Nando Carvajal, pareja de adultos mayores que, por el cansancio de tantos años de trabajo, se han visto en la obligación de dejar atrás la agotadora vida de cordillera.

Hilda, al narrar su vida como criancera, recalca que durante su niñez “(...) *no conocíamos nada, vivíamos como los indios, jugando con barro como si fuera plastalina, con palos, jugando con las vinchucas... pensábamos que el mundo era sólo eso: la cordillera y Las Breas*”. Si bien esta narrativa pone acento en que se trata de un tiempo lejano de su infancia, el vínculo con las tierras cordilleranas parece ser indisoluble, no sólo por la nostalgia que refleja en aquellas palabras, sino que además por la estrategia adoptada por la unidad doméstica, la cual sigue reproduciendo una fuerte dependencia del talaje andino.

Esta unidad doméstica posee cerca de 60 cabezas de ganado, las cuales se alimentan en un pequeño potrero donde se cultiva principalmente alfalfa, porotos y maíz. Cuando llega el verano y los ganados comienzan el movimiento ascendente, Hilda delega parte importante de su rebaño a los arrieros que se dirigen hacia las majadas. Generalmente sus cabras son dejadas en manos de algún familiar. Las cabras cedidas corresponden a maltonas que aún no están en edad de preñez, además de un pequeño grupo que dará a luz en el mes de abril. Así, esta estrategia permite la producción de quesos durante gran parte del año, a pesar de disponer de un deficitario acceso a la tierra y dificultades de movilidad para los integrantes del grupo familiar. El ciclo de lactancia en los meses fríos se ve favorecido por el engorde que se ha generado por el uso de las praderas andinas.

En los territorios cercanos a los Andes, es bastante común el uso indirecto de la cordillera a través de otros miembros del grupo parental, considerando que muchas veces se trata de linajes en los cuales un vasto número de integrantes se dedica a la práctica trashumante, por lo cual, tienden a realizar acuerdos cuando hay algún pariente que no puede subir a la cordillera. Las dinámicas de movilidad del poblado de Las Breas ilustra este fenómeno, puesto que la mayoría de sus habitantes se dedica a la crianza de ganado caprino, es la última localidad antes de ingresar a la cordillera y prácticamente todos sus habitantes tienen algún lazo de parentesco, lo que hace común que los ganados se entreguen en mediería para hacer uso de la cordillera durante unos meses. La mediería en este tipo de casos, es común en grupos domésticos envejecidos que deben buscar nuevas estrategias productivas para solventar la vida.

4. Cuando los huesos ya no dan: adultos mayores, fin de la trashumancia y emergencia de nuevas líneas de división de género en el paisaje

La familia Gutiérrez-Carvajal narra impresionantes historias de veranadas. Mediante la técnica de arreo movilizaban más de 200 cabezas hasta la cordillera de Los Patos, en el lado trasandino. Hablan con nostalgia y admiración de los vergeles y lo torrentoso de los cauces de quebradas y esteros. No obstante, la dureza de la vida cordillerana ha provocado el deterioro físico de ambos, lo que les ha imposibilitado continuar con esta vida. Las

continuas dolencias provocaron que un día, hace unos cuantos años atrás, decidieran no volver a subir, vender parte del ganado y modificar por completo su estrategia campesina-criancera.

La explotación sufrió algunas transformaciones: dos pariciones anuales con entrega en mediería de una parte del rebaño para el engorde en pastos cordilleranos, régimen semi-estabulado y notable reducción del plantel fueron los cambios más importantes que sufrió la práctica ganadera. Sin embargo, este número de cabras no es capaz de generar el sustento de la unidad doméstica, lo que sugiere un proceso de descampesinización o diversificación de las tareas. En el caso que se ilustra, esta última fue la opción que determinó el grupo.

Cobran importancia los cultivos anuales y la manutención de árboles frutales para generar la subsistencia. A estas actividades se incorpora la apicultura, que durante los últimos años se ha popularizado entre varias familias campesinas, principalmente de la mano de las mujeres, que han conformado una organización de productores apícolas. Hilda es quien ha llevado las riendas de la producción de abejas en su unidad doméstica, siendo ella protagonista de las transformaciones paisajísticas, cuestión que es vista como una estrategia que se ha inculcado mediante las asesorías técnicas de INDAP. De este modo, mediante su actividad, se integran al paisaje nuevas tareas y significados que dan dinamismo al paisaje criancero, destacando la figura de la mujer no sólo en lo que refiere a su realización, sino también a su rol en la capacidad adaptativa y transformadora, dando cuenta de nuevas líneas de conocimientos que se entretajan en el cotidiano.

(...) la [abeja] rústica ya no se puede tener, porque la enfermedad la ataca, la varroa, a la rústica cuando la atacó la enfermedad, nosotros no sabíamos, porque antes uno criaba abejas como criaba cabras y después llegó una epidemia (...), así que las abejas que tenemos ahora no, son como más pitucas (...). Ya cuando vieron de que la abeja ya no arribaba, no arribaba, una que años malos y la enfermedad la atacaba mucho, entonces INDAP se puso con los apicultores, entonces mandaron personas a hacer cursos y de ahí, y ellos también daban el nombre de los remedios que había que ponerle, y cómo ponerle todo, y de ahí aprendí a cómo tener estas abejas de ahora que son más pitucas (...) (Hilda, Las Breas).

La inclusión de esta nueva actividad no corresponde simplemente a un agregado de nuevos quehaceres que se hacen parte del diario vivir. Estos desarrollos se imbrican y generan nuevas valoraciones en el cotidiano de los grupos crianceros, destacándose la apicultura como una forma de combate a la escasez hídrica y vegetal de la zona (debido a las propiedades polinizadoras que poseen las abejas), lo que a su vez permite el crecimiento de la biomasa arbustiva, cuestión muy útil para el pastoreo de las cabras.

En otras unidades domésticas, en las cuales el envejecimiento de sus integrantes ha declinado la asistencia a las veranadas, han optado por la complementación de las actividades con la producción de mermeladas u otros alimentos elaborados, los cuales son vendidos al por menor entre los habitantes de los pueblos. Aunque es de notar que en la mayoría de los casos en los que la edad imposibilita la actividad ganadera –ya sea

trashumante como no trashumante-, las personas quedan al cuidado de sus familias cercanas o, en el peor de los casos, al desamparo del Estado.

5. La producción intensiva y especializada

En esta última parte se atiende el caso de las unidades domésticas crianceras que han logrado tecnificar la producción, dando cuenta de las diferencias de género que se reproducen en ellas. El primer elemento de análisis a tomar en consideración es el capital inicial que se debe tener para iniciar y mantener una producción intensiva, cuestión de difícil acceso en el campesinado de estas tierras.

(...) está ayudando harto INDAP, entonces va cambiando el sistema, el problema está en que mucho criancero no tienen... no tienen... como le diría yo... no tienen potrero, no tienen praderas, la mayoría de los crianceros son del campo no más, arrendando, entonces, ¿cómo lo hace un criancero si no tiene un fundo, si no tiene tierra? (Alejandro, Yañez, Las Breas).

En ese sentido, un primer problema al cual se debe enfrentar una unidad doméstica criancera es el complejo acceso a la tierra. Difícilmente el trabajo ganadero propiciará niveles suficientes de acumulación de capital para comprar predios y agua²⁹ que sirvan para mantener de manera estabulada a las cabras. Es por esta razón que en muchos casos la producción intensiva del ganado surge por las ganancias que reportan las actividades asalariadas de algunos integrantes del grupo doméstico, destacándose la minería.

De esta manera, se observan nuevas divisiones de género en el paisaje, ya que la minería es una actividad realizada de manera exclusiva por los varones del grupo doméstico, valorada positivamente por los réditos económicos que trae consigo. Su importancia radica en que es muchas veces a través de la minería el grupo puede plantear transformaciones cotidianas en los quehaceres, lo que confiere dinamismo al paisaje.

En la unidad doméstica compuesta por la familia Bugueño-Hernández (ver apartado segundo), la acumulación posibilitó la modificación del sistema de producción a costa de que Alfonso, cónyuge de Juana, emigrara hacia el norte durante varios años para trabajar en el rubro minero. Gracias a esta actividad fue posible comprar potreros para el cultivo, infraestructura ganadera y tecnología para el manejo agrícola.

(...) nosotros muchos aquí dada la vida... bueno, hemos dejado de tener un tiempo [cabras], yo estuve trabajando aquí de manipuladora fui un tiempo, dejamos un poco las cabras, mi marido se fue a trabajar en las mineras, trabajaba por turno, así que ahí las pasamos. Pero ahora que estamos viejos, y estamos aquí con la fiebre del pasto, con los tractores, acolisadores y todo esto que usted ve (Juana Bugueño, Las Breas).

²⁹ Esto se debe a los elevados precios del agua y la tierra. Por otro lado, la lógica de acumulación está ajena al modo de producción campesino.

La actividad asalariada fue realizada con el propósito de volver a la vida tras las cabras, pero transformando el sistema de producción a uno altamente productivo. En ese sentido, se observa la distancia con respecto a las prácticas tradicionales, puesto que a diferencia de los casos anteriormente señalados, las colisas de pasto no se hacen de forma manual, sino que se incorpora maquinaria para cumplir esta función, cuestión poco común en el campo. El arado de la tierra para los cultivos anuales se realiza con tractores.

De repente si usted no tiene tractor no tiene esa máquina no hace ese... ese tipo de colisa que se llama, en cambio antes había que tener más tiempo y más gente no más, porque usted segaba, para trabajar ahí pa echar el pasto en esa prensa había que estar dos personas, tres personas, en cambio ahora es más rápido, pero usted tiene que tener la maquinaria, tiene que tener tractor (Juana Bugueño, Las Breas).

Junto a las innovaciones tecnológicas fue posible la compra de predios, cuestión que asegura una producción de quesos durante gran parte del año, ya que el alimento producido posibilita dos pariciones seguras para mayo y agosto.

Se experimentan nuevas relaciones y significaciones en el paisaje. Las familias crianceras deben aprender a utilizar la maquinaria y las diferentes tecnologías incorporadas al campo, lo que plantea nuevos desafíos y todo un horizonte de conocimientos a los cuales no están adaptados los grupos domésticos.

Juana y sus hijos se hacen cargo de las actividades ganaderas, aunque es ella la que tiene mayor dedicación en lo referente al cuidado, salud y producción de sus casi 50 cabras. A este rebaño caprino se le suman unas pocas ovejas, las cuales son utilizadas para el autoconsumo de lana y carne. Gallinas, cerdos y otras aves componen la explotación campesina de la familia, sobre las cuales la criancera tiene preponderancia en las tareas y en las decisiones que se tienen sobre estas.

El fenómeno de acumulación de capital mediante el asalariamiento minero y la posterior desvinculación de los varones de la producción caprina no es un caso aislado. La observación de otras realidades, como la de la familia Alfaro-León de Pichasca, es otro ejemplo de aquello. El régimen estabulado al cual está sometida la cabra, del que sólo Cristina participa, refleja estas divisiones de género donde el grupo doméstico parece comprender que el varón ha cumplido ya su función, desligando su actividad de la crianza de cabras.

No obstante, la producción intensiva no sólo está vinculada a la minería. La acumulación puede generarse por la herencia de predios y por ganancias que reportan las mismas cabras, aunque aquello parece ser una excepción.

Este es el caso de la familia García-Segovia, unidad doméstica compuesta por Renato y Jimena, ambos adultos mayores que luego de toda una vida de trashumancia lograron acumular suficiente capital para comprar tierras y contratar trabajadores que colaboran en el trabajo agrícola y ganadero. Aunque el plantel no es muy numeroso (ya que posee poco más de 120 cabezas de ganado), la producción por unidad caprina es más alta gracias a la buena alimentación que entregan sus 10 hectáreas, y a la genética mejorada de los animales. Este caso llama especialmente la atención debido a que la propiedad de las

tierras recae en el criancero, quien se manifiesta orgulloso por ser un importante terrateniente de la zona³⁰.

Así, es posible observar dos realidades: si por un lado, el tamaño de los rebaños es un indicador de estatus social para muchos pequeños productores crianceros, la propiedad de las tierras cumple esta misma función en los crianceros medios o ricos. Cuestión que por lo general está en manos de los varones, y genera una relación asimétrica con otras unidades domésticas ganaderas que en tiempos de crisis dependen del trabajo que pueda proporcionar el patrón. De este modo, se entretajan nuevas relaciones de poder en el paisaje, que nuevamente posicionan al hombre como sujeto dominante.

³⁰ Es de notar que si bien es un número elevado de hectáreas bajo riego, aquello no se compara con las cientos de hectáreas que posee la Hacienda El Bosque o el fundo de Andrónico Luksic que tiene en la parte final del valle..

V. Discusión, Conclusiones y Reflexiones

A. Reflexiones teóricas

1. Las tensiones como eje articulador del paisaje

Como se ha observado en el transcurso de esta investigación, la experiencia generizada del paisaje es heterogénea, compleja y mutable, en tanto se visualizan diferentes expresiones de la división generizada de las tareas cotidianas dependiendo de las dinámicas internas de cada grupo, las que a su vez están sujetas a los diferentes ciclos de vida y al devenir histórico de cada familia. En razón a ello, resulta inoportuno plantear la existencia de segregaciones de género estrictas. Por el contrario, los límites son volubles y diversos, dentro de un marco de valoraciones de género que asigna tareas y norma de diferentes formas el desenvolvimiento de crianceros y crianceras en el paisaje.

Este marco de valoraciones de género se integra al paisaje no como pre-condición de su existencia, sino como actos performativos (Butler, 2007) que emergen junto a las formas del paisaje. De este modo, el marco de valoraciones no es más que un hacer reiterativo que se presenta ideológicamente como pre-condición de la realidad, y he ahí su capacidad para moldear el devenir cotidiano de las unidades domésticas. El poder se impone como natural, y su ejercicio recae habitualmente en los varones.

El concepto de poder que se observa, plantea la necesidad de repensar la idea de paisaje. Retomando la teoría Ingoldiana y aplicando la conceptualización de “líneas”, la experiencia del paisaje bien puede ser leída como un conjunto de hilos y trazos diseñados por sujetos humanos y no humanos. Ingold plantea que:

En un primer momento la gente habita en un mundo compuesto de líneas, no de cosas. Después de todo, ¿qué es una cosa, o incluso una persona, sino un nudo de todas las líneas, de todos los senderos de crecimiento y movimiento, que se aglutinan a su alrededor? (Ingold, 2015, p. 21).

Estas elucubraciones teóricas alcanzaron su madurez con el concepto de *meshwork* (malla), cuya propuesta se fundamenta en el entendimiento de movimientos y ritmos de la actividad humana y no humana como constituyentes de tejidos de líneas en incesante movimiento (Ingold, 2011). Acción, percepción y construcción de la realidad emergen simultáneamente al trazar una línea.

Este concepto que aparentemente podría ser aplicable a la idea de paisaje generizado, ignora u omite que por definición este tejido está construido en base a tensiones. La propuesta que esta investigación plantea, asimila el paisaje a una tela fabricada de manera participativa entre múltiples agentes, donde cada uno aplica diferentes técnicas con mayor o menor destreza, con diferentes intenciones, con mayor o menor empeño. Incorporar un nuevo hilo, dibujar sobre la tela, romper parte de esta, crear una nueva costura que una dos

retazos, etcétera, son ejemplos de movimientos que podrían componer el mosaico de acciones que se trazan en la tela. Esta multiplicidad de movimientos hace imposible la armonía, lo que genera indefectiblemente la emergencia de tensiones en la superficie (ya sea de manera voluntaria o involuntaria), las cuales podrían devenir en rupturas y transformaciones.

Así, paisaje y tensión son parte de un mismo curso de movimiento. En el caso de los grupos humanos, cuando se hace referencia a estas tensiones, no es más que la dimensión política de la existencia humana que se plasma en el paisaje³¹. De esta manera, las tensiones corresponden a las fisuras que deja cualquier relación de dominación. La teoría de *taskscape* debe ser complementada con la idea de líneas en tensión para aproximarnos de modo más asertivo a la construcción de hegemonías en el paisaje.

La característica fundamental de la experiencia generizada del paisaje de las unidades domésticas crianceras es la existencia de tensiones. La observación del desplazamiento de sus integrantes revela el contenido de dichas tensiones, el cual está marcado por las prácticas de habitar ciertos espacios y las representaciones que surgen de ellas, confiriendo diferentes niveles de reconocimiento a los agentes involucrados. La observación de la experiencia trashumante del paisaje revela la existencia de un espacio fundamental en el devenir cotidiano de los grupos, tanto por su valor económico como por su valor simbólico: la cordillera. Los grupos trashumantes dependen de la cordillera para lograr una buena producción de quesos, lo que será el sustento de la unidad doméstica durante el resto del año. Pero son los viajes hacia las majadas, habitar durante meses asentamientos precarios, la admiración del relieve, el estoicismo que se revela ante los temporales, el conocimiento de sus pastos y la libertad que sienten al llevar a cabo esta práctica, las que dan forma a la memoria colectiva, que suele tener como protagonista al hombre criancero.

La división generizada que se materializa en las unidades domésticas muchas veces posiciona al varón como amo y señor de la cordillera. Mediante su experiencia se edifican narrativas que lo ponderan como sujeto que se construye en base a sacrificio, confiriendo a su persona una alta valoración por la contribución material que entrega al grupo, como también por el sufrimiento que despliega en estas geografías. De este modo, las significaciones de las veranadas son puestas en escena a través de un relato de características épicas, las cuales son incorporadas al discurso del resto de los integrantes de la unidad doméstica mediante el habla del criancero. A pesar que en algunas ocasiones la mujer ha sido criancera cordillerana, la “cantidad de experiencia” del varón tiende a ser más valorada, hegemonizando el discurso ante el resto de los presentes. Es el hombre quien habla con elocuencia de sus vivencias, transformándose en el centro de atención cuando se da el espacio para contar aquellas historias. Es común que la mujer sólo sea conocedora de la cordillera por la representación que hacen los integrantes varones del grupo, por lo cual el conocimiento representado y/o parcial queda subordinado al conocimiento experiencial de la cordillera que detentan los varones.

³¹ Las interacciones no humanas también diseñan tensiones, sin embargo es inaplicable el concepto “política” para estas rupturas en el paisaje.

Aun cuando las crianceras asumen la realización de tareas fundamentales para la reproducción social y material del hogar, su actividad a menudo es poco considerada y no se corresponde con el reconocimiento social a su persona. No es de extrañar que la mujer aparezca como “dueña de hogar” y/o “cuidadora de sus hijos”, en lugar de criancera. Incluso es posible que otorgue este calificativo a sus hermanos, hijos, tíos, primos y/o padre. La autonegación de la identidad es uno de los pilares de la experiencia generizada de las unidades domésticas crianceras. En contraste la identidad criancera masculina no sólo está más extendida, sino que también se trata de un sentimiento más fuerte.

El habitar de las mujeres no queda plasmado en las narrativas colectivas. Rara vez se identifica en el discurso el valor de la criancera-temporera o de la criancera-mediera (sólo para ilustrar algunos quehaceres que realizan) como parte inherente de la ganadería en contextos de violenta sequía y abandono por parte de las instituciones estatales. En contraste a aquello, las historias de los hombres crianceros quedan inscritas en la tradición oral, en canciones y poemas, cuya imagen característica es la del arriero sobre su caballo aguantando la adversidad en la alta montaña. El excesivo reconocimiento a los varones trashumantes contrasta con el nulo valor que se le concede a la mujer criancera. La herida que genera tan abismal diferencia está en el seno de las tensiones paisajísticas de estos grupos.

Las valoraciones y asignaciones de tareas son parte íntegra de las tensiones que se tejen en el paisaje, las cuales localizan la acción dando forma a lugares y otorgándole cierta importancia. Si por un lado la cordillera se erige socialmente como un espacio esencial en el cotidiano, en contraste, los lugares habitados por las mujeres mientras se desarrolla la veranada carecen de la misma valoración social. Más allá del espacio del hogar, los lugares por los cuales transita la mujer criancera no generan la apropiación simbólica de ningún espacio en particular. Así, un paisaje generizado no plantea únicamente la división de quehaceres, sino que también está implicado en los procesos de lugarización (Skewes et al, 2011) que segregan y reconocen a ciertos sujetos según se trate de crianceros o crianceras.

La división del paisaje no es un fenómeno uniforme en el conjunto de unidades domésticas trashumantes. En algunos casos los procesos de trashumancia son realizados por grupos familiares completos, lo que genera ciertos niveles de homogenización narrativa resultante de un habitar compartido, cuestión que a simple vista parece revelar que las tensiones de género se diluyen. Sin embargo, la asignación del rol de tutora y cuidadora de infantes tiende a prevalecer por sobre las tareas de crianjería, generando que los quehaceres y temporalidades que se despliegan en el paisaje por parte de las mujeres queden supeditados a las necesidades y obligaciones de los menores de edad del grupo doméstico. Si bien la estrategia de desplazamiento es concertada por el grupo, la responsabilidad que se endosa a la mujer sobre los menores de edad no está sometida a discusión, reflejándose así la naturalización de este rol como característica generalizada de la experiencia paisajística.

Un fenómeno transversal de la experiencia paisajística es la feminización de los quehaceres de alimentación y manutención del hogar. Los quehaceres culinarios y su importancia están

completamente invisibilizados en el discurso, a pesar de que a través de estos se active una serie de conocimientos que son parte del devenir cotidiano de las unidades domésticas. El despliegue de los sabores del paisaje tiene como eje la acción de la mujer, no obstante, pareciera que este espacio se presenta narrativamente como vacío de contenido, y la labor de la criancera es entendida muchas veces como una función básica más que como una contribución.

El cotidiano de las mujeres se presenta como más restringido, puesto que sus tareas están constantemente reordenadas en función de los quehaceres domésticos. Fenómeno que se revela de modo conflictivo en algunas narrativas, puesto que se coloca acento en la sobrecarga de trabajo que deben llevar a cabo las crianceras, poniendo en tela de juicio la visión masculina que describe la cordillera como un lugar de descanso y esparcimiento. En este tipo de situaciones se ven confrontadas dos representaciones de un mismo lugar habitado, haciendo de las tensiones un conflicto latente.

Además, el habitual rol “maternal” que se impone a la criancera condiciona los tiempos de uso del espacio cordillerano, ya que tal como se ha expuesto, los tiempos de veranada de las mujeres tienden a ser más acotados que el de los hombres en vista de que se les encarga atender las obligaciones educacionales de los menores de edad. Estos diferenciales de desplazamiento dan cuenta de que el paisaje desarrolla una idea contradictoria de la mujer: ella es capaz de ir tras su ganado como lo haría cualquier sujeto, pero al mismo tiempo es más “madre” que “criancera”. Por otra parte, aquello implica el des-involucramiento de los varones en las tareas de crianza de infantes, ya que muchas veces el padre está constantemente moviendo el ganado por el territorio, lo que genera desarraigo del espacio doméstico y poca participación en la infancia de sus hijos e hijas. Esto debe ser entendido no como “lo que hacen los hombres”, sino como la construcción de masculinidad misma y una forma de proyectar la paternidad. Para ser más precisos: los roles asignados a cada género son inalienables de las construcciones de género.

En algunas ocasiones la criancera no cumple el rol de madre cuidadora. Sin infantes a su cargo (por lo general porque estos han crecido o porque nunca tuvo) tiende a desaparecer el arraigo femenino al espacio doméstico, lo que refleja que los quehaceres ligados a la maternidad son un factor fuertemente condicionante de la experiencia paisajística. Aquello remarca el hecho de que el trabajo reproductivo está subordinado al trabajo productivo, fenómeno de dominación transversal en los diferentes grupos domésticos.

No obstante, el rol de madre no es el único factor a considerar. Muchas veces la segregación de las crianceras está asociada al cuidado de elementos estables de la explotación, generalmente cultivos anuales y permanentes, por lo que los grandes circuitos de movilidad de grupos domésticos completos se dan habitualmente cuando no hay una propiedad que mantener, vale decir, familias campesinas sin tierra que constantemente arriendan talaje. La distribución de roles en el cuidado de los elementos de la explotación evidencia cómo las líneas de desplazamiento de las mujeres se homologan a las de los varones sólo cuando “no hay nada que cuidar”, lo que refleja un movimiento condicionado y subordinado a ciertas condiciones.

Durante las últimas décadas la irrupción de instituciones gubernamentales en el agro ha planteado la necesidad de transformar las prácticas ganaderas de las familias crianceras. Se propone la reducción de los grandes rebaños, incorporación de prácticas de estabulación, mejoramiento genético y sustitución del ramoneo en los cerros por la suplementación nutricional; todo ello con el fin de recuperar la erosionada pradera natural. Esto ha generado un gran conflicto entre la práctica tradicional de criancería y la que pretende ser su remplazo, cuestión que está en estrecha relación con las tensiones de género en el paisaje. La ideología empresarial que intentan aplicar las instituciones estatales tiene su correlato con la imagen de la mujer emprendedora, lo que ha contribuido a una transformación en la importancia que se le confiere a la actividad de la criancera.

Antiguamente los rebaños pequeños eran sinónimo inequívoco de baja posición social. Hoy en día aquello ha empezado a vincularse a nuevas prácticas y conocimientos, a una adecuada salud animal, a una mayor producción y responsabilidad medioambiental. Es común que sean las mujeres quienes adopten esta narrativa, haciendo de las tensiones un conflicto explícito. La acción de las crianceras interroga el statu quo que históricamente se ha establecido para ellas, dinamizando los desarrollos cotidianos que hasta décadas atrás estaban enquistados en la imagen de esposa o hija del criancero.

Si por un lado la experiencia trashumante es valorada por el carácter épico de sus viajes a las veranadas, en este tipo de casos la importancia que se le otorga a la actividad radica en la capacidad de innovación y adaptabilidad de la estrategia campesina. En ese sentido, se visualiza una contraposición entre lo que se describe como *el criancero de cerro*, en alusión a la práctica tradicional, y *la criancera del futuro*, concepto que defiende a la mujer como protagonista de las transformaciones en el agro. Junto a ello emerge un nuevo marco de valoraciones de género que convive con el que se ha reproducido históricamente por siglos.

Sin embargo, esta disputa ideológica que se configura en el paisaje no ha logrado convertirse en sentido común para los habitantes del valle. En muchas unidades campesinas la cabra no constituye motivo de orgullo para sus cultores y no tiene gran importancia en la economía doméstica. Los reducidos rebaños recaen preferentemente en manos de las crianceras, y la actividad que ellas realizan es poco valorada. La labor de la criancera queda absolutamente invisibilizada de la memoria colectiva.

Si bien cada unidad doméstica tiene dinámicas diferentes, un elemento transversal es la homogenización de las tareas durante los periodos de parición. Aquello demuestra que las tensiones no son fijas ni duraderas, más bien se trata de límites volubles que se van transformando según los requerimientos de la unidad doméstica.

Aun cuando las tensiones siempre están presentes, no se manifiestan de igual manera en los diversos contextos, ni de modo uniforme en el tiempo. Las tensiones del paisaje se van moldeando en el espacio y tiempo, a veces permanecen de manera solapada instruyendo la acción cotidiana de las y los agentes, y en otras ocasiones se expresan en conflictos y cuestionamientos al orden establecido. En ese sentido, el paisaje generizado corresponde a la síntesis de tareas y representaciones que se relacionan dialécticamente; es decir, la

dominación masculina y las inevitables tensiones (y posibles resistencias) que surgen de estas hallan su expresión en un tercer término que se denomina paisaje generizado.

2. En diálogo con los estudios de las familias pastoras de la zona:

Ante aquello, resulta inevitable cuestionar los resultados que plantea Stüdemann (2007) con respecto a la división de quehaceres entre las familias crianceras de Río Hurtado. Su estudio, que si bien es muy valioso en la descripción en el ámbito productivo, adolece de un enfoque de género que permita comprender de manera adecuada la asignación de roles y el valor asignado a estos. El autor afirma que en los grupos pastores de esta zona: "(...) las tareas son administradas indiferentemente según la capacidad y disponibilidad de los elementos humanos" (p. 1093), y aunque luego aclara que "(...) la mujer suele permanecer más tiempo en el hogar, cuidando a ciertas cabras, elaborando quesos y cocinando, (...) [mientras] el hombre está más preocupado del pastoreo (...) (p. 1093), no deja de llamar la atención cierta relativización de las relaciones de poder, y las diferencias que aquello suscita.

Por el contrario, la "disponibilidad de los elementos humanos" al cual alude el autor no corresponde a un evento aleatorio, sino que está dispuesto según ciertas valoraciones que ponderan al hombre criancero como amo y protector de su ganado, por lo cual es él quien tiende a cumplir las tareas de pastoreo.

Asimismo, las tensiones que se diseñan en el paisaje están sometidas a las transformaciones de los patrones de desplazamiento, los cuales se ciñen a las diversas transformaciones históricas que han experimentado las poblaciones del valle. En razón a ello, vale la pena reconsiderar el estudio de Ximena Aranda, quien en el año 1970 escribía:

(...) la trashumancia de la región es de tipo ascendente a 'normal'. No existen en la región poblados de montaña, de donde los propietarios de ganado bajen en busca de pastos de invierno, cuando la nieve y el frío hacen muy dura la vida en la cordillera (...) (Aranda, 1970, p. 146).

El análisis del paisaje generizado amplía y enriquece la descripción realizada por la autora, puesto que en estos poblados de montaña no es de extrañar que las familias hagan uso de los talajes costeros en época de internada, lo que da cuenta de cómo se han transformado las prácticas de movilidad de los grupos trashumantes. Esto se debe a las extremas condiciones de escasez hídrica y pobreza que han violentado durante siglos al territorio, cuestión que obligó a la descampesinización o readaptación de las estrategias de movilidad de los integrantes de las unidades domésticas crianceras.

Es importante conocer estas nuevas dinámicas de los poblados de montaña, puesto que junto con el rediseño de los patrones de desplazamiento se configuran nuevas dinámicas de exclusión; y por lo tanto, nuevas tensiones generizadas y transformaciones en el ejercicio de las relaciones de poder en las unidades domésticas. En base a aquello, resulta necesario replantear y actualizar las categorías de análisis con las cuales se ha descrito la

población criancera hasta la actualidad, asumiendo que tanto la realidad como los análisis que se hacen de ella son dinámicos y sobre todo históricos.

3. Otras dimensiones del paisaje a considerar

El análisis de la experiencia generizada del paisaje constantemente se entrecruza con otras dimensiones cotidianas, como lo son la dimensión etaria y clasista del paisaje. Sin lugar a dudas estas tres esferas analíticas se hallan interconectadas, y cada una merece una especial atención.

La población criancera de Río Hurtado está constituida por grupos envejecidos en los cuales se evidencia un fuerte arraigo a ciertos comportamientos y costumbres, lo que habitualmente se traduce en rechazo a transformaciones en el modo de concebir el grupo doméstico y sus relaciones de poder. Asimismo, la hegemonía de los varones crianceros por sobre el resto de la unidad campesina guarda relación también con un conflicto etario en el paisaje, puesto que generalmente son las personas de mayor edad quienes históricamente se han abocado a esta actividad, lo que los convierte muchas veces en los arrieros más experimentados, y por ende, los sujetos de mayor respeto. De este modo se visualiza que género y grupo etario son dos dimensiones relacionadas que producen líneas de segregación y jerarquías complementarias.

Al mismo tiempo que se produce la hegemonía de las personas de mayor edad, la juventud es percibida como desinteresada de la vida campesina, y en muchas ocasiones se desea su desvinculación del mundo rural, para así buscar el ascenso socioeconómico fuera del campo, mediante la educación superior. Se genera una exclusión concertada por el grupo doméstico, y los adultos ven con pocas esperanzas una vida ligada a las cabras como lo han hecho ellos durante toda su historia.

Por otro lado, las innovaciones que se producen en el agro también son resistidas por los adultos mayores, fenómeno que manifiesta no sólo aversión al cambio, sino además un deseo de continuar reproduciendo un paisaje que en cierta forma genera bienestar para quienes detentan una posición privilegiada. Lo anterior plantea el desafío de continuar profundizando los resultados de esta investigación a través de la incorporación de nuevos enfoques conceptuales desde la antropología de la vejez, que logren combinar las ideas de división generizada de los quehaceres y la construcción social de los ciclos de vida de los seres humanos. Es necesario ahondar en cómo se crean segregaciones cotidianas en el uso del espacio según se trate de rangos de edad de cada grupo.

Tampoco se puede ignorar que las unidades domésticas campesinas de Río Hurtado son grupos económicamente deprimidos, sin acceso a tierra y agua, los cuales han sufrido la descomposición de sus unidades domésticas y grupos parentales extensos debido a la migración forzada de individuos que no hallan sustento en sus tierras. El difícil acceso a suelos de buena calidad, los cuales tienen precios exorbitantes tanto para el arriendo como para la adquisición, hace de la migración la única posibilidad de sustento para muchas

personas y familias. Todo aquello delinea desarrollos restringidos para las unidades domésticas, las cuales están en constante peligro de descomposición o descampesinización. Es por ello que el análisis de la experiencia paisajística demuestra que nos enfrentamos a paisajes de pobreza.

Las condiciones socioeconómicas implican nuevas tensiones en el paisaje. El poder que emerge de la acumulación de capital subordina a las unidades domésticas campesinas. La concentración de la propiedad y del agua en grandes hacendados deviene en una experiencia del paisaje colmada de segregaciones. Los lugares están en constante significación por los precios que imponen los dueños de la tierra, cuestión que genera empobrecimiento y exclusión de grupos que históricamente han habitado y transitado estos espacios.

La privatización de la tierra se ha transformado en un mecanismo de empobrecimiento circular para las comunidades campesinas, debido a que las limitaciones espaciales impuestas a los sistemas pastoriles han generado pastoreo excesivo en los territorios, ocasionando la desertificación (Quiroga, 2012), generando círculos viciosos de pobreza “(...) al romper las estructuras sociales y familiares, y provocar inestabilidad económica (...), [por lo que] la migración hacia nuevas tierras es la única alternativa de sobrevivencia (...)” (Morales, 2005, pp. 27-28).

La situación de pobreza no sólo genera una relación desfavorable de la unidad doméstica con su entorno, sino también implica nuevas dificultades para las mujeres dentro de la unidad doméstica. Tal como se ha descrito, cuando se trata de planteles más numerosos trabajados por los varones, es común que las crianceras busquen sustento fuera de los márgenes de la unidad productiva, provocándose así una sobrecarga de trabajo debido a que ellas continúan encargadas de las tareas domésticas del hogar, y en consecuencia, produciendo procesos de desarraigo de la actividad caprina.

Finalmente cabe considerar que las dinámicas que se han identificado a lo largo de esta investigación se dan en el marco de poblaciones asentadas en territorios próximos a la cordillera. Por lo tanto, es de suponer que el paisaje de tareas está condicionado por la posición territorial de los grupos; y en ese sentido, es posible que la experiencia generizada del paisaje en otras poblaciones crianceras lejanas a la cordillera plantee nuevas divisiones y segregaciones de género. En otras palabras, el contenido de las tensiones generizadas será diferente.

B. Algunas Propuestas

Las políticas públicas llevadas a cabo hasta la fecha en Río Hurtado omiten las problemáticas de género en las unidades domésticas campesinas. Es más, el campesinado como tal no aparece dentro de ningún plan de intervención. Las políticas corresponden a medidas de emergencia económica e hídrica y son aplicadas a “productores caprinos”, es decir, se les trata como individuos desvinculados de sus condiciones sociales de existencia

(Municipalidad de Río Hurtado, 2009, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014; 2015; 2016; 2017; 2018; 2019; 2020).

Durante décadas la atención se ha centrado en el ámbito turístico y comercial, lo que ha contribuido a la sustentabilidad económica de la población (Municipalidad de Río Hurtado, 2009, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014a; 2015; 2016; 2017; 2018a; 2019; 2020). Sin embargo, se ha hecho caso omiso a las problemáticas asociadas al bienestar y exclusión que experimentan las y los sujetos debido a las dinámicas cotidianas de los grupos domésticos dedicados a la crianza de cabras. El Plan de Desarrollo Comunal no menciona el carácter criancero-campesino de la comuna (Municipalidad de Río Hurtado, 2014b), a pesar de que la actividad compromete de una u otra forma a toda la población, no hay una apuesta por revalorizar la cultura criancera, ni mucho menos por influir en las dinámicas de género que se reproducen en los espacios domésticos.

En lo que refiere a las iniciativas de género realizadas por el gobierno comunal, desde el Departamento de Seguridad Pública de Río Hurtado se han llevado a cabo intervenciones participativas para prevenir la violencia hacia la mujer (Municipalidad de Río Hurtado, 2019); sin embargo, no existe un énfasis en los modos de vida de cada grupo doméstico, ni en cómo se trazan exclusiones y segregaciones identitarias a través de los quehaceres cotidianos.

El análisis de la experiencia generizada del paisaje da cuenta del escaso reconocimiento y denostada posición que muchas veces sufren las mujeres en el marco de valoraciones de tareas. Tal como plantea Taylor “Nonrecognition or misrecognition can inflict harm, can be a form of oppression, imprisoning someone in a false, distorted, and reduce mode of being”³² (Taylor, 1994, p.25). En ese sentido, el reconocimiento es tanto una necesidad vital como uno de los más altos derechos políticos, es el derecho sobre el cual se funda cualquier comunidad (Taylor, 1994).

En razón a ello las instituciones estatales debieran actuar de modo rápido y efectivo. Es necesaria una política cultural que sea capaz de relevar la importancia que ha tenido la mujer campesina-criancera a lo largo de la historia. A través de procesos educativos es posible dar valor social a la criancera trashumante, la criancera temporera, la criancera mediera, la criancera que es también empleada doméstica, la criancera que ha dejado en el pasado la vida de alta montaña, la criancera que contribuye a la administración doméstica, etcétera.

Para subsanar esta problemática, se propone la creación de un museo territorial comunitario, el cual se fundamenta en la implementación de metodologías participativas para su levantamiento y administración (Wells, 2006). El objetivo sería la puesta en valor de la familia criancera como tal, deshegemonizando la atención en el hombre criancero y otorgándole análoga importancia a la mujer criancera, para así crear un espacio cultural y educativo que dé cuenta de la actividad ganadera de la zona como una labor cooperativa entre los diversos integrantes del grupo doméstico. La creación de este espacio público

³² Traducción propia: El no reconocimiento o el reconocimiento erróneo pueden causar daño, puede ser una forma de opresión, una forma de encarcelar a alguien en un modo de ser falso, distorsionado y reducido.

construido por las propias familias crianceras sería un avance para romper con la histórica segregación que ha sufrido la mujer en el agro.

Asimismo las gestiones del gobierno comunal y regional deberían favorecer y/o gestionar políticas públicas en materia cultural y educativa, a fin de que el reconocimiento hacia la mujer campesina no sea vehiculizado por programas productivos que la posicionan como emprendedora o micro-empresaria. Por otro lado, sería interesante realizar talleres educativos para adultos que logren visibilizar y trabajar en conjunto las problemáticas de género.

Aun cuando las políticas culturales son de suma importancia, hoy en día las unidades domésticas campesinas se ven enfrentadas a un progresivo deterioro de las condiciones sociales, ambientales y económicas a las cuales se encuentran sometidas. El respeto a las unidades domésticas campesinas no sólo guarda relación con el debido reconocimiento que merecen sus integrantes, sino también con asegurar las condiciones de existencia de los grupos. Como se indicaba anteriormente, el fuerte proceso de desertificación está estrechamente ligado a la estructura de propiedad de la tierra, sistema que, por un lado genera el constante empobrecimiento de las familias, y por otro, deja en manos de terratenientes extensos campos de fértiles praderas con los que se cobran usureros precios de talaje.

Es por esta razón que parece urgente una reforma al sistema de tenencia de tierra y agua. Un paso a seguir podría ser la expropiación de las cordilleras y otras zonas de talaje que actualmente están en manos de hacendados que únicamente se benefician de la renta de la tierra. De igual forma, la expropiación del agua para el uso campesino es fundamental, lo que permitiría el cultivo de plantas forrajeras y mejoraría la productividad de la cabra, generando condiciones para que el modo de vida criancero-campesino siga existiendo. Estas reformas ayudarían a subsanar los problemas estructurales implicados en la pobreza rural-criancera que tiende a generar segregaciones de género cada vez más radicales.

La creación de la Nueva Constitución de la República se presenta como el mecanismo ideal para llevar a cabo estas transformaciones estructurales, y se confía en que esta vez exista verdadera voluntad política.

C. Consideraciones investigativas

El estudio del paisaje generizado plantea nuevas preguntas y reflexiones, y por ende, nuevos abordajes y líneas de investigación. El desarrollo del trabajo de campo se halló con los mismos sesgos de género que se estaba estudiando. El acceso al discurso de las crianceras no estuvo exento de complicaciones, precisamente porque en muchos contextos era el hombre quien se reconocía como criancero; por lo tanto, era común que las mujeres no estuvieran dispuestas a ser entrevistadas y en su lugar solicitaran que me dirigiese a los varones. En otros casos las entrevistas a las mujeres eran en presencia de sus maridos o hermanos, lo que complicaba las posibilidades de profundizar en aspectos más íntimos de

la experiencia de las crianceras y su rol dentro del espacio doméstico. Cuando se trataba de conversaciones grupales, el discurso solía ser hegemonizado por los integrantes varones, por lo que, algunas narrativas femeninas se presentaron esquivas a los objetivos de la investigación.

A pesar de estos obstáculos fue posible realizar las entrevistas a las crianceras; sin embargo, cabe la duda acerca de si hubo o no ciertas temáticas excluidas voluntariamente de las conversaciones en consideración de que quien realizaba las preguntas era un hombre. Aunque aquello sólo está en el orden de supuestos, la observación de las rígidas concepciones de género que operan en el contexto estudiado, hace de estas consideraciones una duda válida. Si en lugar de un antropólogo la investigación hubiese sido realizada por una antropóloga, ¿los resultados obtenidos de las conversaciones con las crianceras habrían alcanzado una mayor profundidad?, ¿se habría podido acceder con la misma facilidad a las narrativas de los hombres trashumantes?

Algunos de estos problemas podrían ser subsanados con la implementación de equipos investigativos integrados por antropólogos y antropólogas a fin de poder enfrentar de mejor manera los posibles sesgos de la comunidad y los sesgos de quienes recopilan y analizan la información. El abordaje dialógico de ciertas situaciones puede contribuir a replantear las estrategias del trabajo de campo, y de este modo hacer más enriquecedor el contenido, sin embargo, es necesario comprender que aquello sólo mitigaría en parte estas problemáticas.

También nos asaltan nuevas interrogantes de orden investigativo. El análisis de la experiencia generizada del paisaje se entrecruza con otras líneas investigación que superan los propósitos de esta memoria de título. Uno de los temas más llamativo es la relación existente entre tres elementos que parecen estar interconectados: la estructura de poder dentro de la unidad doméstica, el sistema de propiedad y los desplazamientos cotidianos. Si bien se han dado luces acerca de cómo la tenencia de la tierra condiciona la movilidad de las mujeres, vale la pena explorar este fenómeno con el objetivo de comprender de modo más acabado la construcción de hegemonías de género. Es posible que aquello esté influenciado por el desarrollo histórico de los grupos parentales campesinos, así como también por condiciones de herencia que permiten a los sujetos la tenencia de ciertos bienes. De este modo consideramos que el concepto de “propiedad” sigue teniendo vigencia explicativa; y en ese sentido, las preguntas que giren en esta línea podrían favorecer a una complementación o refutación de este estudio del paisaje.

Aun cuando las familias ganaderas se consideren a sí mismas como la última generación e intenten desligar a niños y niñas de la vida de ordeña y manufacturación de quesos, es probable que existan nuevas generaciones de crianceros y crianceras. Por lo tanto resulta de primera necesidad investigativa ahondar en las construcciones de infancia de las unidades domésticas campesinas ganaderas, y en cómo la división generizada del paisaje instaura ideas acerca de la feminidad y masculinidad que se desarrollarán luego. Si bien algo se ha esbozado en este sentido, parece oportuno y necesario centrarse en la perspectiva de niños y niñas acerca de la experiencia del paisaje.

D. Reflexiones finales

Los paisajes son contenedores de líneas de desarrollo cotidiano de inarmónicas formas, sobre los cuales habitan y persisten diversos agentes. Son fiel reflejo de los conflictos que se manifiestan cotidianamente, y en ellos las dinámicas medioambientales, clasistas, etarias y generizadas se expresan a través de tensiones en el diario vivir; a veces en rupturas que pueden transformar por completo las experiencias paisajísticas de quienes participan en él, otras veces en solapadas tensiones que generan malestar entre las y los agentes.

El fundamento de la hegemonía en la dimensión generizada del paisaje tiene como eje el problema del reconocimiento, y son los quehaceres cotidianos los que dan forma a un sentido común que valora ciertas acciones por sobre otras, y que asigna a crianceros y crianceras ciertos roles que se ven compelidos o condicionados a cumplir. Pero las líneas de vida son más complejas que las formas que ellas mismas diseñan. Cotidianamente se transforman estos esquemas, nacen voces que cuestionan el statu quo, nuevas ideas irrumpen con fuerza, y así el paisaje cambia creando nuevos contextos y nuevas estructuras. Dicho de otro modo: el paisaje no es el contexto, es la fuerza “creadora de contextos” cuya dinámica es perseguida por la antropología.

VI. Referencias Bibliográficas

- Aponte, G. (2003). Paisaje e identidad cultural. *Tábula Rasa*(1), 153-164.
- Aranda, X. (1970). Algunas consideraciones sobre la trashumancia en el Norte Chico. *Investigaciones Geográficas*(20), 141-169.
- Aranda, X. (1971). *Un tipo de ganadería tradicional en el Norte Chico: la trashumancia*. Santiago, Chile: Universidad de Chile.
- Azócar, P. (2010). Introducción a la producción caprina. En P. Azócar, y P. Azócar (Ed.), *Producción Caprina. Leche, carne, pelo y piel* (págs. 27-53). Santiago de Chile: Universitaria.
- Bender, B. (2002). Time and Landscape. *The University of Chicago Press*, 43(3), 103-112.
- Bendini, M. I., y Steimbregger, N. G. (2010). Dinámicas territoriales y persistencia campesina: redefinición de unidades y espacios de trabajo de los crianceros en el norte de la patagonia. *Revista Transporte y Territorio*(3), 59-76.
- Bernard, R. (2006). *Métodos de investigación en antropología. Abordajes cualitativos y cuantitativos*. Londres: Altamira Press.
- Biblioteca del Congreso Nacional. (2018). *Clima y Vegetación Región de Coquimbo*. Obtenido de BCN: <https://www.bcn.cl/siit/nuestropais/region4/clima.htm>
- Bruna, R. (2010). *Análisis comparativo entre los objetivos locales y nacionales de lucha contra la desertificación. Estudio de caso: Proyecto Río Hurtado "Contra la Desertificación y la Pobreza"*. Santiago: Universidad de Chile.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. (P. Soley-Beltrán, Trad.) Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2007). Actos corporales subversivos. En J. Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (págs. 173-276). Barcelona, España: PAIDOS.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social*. Santiago, Chile: LOM ediciones.
- Cano, N. (2011). *Miradas y tensiones en los paisajes del Valle de Carranza*. País Vasco: Euskal Herriko Unibertsitatea.
- Cano, N. (2015). Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano. *Alteridades*, 25(49), 39-52.
- Carapinha, A. (2009). Los tiempos del paisaje. En J. Madruelo (Ed.), *Paisaje e Historia* (págs. 111-128). Abada Editores.

- Carrasco, A. M., y Gavilán, V. (2014). Género y etnicidad. Ser hombre y ser mujer entre los aymara del altiplano chileno. *Diálogo Andino*(45), 169-180.
- Castillo, G. (2003). "La vuelta de los años": Reseñas y perspectivas sobre las comunidades, el pastoreo y la trashumancia en la región semiárida de Chile. En P. Livenais, y A. Ximena, *Dinámicas de los sistemas agrarios en Chile árido: la región de Coquimbo* (págs. 65-119). Santiago: LOM Ediciones.
- Castro, M., y Bahamondes, M. (1986). Surgimiento y transformación del sistema comunitario: Las comunidades agrícolas, IV Región, Chile. *Ambiente y Desarrollo*, II(1), 111-126.
- Centro Tecnológico de Hidrología Ambiental. (2013). *Plan de Desarrollo Forestal y Ambiental de Río Hurtado. Pladefora*. Talca, Chile: Gobierno Regional Región de Coquimbo.
- Certho Ehpocca. (2001). *Poemario Maestro de la Majada. Cuaderno Uno*. Coquimbo: Editorial Atacama.
- Chayanov, A. (1974). *La organización de la Unidad Económica Campesina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Nueva Visión.
- Cialdella, N. (2003). Diversidad de los sistemas de producción caprina y perspectivas de evolución en la región de Coquimbo. En P. Livenais, y X. Aranda, *Dinámicas de los sistemas agrarios en Chile árido: la región de Coquimbo* (págs. 341-356). Santiago, Chile: LOM ediciones.
- Cialdella, N., y Dubroeuq, D. (2003). La trashumancia de cabras en Chile: un modo de gestión adaptado a las zonas áridas. En P. Livenais, y X. Aranda, *Dinámicas de los sistemas agrarios en Chile árido: la región de Coquimbo* (págs. 327-340). Santiago: LOM ediciones.
- Comas, D. (1995). *Trabajo, género, cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Barcelona, Catalunya: Icaria Editorial.
- Cragolino, E. (1997). La Unidad Doméstica en una investigación de antropología educativa. *Congreso Argentino de Antropología Social*.
- Crisóstomo, J. (s.f.). Movilidad en el Valle de Rapel: Comunidades Actuales.
- Csordas, T. (1990). Embodiment as a Paradigm for Anthropology. *Ethos*, 18(1), 5-47.
- Delgado, J. M., y Gutiérrez, J. (1999). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En J. M. Delgado, y J. Gutiérrez, *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (págs. 225-240). Madrid, España: Editorial Síntesis.
- Delgado, J. M., y Gutiérrez, J. (1999). Teoría de la observación. En J. M. Delgado, y J. Gutiérrez, *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (págs. 141-173). Madrid, España: Editorial Síntesis.

- Erazo, M., y Garay-Flühmann, R. (2011). Tierras secas e identidad. Una aproximación cultural a las prácticas de subsistencia de las comunidades campesinas del semiárido. Provincia de Elqui, Chile. *Revista de Geografía Norte Grande*(50), 45-61. doi:10.4067/S0718-34022011000300004
- Fragoso, J. (2010). *Reconstrucción del paisaje agrario, mediante métodos participativos, en áreas agrícolas de la zona de amortiguamiento del Parque Natural de Castril. Tesis para optar al grado de Magíster en Agroecología*. Córdoba, España: Universidad de Córdoba.
- Galaty, J. (2015). Pastoralism in Anthopology. *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, 2(17), 577-583.
- García-Granero, M. (2017). Deshacer el sexo. Más allá del binarismo varón-mujer. *Revista Internacional de Éticas Aplicadas*(25), 253-263.
- Gasco, A., Durán, V., Piazzè, L., Giardina, M., y Campos, G. (2015). Veranadas sin frontera. Etnografía de pastores en el Centro Oeste argentino. *Revista del Museo de Antropología*, 8(2), 133-145.
- Gavilán, V., y Carrasco, A. M. (2018). Prácticas discursivas e identidades de género de las mujeres aymaras del norte chileno (1980-2015). *Diálogo Andino*(55), 111-120.
- GEOFUN. (2003). *Estudio de los recursos hídricos en el secano IV región para una propuesta de desarrollo agrícola*. Santiago: Comisión Nacional de Riego Gobierno de Chile.
- Gisbert-Aleman, E. (2018). El paisaje es quehacer. La creatividad sostenible de las prácticas éticas y afirmativas. *Feminismos*(32), 157-179.
- Göbel, B. (2002). La arquitectura del pastoreo: Uso del espacio y sistema de asentamientos en la Puna de Atacama (Susques). *Estudios Atacameños*(23), 53-76.
- González del Río, C. (1998). *Desarrollo Caprino en la Región de Coquimbo*. La Serena.
- González, M. M. (2008). Crianceros trashumantes patagónicos: un modo de producción que se resiste a desaparecer. *Revista TEFROS*, 6(1), 1-15.
- Google. (s.f.-a). Recuperado el 13 de agosto de 2021, de <https://www.google.com/maps/place/Río+Hurtado,+Coquimbo/@-30.3970168,-70.9321687,2433m/data=!3m1!1e3!4m5!3m4!1s0x968fed8e1e8fc3c3:0x6d656f1e0411f2c7!8m2!3d-30.3942132!4d-70.8704987>
- Google. (s.f.-b). Recuperado el 13 de agosto de 2021, de <https://www.google.com/maps/place/Río+Hurtado,+Coquimbo/@-30.3505997,-71.1705384,77898m/data=!3m1!1e3!4m5!3m4!1s0x968fed8e1e8fc3c3:0x6d656f1e0411f2c7!8m2!3d-30.3942132!4d-70.8704987>

- Google. (s.f.-c). Recuperado el 13 de agosto de 2021, de
<https://www.google.com/maps/place/Río+Hurtado,+Coquimbo/@-30.4652062,-70.7062133,65427m/data=!3m1!1e3!4m5!3m4!1s0x968fed8e1e8fc3c3:0x6d656f1e0411f2c7!8m2!3d-30.3942132!4d-70.8704987>
- Google. (s.f.-d). Recuperado el 13 de agosto de 2021, de
<https://www.google.com/maps/place/Río+Hurtado,+Coquimbo/@-30.4249588,-70.7017672,65454m/data=!3m1!1e3!4m5!3m4!1s0x968fed8e1e8fc3c3:0x6d656f1e0411f2c7!8m2!3d-30.3942132!4d-70.8704987>
- Gruppuso, P., y Whitehouse, A. (2020). Exploring taskscapes: an introduction. *Social Anthropology Anthropologie Sociale*, 28(3), 588-597.
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Argentina: PAIDOS.
- Guerra, J. P. (2005). *Pastoreo trashumante en el valle del Aconcagua*. Santiago de Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Harris, O. (1986). La unidad doméstica como una unidad natural. *Nueva Antropología*, 8(3), 199-222.
- INE. (2015). *Encuesta de ganado caprino*. Santiago, Chile: Instituto Nacional de Estadística.
- INE. (2017). *Síntesis de Resultados CENSO 2017*. Santiago: Instituto Nacional de Estadística.
- Ingold, T. (1993). The Temporality of the Landscape. *World Archaeology*, 25(2), 152-174.
- Ingold, T. (2002a). Culture, perception and cognition. En T. Ingold, *The perception of the environment* (págs. 157-171). Taylor & Francis e-Library.
- Ingold, T. (2002b). Hunting and gathering as ways of perceiving the environment. En T. Ingold, *The perception of the environment* (págs. 40-60). Taylor & Francis e-Library.
- Ingold, T. (2002c). On weaving a basket. En T. Ingold, *The perception of the environment* (págs. 339-348). Taylor & Francis e-Library.
- Ingold, T. (2011). *Being Alive. Essays on movement, knowledge and description*. Taylor & Francis.
- Ingold, T. (2015). *Líneas. Una breve historia*. (C. García, Trad.) Barcelona: Gedisa.
- Kang, D. B. (2012). Kathoey “In Trend”: Emergent Genderscapes, National Anxieties and the Re-Signification of Male-Bodied Effeminacy in Thailand. *Asian Studies Review*, 36, 475-494.
- Khazanov, A. (1994). *Nomads and the outside world*. Madison, Estados Unidos: University of Wisconsin Press.

- Krishna, S. (2001). Introduction: Towards a Genderscape of community rights in Natural Resource Management. *Indian Journal of Gender Studies*, 8(2), 50-63.
- Kritzner, L. (2007). Comunidades Agrícolas y Huertos Familiares en la Comuna de Río Hurtado. *VI Congreso Chileno de Antropología*, 1028-1035.
- Latham, R. (1922). *Los animales domésticos de la América precolombina*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- Logan, A., y Cruz, D. (2014). Gendered Taskscapes: Food, Farming, and Craft Production in Banda, Ghana in the Eighteenth to Twenty-first Centuries. *African Archaeological Review*, 31(2), 203-231.
- Maino, V. (2015). *Trashumancia en el valle del Choapa*. Santiago de Chile: Origo Ediciones.
- Manosalva, H., y Carrasco, N. (2017). Saberes y prácticas de la huerta mapuche: estudio de caso con horticultores mapuche- lafkenche de la zona norte de Tirua. *Boletín INIA - Instituto de Investigaciones Agropecuarias*(354), 9-39.
- Marchant, C. (2019). La práctica trashumante pehuenche en la Araucanía andina: una forma de construir y habitar los territorios de montaña del sur de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande*(74), 187-206.
- Martín Casares, A. (2008). *Antropología del género: culturas, mitos y estereotipos sexuales*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Martínez de Pisón, E. (2010). Valores e identidades. En E. Martínez de Pisón, y N. Ortega, *El paisaje: valores e identidades* (págs. 11-45). Madrid, España: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Massey, D. (2001). *Space, place and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Mejía, J. (2000). El muestreo en la investigación cualitativa. *Cinta moebio*(9), 307-316.
- Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la Percepción*. Barcelona, Catalunya: Planeta Agostini.
- Morales, C. (2005). Pobreza, desertificación y degradación de los recursos naturales. En C. Morales, y S. Parada, *Pobreza, desertificación y degradación de tierras* (págs. 25-58). Santiago de Chile: Editorial CEPAL.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2009). *Cuenta Pública. Gestión 2008*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.

- Municipalidad de Río Hurtado. (2010). *Cuenta Pública. Gestión 2009*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2011). *Cuenta Pública. Gestión 2010*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2012). *Cuenta Pública. Gestión 2011*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2013). *Cuenta Pública. Gestión 2012*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2014a). *Cuenta Pública. Gestión 2013*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2014b). *Plan de Desarrollo Comunal Río Hurtado 2014-2020*. Samo Alto, Chile: Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2015). *Cuenta Pública. Gestión 2014*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2016). *Cuenta Pública. Gestión 2015*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2017). *Cuenta Pública. Gestión 2016*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2018a). *Cuenta Pública. Gestión 2017*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2018b). *PADEM*. Samo Alto: Departamento de Educación Municipal.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2019). *Cuenta Pública. Gestión 2018*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Municipalidad de Río Hurtado. (2020). *Cuenta Pública. Gestión 2019*. Samo Alto: Municipalidad de Río Hurtado.
- Navarro, P., y Díaz, C. (1999). Análisis de contenido. En J. M. Delgado, y J. Gutiérrez, *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (págs. 177-224). Madrid, España: Editorial Síntesis.
- Netting, R., Wilk, R., y Arnould, E. (1984). Introduction. En R. Netting, R. Wilk, y E. Arnould, *Households. Comparative and Historical Studies of the Domestic Group* (págs. XIII-XXXVIII). California, Estados Unidos: University of California Press.

- Nogué, J. (2007). Paisaje, identidad y globalización. *Fabrikart*(7), 136-145.
- Nogué, J. (2016). El paisaje como constructo social. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (págs. 11-24). Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Novoa, J. E., y López, D. (2001). IV Región: el Escenario Geográfico Físico. En Squeo, Arancio, y Gutiérrez, *Libro Rojo de la Flora Nativa y de los Sitios Prioritarios para su Conservación: Región de Coquimbo* (págs. 13-28). La Serena: Ediciones Universidad de La Serena.
- OPIA. (2 de Diciembre de 2016). *Programa de desarrollo para la sustentabilidad ambiental de la Región de Coquimbo: Componente Caprino*. Observatorio para la Innovación Agraria, Agroalimentaria y Forestal.
- Ortega, N. (2010). Paisaje e identidad en la cultura española moderna. En E. Martínez de Pisón, y N. Ortega, *El paisaje: valores e identidades* (págs. 47-67). Madrid, España: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Ortí, A. (1999). La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social. En J. M. Delgado, y J. Gutiérrez, *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (págs. 225-240). Madrid, España: Editorial Síntesis.
- Pascal Allende, A. (1968). *Relaciones de poder en una localidad rural (Estudio de Caso en el Valle de Hurtado, Coquimbo)*. Santiago, Chile: Icirá.
- Quiroga Mendiola, M. (2012). *Sociedad y agroecosistemas pastoriles de alta montaña en la puna. Departamento Yavi, Provincia de Jujuy, República Argentina*. Córdoba, Argentina: Facultad de Ciencias Agropecuarias, Universidad Nacional de Córdoba.
- Ramírez, I. (2003). Evolución y perspectivas de la producción caprina en la IV Región de Coquimbo. En P. Livenais, y X. Aranda, *Dinámicas de los sistemas agrarios en Chile árido: la Región de Coquimbo* (págs. 179-188). Santiago, Chile: LOM.
- Rosaldo, M. (1974). Women, culture and society: a theoretical overview. En M. Rosaldo, y L. Lamphere, *Woman, Culture and Society* (págs. 17-42). California: Stanford University Press.
- Rose, G. (1993). Women and everyday spaces. En G. Rose, *Feminism and geography. The limits of Geographical Knowledge* (págs. 17-39). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Sabaté, A. (1984). La mujer en la investigación geográfica. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*(4), 273-282.
- Sabaté, A., Rodríguez, J., y Díaz, M. (1995). *Mujer, espacio y sociedad*. Madrid: Lavel.
- Santos Granero, F. (2004). Escribiendo la historia en el paisaje: espacio, mitología y ritual entre la gente Yanéscha. En A. Surrallés, y P. García Hierro, *Tierra Adentro. Territorio indígena y percepción del entorno* (págs. 187-217). Lima, Perú: Tarea Gráfica Educativa.

- Schejtman, A. (1980). Economía Campesina: lógica interna, articulación y persistencia. *Revista CEPAL*(18), 121-140.
- Schettini, P., y Cortazzo, I. (2015). *Análisis de datos cualitativos en la investigación social. Procedimientos y herramientas para la interpretación de información cualitativa*. Ciudad de La Plata: Editorial de la Universidad de la Plata.
- Sen, A. (1987). *Gender and Cooperative Conflicts*. Helsinki, Finlandia: World Institute for Development.
- Sen, S., Deka, A., Yashmeen, F., Dorji, T., Hossain, Z., Katyaini, S., . . . Dodum, R. (2018). *Genderscape of the Brahmaputra River. An Exploratory Exposition*. Hyderabad, India: SaciWATERS.
- Skewes, J. C., Guerra, D., Rojas, P., y Mellado, M. A. (2011). ¿La memoria de los paisajes o los paisajes de la memoria? Los enigmas de la sustentabilidad socioambiental en las geografías en disputa. *Desenvolvimento e Meio Ambiente*(23), 39-57.
- Solís de Ovando, J. (2004). *Normativa Legal de las Comunidades Agrícolas: Análisis crítico*. Santiago de Chile: Grupo de Investigaciones Agrarias GIA.
- Soto Villagrán, P. (2003). Sobre género y espacio: una aproximación teórica. *GénEros*, 11(31), 88-93.
- Stüdemann, N. (2007). Producción Caprina en el Valle de Río Hurtado, Región de Coquimbo. Una Mirada Antropológica. *VI Congreso Chileno de Antropología*, 1084-1098.
- Stüdemann, N. (2008). *Producción caprina en el valle de Río Hurtado. Una mirada antropológica. Memoria para optar al título profesional de Antropólogo Social*. Santiago, Chile: Universidad de Chile.
- Taylor, C. (1994). The politics of recognitions. En A. Gutmann, *Multiculturalism: Examining the politics of recognition* (págs. 25-73). Princeton: Princeton University Press.
- Tilley, C. (2004). From body to place to landscape: a phenomenological perspectiva. En *The materiality of stone* (págs. 1-30). New York: Berg.
- Tomasi, J. (2013). Espacialidades pastoriles en las tierras altoandinas: Asentamientos y movi­lidades en Susques, puna de Atacama (Jujuy, Argentina). *Revista de geografía Norte Grande*(55), 67-87.
- Torrejón, F., y Cisternas, M. (2002). Alteraciones del paisaje ecológico araucano por la asimilación mapuche de la agroganadería hispano-mediterránea (siglos XVI y XVII). *Revista Chilena de Historia Natural*(75), 729-736.

Vázquez García, V. (2014). División genérica del trabajo y distribución de beneficios por género en las unidades domésticas campesinas en Mixquiahuala, Hidalgo. *Cuicuilco*, 21(60), 109-127.

Wawrzyk, A. C., y Vilá, B. L. (2013). Dinámica de pastoreo en dos comunidades de la puna de Jujuy, Argentina: Lagunillas del Farallón y Suripujio. *Chungara Revista de Antropología Chilena*, 45(2), 349-362.

Wells, C. (2006). *Hacia la construcción de Museos Comunitarios: Fundamentos para un Museo Territorial Comunitario en el lafkenmapu, Comuna de Valdivia. X región*. Valdivia: Universidad Austral de Chile.

Wylie, J. (2007). *Landscape*. Taylor & Francis e-Library.